

El sendero de las guerrillas

Novela



Martín
Balarezo García

Una novela donde la creación literaria se fusiona con la realidad desgarradora, el antagonismo de los sentimientos humanos, la descripción de sucesos impresionantes, y el augurio de un futuro esperanzador.



Martín Balarezo García narra la historia de cuatro personajes que las decisiones y las circunstancias mantendrán entrelazados a lo largo del relato. Las vivencias de estos personajes van más allá de los inicios de la subversión de Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru en el Perú, vivencias que no dejan de

sorprender cuando se suscitan inclusive en una hipotética actualidad.

Diego Hernando es un periodista acosado por los guerrilleros terroristas (o subversivos, oficialmente) que están dispuestos a eliminarlo; Lorenzo Atilio es un militar destacado que debe enfrentarse a sus propios sentimientos; el camarada Lisandro es un guerrillero terrorista con convicciones y ambiciones; y Manuel San Miguel es un hombre de escasos recursos económicos con aspiraciones difícilmente alcanzables.

El autor describe minuciosamente hechos espeluznantes, pero también nos deleita con escenarios gratificantes e intensas escenas amorosas.



ISBN 978 1544 1979 13



90000 >



9 781544 197913

EL SENDERO DE LAS GUERRILLAS

Finalista



2009



“Mejor Novela de Aventura o Drama”

Primer Lugar

2015

MARTÍN BALAREZO GARCÍA
EL SENDERO DE LAS GUERRILLAS



MartinBalarezoGarcia.com
Facebook: Martín Balarezo García
Instagram: MartinBalarezoGarcia
Twitter: MartinBalarezoG

Martín Balarezo García
CreateSpace Independent Publishing Platform

El sendero de las guerrillas

Cubierta: foto del Museo de la Memoria de la ciudad de Huamanga, Ayacucho, Perú por Martín Balarezo García

Contracubierta: foto de Martín Balarezo García
por Francisco Vega, Jr.

Copia registrada © 2007 por Martín Balarezo García
Derechos de autor reservados
Segunda edición: Junio de 2017
Centreville, Virginia

Library of Congress Control Number: 2017936402
ISBN: 978-1-5441-9791-3

Impreso en los Estados Unidos de América

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en/o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

DEDICATORIA

A la memoria de quienes fueron privados del privilegio de seguir existiendo, aunque se tratara de vivir en un mundo plagado de injusticias que debería ser más justo; y dedicado especialmente a quienes siguen sufriendo las consecuencias del salvajismo de un cruento conflicto que no debió haber sucedido.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, agradezco el apoyo, el entusiasmo y la confianza de mis queridos hijos, Andrea, Giancarlo y Marco, quienes estuvieron al tanto de los primeros pasos de esta novela que llevaba un buen tiempo entre mis proyectos más antiguos y deseados, quienes ahora pueden apreciar los valiosos resultados de la perseverancia y, por supuesto, a mis queridos nietos, Bryant, Aviya y Elsyana, quienes me motivan a vislumbrar un futuro colmado de esperanzas.

Agradezco con cariño a mis queridos familiares y amigos que me apoyaron de diversas maneras y confiaron en ver publicada esta novela.

Mi especial agradecimiento al Diario El Comercio de Lima, Perú, por haber organizado el singular Premio de Novela de 2009, en el cual *El sendero de las guerrillas* quedó finalista.

Finalmente, mi sincero agradecimiento a los fundadores de Latino Literacy Now, el prestigioso actor Edward James Olmos y Kirk Whisler, por organizar cada año el certamen literario *International Latino Book Awards* de los Estados Unidos, en el cual *El sendero de las guerrillas* resultó ganadora del premio a la Mejor Novela de Aventura o Drama en español en el año 2015.

DATOS BIOGRÁFICOS DEL AUTOR

Martín Balarezo García nació en la ciudad de Lima, Perú, el 8 de enero de 1961. Actualmente reside en el condado de Fairfax, del estado de Virginia, en los Estados Unidos de América.

Su primera obra, *Reflexiones trascendentales*, fue auspiciada en 1989 por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología del Perú, donde presenta numerosos ensayos de contenido filosófico, social y científico y más de 300 reflexiones cortas.

En 1991 fue invitado como expositor a la VII Convención de Instituciones Peruanas realizada en Washington, D.C. con el tema *Causas y efectos de la emigración peruana*.

En 1994 publicó la novela *Sueños de un ilegal*, donde narra las aventuras de un escritor peruano que decidió emigrar a Estados Unidos al ser acosado por los guerrilleros terroristas de su país.

Su cuento *Una ventana hacia el gran imperio*, donde relata las aventuras de dos pequeños hermanos que llegan a contactarse misteriosamente con un imperio incaico evolucionado, fue seleccionado entre las mejores narraciones en el concurso convocado en 1998 por el Instituto de Cultura Peruana de Miami.

Su guion cinematográfico *Mortal Genesis (Génesis mortal)*, acerca de una organización neonazi internacional que ha desarrollado un virus con intenciones de controlar el mundo, fue seleccionado en 2003 a cuartos de final en el importante concurso de Hollywood organizado por *The Writers Network*, y fue publicado en 2017.

Su novela *El sendero de las guerrillas*, en la cual narra sucesos que van más allá de los inicios de la subversión de Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Túpac

Amaru en el Perú, quedó finalista en 2009 en el Premio de Novela Diario El Comercio de Perú. En 2013 fue publicada, y en 2015 resultó ganadora del Premio a la Mejor Novela de Aventura o Drama (*Best Novel - Adventure or Drama – Spanish*) en el *International Latino Book Awards* de los Estados Unidos.

En 2013 publicó la novela corta *El racista*, donde aborda el tema del racismo en el Perú.

En 2015 publicó su libro *Relatos sin fronteras de la A a la Z*, donde narra cien historias interesantes, de 350 palabras cada una, sobre diversos temas que le atañen a la humanidad en su conjunto, desde el amor hasta la paz, dejando en todas ellas mensajes profundos que invitan a los lectores a reflexionar. En 2016 obtuvo el segundo lugar en la categoría Libro de Ficción Más Inspirador (*Most Inspirational Fiction Book – Spanish or Bilingual*) en el *International Latino Book Awards* de los Estados Unidos.

Constantemente está publicando sus reflexiones cortas en las redes sociales, incluyendo Facebook, Instagram y Twitter, las cuales están generando un interés creciente en sus lectores y seguidores.

ÍNDICE

Página legal	5
Dedicatoria	6
Agradecimientos	7
Datos biográficos del autor	8
Introducción	12

Primera Parte

I. El general y el guerrillero.....	17
II. Entre los apus	28
III. Un niño sin niñez	40
IV. El príncipe Diego	52

Segunda Parte

V. General en peligro	66
VI. De estudiantes a guerrilleros terroristas	76
VII. El pamplonazo.....	85
VIII. La Encantada.....	92

Tercera Parte

IX. La boca del diablo	106
X. Hasta que la muerte los separe	118
XI. Hacia un destino impredecible	133
XII. En camino hacia el exilio	145

Cuarta Parte

XIII. El inmortal.....	159
XIV. Senderos opuestos	167
XV. De El Purgatorio al infierno	176
XVI. De regreso a casa.....	189

Quinta Parte

XVII. El último encuentro.....	202
--------------------------------	-----

XVIII. Los candidatos de los pobres	212
XIX. El Gringo Hernando	225
Epílogo	
XX. Los sobrevivientes.....	235
Reflexiones.....	15, 244
Otros libros del autor.....	245

INTRODUCCIÓN

Novelar la historia no es tarea fácil, y escribir una novela histórica sobre las guerrillas, el terrorismo o la subversión es aún más difícil porque el autor debe acercarse a una realidad desgarradora y muy compleja que puede convertir sus párrafos en temas controversiales.

Cuando escribí mi primera novela, *Sueños de un ilegal*, Diego Hernando, su protagonista, se vio forzado a exiliarse del Perú para no ser una víctima más del terrorismo de los años 80 y 90 que golpeó duramente la paz en mi país, dejando una cicatriz social que sigue doliendo con saña, especialmente en quienes se vieron afectados directamente por sus desquiciados actores. Diego era un escritor y periodista que escribió con firmeza sobre los alcances del terrorismo, y los terroristas no lo toleraron.

En *Sueños de un ilegal* narro su accidentado, interesante y esperanzador viaje desde Perú hasta los Estados Unidos, travesía que lo llevó durante un año, aproximadamente, a recorrer diferentes países de América. Después de publicarla, algunos lectores coincidieron en que debería escribir una segunda parte, la cual está entre mis proyectos literarios. En su lugar, decidí escribir una novela que explorara los orígenes y motivaciones de quienes iniciaron ese cruento enfrentamiento contra el sistema que estaba establecido, naciendo así la idea que empezó a dar forma a *El sendero de las guerrillas*. Y así fue como desarrollé la trama con el mismo personaje que estuvo a punto de ser aniquilado por escribir bajo la tutela de sus principios.

Después de años de investigación, entrevistas y viajes al Perú —que incluyeron la ciudad de Ayacucho, el foco del movimiento subversivo—, me tomó dos meses escribir la versión original de esta novela, y muchos meses más para revisarla y ampliarla. Esa versión inicial quedó entre los

diez finalistas en el Premio de Novela que organizó el Diario El Comercio en el año 2009, certamen al cual se presentaron más de 400 novelas. Inconforme con esa versión inicial, seguí revisándola y corrigiéndola hasta llegar a la versión que leerán, siendo galardonada como la mejor novela de aventura o drama en español en el *International Latino Book Awards* de los Estados Unidos de América en el año 2015.

Varias veces he sido criticado por haber empleado el término “guerrillas” en el título de esta novela, y por eso detallo aquí las razones por las que lo hice. Mis detractores aseguran que los subversivos peruanos no pasaron de ser meros terroristas. Como notarán a lo largo de la novela, yo empleo los términos guerrilleros, terroristas o subversivos, y en la contraportada acuño el término “guerrilleros terroristas” que me parece el más apropiado.

Está sobreentendido que los subversivos son quienes trastornan o alteran el orden público, especialmente con intenciones de modificar el sistema establecido e intentar controlarlo, término que, generalmente, tiene una connotación negativa. Bajo este concepto, los miembros de Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru encajan en él perfectamente.

Los terroristas, como todos sabemos, son sujetos o grupos organizados que cometen actos criminales con la intención de causar terror donde los ejecutan para debilitar emocionalmente a sus víctimas. Es impresionante que estos grupos o sujetos no se percaten de que son los forjadores de su propia destrucción, porque las comunidades nacionales e internacionales siempre hallan la manera de destruirlos tarde o temprano. Evidentemente, tanto Sendero Luminoso como el MRTA aseguraron su derrota al ser los artífices de ese terrorismo que todos repudiábamos.

Los grupos guerrilleros pueden estar presentes hasta en los ejércitos regulares al emplear tácticas establecidas para mermar al enemigo. Con el tiempo ese término se ha ido restringiendo hasta asociarlo a grupos armados irregulares que pretenden debilitar y derrocar a los gobernantes establecidos y, por ejemplo, los reconocemos históricamente en los guerrilleros del Movimiento 26 de julio de Cuba, los montoneros de Argentina, las FARC de Colombia, y hasta los miembros de la Resistencia francesa durante la segunda guerra mundial.

Lo aceptemos o no, tanto Sendero Luminoso como el MRTA tenían las características de un grupo guerrillero, y pretendieron, absurdamente, controlar el poder a la manera de Fidel Castro o Mao Tse-tung. Los dirigentes y seguidores de esos grupos surgidos en el Perú, en algún momento deben haber aceptado que se estaban enfrentando a una guerra perdida cuando fueron repudiados por casi todos los ciudadanos peruanos.

Lo que he explicado en los dos párrafos anteriores es una de las razones por las cuales titulé esta novela *El sendero de las guerrillas*. La segunda razón radica en los orígenes y motivaciones para que estos grupos se hayan gestado. A través de los capítulos de la novela, describo una serie de factores que pueden ser determinantes para que estos grupos subversivos obtengan el fuego de sus caldos de cultivo.

Hoy como ayer, nuestras pujantes naciones aspiran y merecen una vida digna y también gobernantes honestos comprometidos con su desarrollo integral. Desamparar a los ciudadanos más vulnerables, o abusar de la mayoría en una nación, haciendo mella de su presente y de las esperanzas de un futuro progresista, siempre serán invitaciones a la subversión o a una oposición de consecuencias insospechadas.

“La violencia es el peor tormento de la humanidad y el defecto más vil del ser humano”.

Martín Balarezo García

PRIMERA PARTE

I

EL GENERAL Y EL GUERRILLERO

La profunda mirada de sus avejentados ojos negros parece perdida mientras enfoca, placenteramente, el brillante fulgor de las lejanas cumbres nevadas. De rato en rato se pone unos enormes anteojos oscuros, cubriendo los bifocales que usa permanentemente, para proteger sus desgastadas retinas de los matutinos rayos solares —tan despiadados que no perdonan ni las sombras de los majestuosos cúmulos que desfilan desordenadamente bajo la diáfana bóveda azulina, y a la vez necesarios para calentar los largos e intensos días de aquella serranía—. Se deleita creando figuras algodonosas en el firmamento, dando forma a las oscuras siluetas dibujadas en las montañas, tejiendo historias y cuentos fantásticos, armando rompecabezas imaginarios o fraguando escaramuzas que no trascenderán. Su abundante y blanca barba de viejo conquistador, que disimula su colosal papada, lo resalta entre la población andina del lugar. Nadie podría imaginar que debajo de esos cabellos ralos y encanecidos, y tras esa faz incapaz de arrugarse debido a una hinchazón que está por reventarle la piel, todavía existe una mente poderosa capaz de recordar minuciosamente hechos tan lejanos como los de su tierna infancia, y suficiente para evitar su menoscabo por otros tan cercanos como la muerte inminente que lo acecha.

No podía, ni tampoco quería, pasar sus últimos días fuera de ese entorno apacible, ya sea deambulando por los alrededores, descansando en la gran casa que ahora lo cobija, o, como en ese momento, arrellanado durante horas interminables sobre una mecedora acolchada bajo el techo de la

rectangular terraza, vencido de cuando en cuando por un letargo inevitable. Ahí se resguardaba de la furia del astro rey, pero no del viento que siempre ululaba: helando en algunas ocasiones, refrescando en otras, acariciando casi siempre, o irrumpiendo con fuerza huracanada una que otra vez.

Por un breve momento, su fijación cede ante el jolgorio de sus incontables nietos y bisnietos que compiten por llamar su aletargada atención. Parecía inexplicable cómo había formado una familia tan numerosa. Alardeaba de haber engendrado tres docenas de hijos, y no había, entre sus allegados, quién dudara de la paternidad que le correspondía. A diferencia de los más pequeños, que lo adoran como si fuera un patriarca divino, los adolescentes y los adultos le profesan una veneración hitleriana, como a un semidiós, con cierto temor y nada de amor.

Para muchos, él solamente es un viejo más a quien mimar; un anciano al que hay que prodigar atenciones excesivas, pero necesarias; un hombre que estaba llegando al ocaso de la vida sin haber realizado sus más caras ambiciones. Pero su decrepitud no era consecuencia de los años, sino de la vida que había llevado y de la enfermedad que lo estaba consumiendo. Para pocos, es un símbolo viviente a quien honrar, un hombre que merece el reconocimiento aun de sus adversarios, una persona digna de figurar en la historia de su pueblo, un amauta sin rasgos indígenas que defendió con devoción infinita los derechos de los legítimos descendientes de los incas y preincas, un importante pilar de un movimiento socialista y revolucionario mundial que prevalecería sobre los demás, un luchador heroico e insuperable convertido en una leyenda preeminente encarada en la mente de sus seguidores. Para otros, claramente,

es un demonio que debe ser aniquilado, una lacra social incorregible y sumamente peligrosa, un ser humano ingobernable y degradado por su conocida crueldad, un creyente inflexible de la brutal violencia que justificaba, un hombre carcomido por su desmedida ambición, alguien que debe desaparecer para siempre, sin dejar rastros de su existencia ni siquiera en las mentes de sus seres más queridos, alguien que merece el eterno sufrimiento de quedar encendido en las hogueras del infierno (si es que existía).

En aquel refugio terminal, casi nadie sabía con detalles qué sucesos atroces habían esculpido su curtida piel pronta a desgarrarse y colmada de cicatrices atroces, qué imágenes pasmosas habían visto esos ojos tan negros como la penenne noche de una cueva profunda, o qué palabras descollantes había expelido su otrora voz, tan fuerte como el dolor o el odio que seguiría martirizando su alma (si es que la tenía).

No muy lejos, una camioneta roja de doble cabina reverbera y avanza solitaria entre los caminos del pintoresco paisaje andino. En el asiento trasero va un tipo cincuentón vendado, amarrado de pies y manos, e inmovilizado con el cinturón de seguridad. Su bigote entrecano resplandece y un quepis desgastado protege su cuero cabelludo del ataque solar que se filtra sin misericordia. Su cara trigueña luce visiblemente surcada, no solo por el tiempo, sino también por una vida colmada de tensiones permanentes. Está adormecido por un golpe soberano en la nuca y el éter que fue obligado a aspirar. Lo secuestraron poco después del amanecer, al salir de un céntrico hotel en Huamanga, a donde había viajado para recabar información que necesitaba para un extenso libro que estaba escribiendo. Al ir recuperando

la consciencia, lentamente, adormilado, empieza a escuchar una voz todavía lejana: «Tranquilo, viejito».

—Tranquilo, viejito —murmura nuevamente un individuo montaraz, acholado, en sus treintas, corpulento y mal oliente, de bigote y barba cantinflascos que va de copiloto, apuntándolo con una escopeta semiautomática. Luego continúa, sin conturbarse—: No me gustan los milicos; te juro que si mueves mucho el esqueleto, adelanto tu último viaje sin que te des cuenta —amenaza el escarramanado sujeto.

—¡Por la puta madre! —exclama sorprendido el aturdido quincuagenario—. ¡¿De dónde mierda salieron, carajo?! —resopla, siendo observado a través del espejo retrovisor por un cuarentón lampiño que conduce, montuno como el primero, aunque de baja estatura, rostro anguloso y semblante de orate.

—Eso pronto lo sabrás, pero no por mucho tiempo. ¡A los pendejos como tú los destazamos y arrojamos vivos a los chanchos hambrientos, o se los damos a los pishtacos para que les expriman la maldita grasa del cuerpo! —grita el sujeto que lo encañona, refiriéndose a los matarifes de seres humanos que negocian con la adiposidad de sus víctimas (arraigada creencia popular alimentada por la mitología andina).

—¡¿A dónde chucha me llevan, hijos de puta?! —pide un golpe a gritos.

—¡A la tumba, infeliz de mierda! —el grandulón acompaña la respuesta con un culatazo que le revienta una ceja.

—Oye, Mauro, creo que mejor le damos vuelta a este general jjuna gran puta —sugiere el otro sujeto, poco antes de escupir por la ventana una mezcla asquerosa de flema y aguardiente.

—No hables cojudeces, Petizo, el jefe quiere verlo antes de que lo convirtamos en carroña.

—Ya lo sé, hombre. Nos vamos a ganar un poroto por haberlo capturado vivo —dice el sumiso, incendiando el aire con su tufo, manteniéndose sobrio pese a que de rato en rato se mete un trago de aguardiente de la chata que lleva en el bolsillo—. Carajo, Mauro, va a ser nuestro día, ya imagino la cantidad de billetes que vamos a recibir de recompensa —dice, esbozando una sonrisa repugnante y despidiendo angurria por las pupilas.

—¿Jefe? —pregunta intrigado el militar—. ¿De quién están hablando, par de huevones? —pide otro golpe, con cierta cortesía.

—¡Déjate de vainas, pendejo mal nacido! —exclama Mauro, dándole otro culatazo que le abre la otra ceja.

—¡Pobre de ustedes si asesinaron a mi chofer, desgraciados de mierda! —clama por otro culatazo que no llega.

—Ya debe estar en el infierno —dice Petizo, con diabólica satisfacción.

El tenso trayecto hacia una casa grande de paredes en-caladas que domina el estrecho valle, esporádicamente es alterado por las comunicaciones que hacen a través de la radio y por los comentarios estúpidos del sujeto que maneja. Petizo no se da por enterado que al hablar va llenando la cabina con su aliento pestilente. Al cautivo parece no importarle esa atmósfera hedionda —a la cual sus secuestradores están acostumbrados— ni el peligroso cañón que está apuntando a su cabeza —que puede sentir, aunque no pueda verlo—.

Resultaba difícil imaginar que aquella naturaleza pacífica y recóndita, salpicada de sembríos verduzcos y amarillentos que pintaban las laderas de innumerables cerros, y

reverdecida por decenas de hectáreas de tunales que también sostenían ese imperio sin nombre, era el refugio clandestino de aquel enfermo envejecido, otrora uno de los hombres más buscados y odiados del Perú.

El achacoso sujeto de la casa grande, cuya ancianidad prematura no cesa de devorarlo, nota la camioneta que se acerca, algo sorprendido porque no los esperaba a esas horas. En ese instante es interrumpido por un guardaespaldas acriollado que cuida de él, explicándole que Mauro y Petizo habían capturado con éxito al general. Luego de escucharlo, hace un gesto de complacencia y fija su mirada en el vehículo hasta que llega. El guardaespaldas guarda silencio, asiendo una moderna ametralladora para proteger a su jefe del indeseado militar, o para amedrentarlo cuando llegara.

Mauro baja bruscamente al general de la camioneta y le quita la venda ensangrentada de los ojos, sin ocultar el desprecio que siente por él ni los deseos de hacerlo desaparecer —lo que a veces hacen con los desconocidos que se acercan demasiado a su territorio sin una razón justificada—. «¡Deja de empujar, desgraciado!», grita el militar. «¡Deja de gritar, mierda!», replica el grandulón, clavándole su torva mirada, como si quisiera perforarlo.

Con su pinta de idiota indisimulada, Petizo solamente sonríe, atontado, como si estuviera drogado por el aguardiente que tomaba y por tanta coca que chacchaba; parece un opa por sus lados y costados. Es un holgazán declarado y confeso, pero eso lo tiene sin cuidado. Ahí estaba, como chofer, guardián, o lo que fuera; se había ganado una posición tras años de fidelidad absoluta a su líder y a su trunca revolución.

El secuestrado casi no puede ver las figuras que hay bajo el techo de la terraza; está enceguecido por su propia sangre, por la luminosidad solar y por andar mirando de reojo al tipo que lo tiene en ascuas y no deja de maniatarlo. Cuando le ordenan que se detenga, a un par de pasos del último escalón de la estructura blanquecina, tiene que esperar algunos segundos para acostumbrar la vista a las sombras que lo rodean. No tarda en notar al sujeto con la ametralladora y percibe un hedor mortuorio que el viento disemina con facilidad. Poco a poco, su mirada soslayada se va fijando en la amorfa humanidad que está en la mecedora, hasta que una voz de ultratumba le hace saber que se trata de la persona que ordenó su secuestro.

—Vaya, vaya, pero si es nada menos que Atila, el general todopoderoso —dice el enfermo, sarcásticamente, esbozando una sonrisita fingida.

—General Atilio —replica el militar.

—Ya me acostumbré a llamarte Atila, como todo el mundo. Debería halagarte, aunque debo confesar que esa chapa te queda grande.

—Me imaginé que eras tú, Hernando —confirma el militar, buscando la mirada que el maltrecho personaje oculta tras esos desproporcionados anteojos oscuros.

—Camarada Lisandro —replica a su vez el secuestrador, sacándose los anteojos para encontrarse con la mirada del general.

Ese mediodía de finales de marzo está más tibio que de costumbre. Una brisa constante acaricia el ambiente, haciendo bailar las plantas de flores multicolores que se lucen sobre las macetas que visten la austera terraza. Todos agradecen la preferencia del jefe por estar la mayor parte del día a la intemperie, ya que pocos soportan la tos y sus

escupitajos sanguinolentos, sus eructos estridentes, los gases generados por una flatulencia hórrida y explosiva —al andar produciendo nitrógeno y metano a niveles industriales— y sus potentes ronquidos diurnos de decibeles inmensurables —que por las noches espantan a ángeles y demonios—. Por momentos, muchos se distraen al notar la presencia del intruso, tanto los niños que juegan al fútbol sobre una cancha bien nivelada de césped raso, como las mujeres que los cuidan y numerosos campesinos en su día libre ejerciendo de asiduos espectadores.

—Estamos grandecitos para estas huevadas, ¿no lo crees, Hernando? —aventura a decir el general—. Tú has dejado de ser el camarada Lisandro aun para los que te siguen. Jefe, señor o don, qué más te pueden decir. Eres un simple mortal a punto de morir —solicita un duro golpe de culata.

—Más respetos a nuestro jefe, desgraciado —dice Mauro, ofuscado ante la insolencia del secuestrado, propinándole un culatazo en la espalda que lo deja hincado, listo para rezar.

En realidad, sus mujeres le dicen «mi señor»; sus hijos, «padre», a secas; sus nietos y bisnietos, «tata Ramón»; y sus secuaces, «jefe», nada más.

—Ya, ya, siéntate Atila —dice Ramón Hernando, gesticulando con la mano que sujeta sus anteojos para que Mauro le acerque una silla al general. Y luego ordena—: Petizo, desátalo.

—Pero, jefe... —se interpone Mauro antes de que el pequeño sujeto cumpla la orden, tratando de disuadirlo.

—Petizo, desátalo —repite su deteriorado jefe, enfadado, fulminando a Mauro con la mirada mientras el apestoso sujeto obedece, con la sumisión diaconal que lo caracteriza.

Ramón Hernando odia a los gobernantes, mataría o mandaría matar a todos ellos si pudiera. Ahora tiene al frente a uno de los que lo sepultaron en vida en El Purgatorio, sin embargo, es el único a quien no odia. El general Lorenzo Atilio le había salvado la vida alguna vez, pero no le debía nada, él había hecho lo mismo.

—Has cometido el error más estúpido de tu vida, Hernando —empieza diciendo, quitándose el quepis porque sentía escozor de tanto sudar el cuero cabelludo de entradas pronunciadas y rumbo a una calvicie franciscana, cuando es interrumpido por esa voz fantasmagórica.

—Ya sabes que no me queda mucho tiempo para escucharte, Atila, y créeme que lo último que quiero es irme de este mundo escuchando tu voz —le dice Hernando, entrecruzando sus palabras con esa persistente tos que no lo deja en paz—. Voy a ir al grano antes de que me arrepienta y deje que mis muchachos terminen de hacer lo que están pensando.

—Habla de una vez, carajo. Mi gente ya debe estar en camino para sacarme de aquí —asegura el general.

—Este es el último lugar donde intentarán buscarte; es más, ni siquiera deben saber que existe —responde, confiado.

—Un exsubversivo comunista convertido en latifundista, solo eso le faltaba al Perú, por la puta madre.

—Digamos que me lo merecía —tose, trata de sonreír.

—De cualquier modo, me encontrarán.

—Ni siquiera tus hijos podrían encontrarte —afirma, refiriéndose a los tres hijos del general que son miembros de élite de las Fuerzas Armadas: uno del Ejército, otro de la Marina y el tercero de la Aviación.

Durante la época de ocupación senderista, un latifundista que comulgaba con la idea de un nuevo Estado, o que pretendía sobrevivir a la barbarie, prácticamente cedió parte de la hacienda que desde entonces poseía Hernando, amparado en artilugios que protegían su propiedad.

—No nos subestimes, Hernando. Te vas a arrepentir por lo que te quede de vida, y mucho más si le han hecho daño a mi chofer —afirma a su vez el general, sin amilanarse.

Al escuchar lo del chofer, el exlíder guerrillero clava su mirada en la de Mauro, lanzando una pregunta tácita, esperando una respuesta inmediata.

—Solamente lo dormimos y encerramos en la maletera, jefe. Se nos cruzó un toambo, pero también lo dormimos antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando. Se lo juro —responde, luego de leer el pensamiento de su jefe.

—Cuando llegue tu gente, si es que llega, ya habrás pasado a la historia, Atila —augura el enfermo en camino a ser moribundo, con su energía en decadencia y escupiendo un coágulo de sangre que le salió de las entrañas.

—No me has traído hasta aquí para deshacerte de mí —replica el militar—, así que habla de una vez.

Ese enfrentamiento verbal apenas está comenzando y los sujetos que los rodean están perdiendo la paciencia. No están dispuestos a que un militar indeseable altere a su héroe viviente o, peor aún, que ponga en peligro la fragilidad de su existencia.

—En primer lugar, te he traído porque me dio la maldita gana; y en segundo lugar, porque entre nosotros ha quedado pendiente una última conversación. Nos hemos enfrentado durante años casi sin cruzar palabras —sigue hablando, sin poder librarse de la tos.

—¿Qué pretendes ahora? ¿Quieres convertirte en mi confesor, en mi confidente, en mi inquisidor? —le pregunta el general, muy mortificado.

—Y en tu verdugo, Atila —le responde, flemáticamente.

—Será motivo para descubrir en parte los mitos de tu existencia, desenterrar lo que hay en tu mente mientras tus neuronas lo permitan, desenmascararte, hacerte hablar ahora que todavía puedes, grabarme tus pensamientos mientras sea posible. Y no para que el mundo lo sepa, sino para librar esa batalla pendiente que te interesa más que a mí, sin más armas que las fuerzas que nos quedan, sin guardaespaldas que nos protejan del fantasma de la venganza, sin temor a morir por nuestras propias manos.

—Eres valiente o más cojudo de lo que pensaba —enfatisa Hernando—. Yo sí sé lo que hay en tu mente y sé de ti más de lo que imaginas.

—Estás bien huevón, Ramón —dice el general, aludiendo un dicho popular que anda de boca en boca.

—Sigues siendo un cachaciento pendejo —replica el antiguo guerrillero, agitando la mano, meneando los anteojos oscuros.

—¡Vamos a ver quién llega más lejos, yo por estar en una fiesta a la que nunca hubiera ido, o tú con esa enfermedad de mierda que te está matando! —amenaza el general.

II ENTRE LOS APUS

Desde esa cima pelada y rocosa destacaban las innumerables montañas grisáceas de aquel abismal valle andino. A esa altitud, quedar bajo la sombra significaba someterse a temperaturas gélidas en cuestión de segundos. Pero ver el Sol ocultarse detrás de ese panorama sobrecogedor, siempre valían la pena los escalofríos, los resfríos y hasta la pulmonía.

—¡Ramón, ya es hora de irnos! —exclamó el joven estudiante a su abstraído compañero, quien yacía contemplando el oblongo valle ayacuchano desde lo alto de la colina.

—¡Un rato más, Manuel! —respondió, sin dejarse oír claramente por culpa de las frías ráfagas que barrían las montañas.

Ser estudiantes de Antropología Social de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga los había llevado, una vez más, a recorrer las paupérrimas comunidades de la serranía ayacuchana. Para Ramón era más que cumplir con una obligación curricular. Los años que llevaba en la universidad habían sido marcados por sus investigaciones sociales, por el descontento imperante de los ciudadanos más educados, por la indiferencia arrastrada durante generaciones entre los menos favorecidos, y por las conversaciones revolucionarias que sostenía inclusive con los profesores más extremistas. Manuel era más cauto, no participaba mucho de aquellas charlas esporádicas, y si asistía lo hacía para acompañar a su amigo y no para dejarse convencer.

—Hace un frío del carajo, Ramón —dijo Manuel al llegar donde se encontraba su amigo, tiritando, ametrallando el aire helado con sus palabras congeladas y el castaño de los dientes, extremadamente agotado por el esfuerzo que le significaba caminar con zapatos ortopédicos debido a que tenía una pierna más corta.

—Por lo menos esperemos hasta que el Sol se oculte —dijo Ramón, dándole más importancia al espectacular atardecer que a la temperatura que se desplomaba rápidamente—, solo faltan unos minutos, amigo.

—Además, ya sabes que no me gustan las alturas peligrosas —insistió el friolento universitario.

—Ni que estuviéramos tan cerca del borde, Manuel, tampoco exageres.

—No sé de dónde sacas tanto aguante, carajo. Yo soy más cholo que el Cholo Sotil y realmente me cago de frío. En cambio, tú no tienes ni pinta de mestizo y estás como si nada.

Efectivamente, Ramón más se parecía a su padre (cuyo abuelo español emigró al Perú con su equipaje de sueños hasta destacarse como productor vitivinícola de Ica) y solamente heredó algunos rasgos de su madre mestiza, pero no el color de su piel ni la candidez de su mirada. Él hipnotizaba con la suya, y con su labia convincente y la madurez de sus ideas era capaz de liderar los movimientos estudiantiles a los que pertenecía.

—Y no debe ser por la ropa, Manuel, sino por la vida en el campo, la buena comida, el Sol sobre tu piel y horas de sueño perfectas. Aunque no hay nada mejor para el corazón y para la próstata que una buena hembrita a tu lado —recalcó Ramón, con muestras de satisfacción.

—¡Huevadas! Hay que tener suerte para haber vivido como tú —dijo Manuel, entristecido—. Lo único que no me ha faltado es el trabajo intenso, lo demás ha sido siempre inalcanzable para mí.

—Supongo que no me vas a echar la culpa de tus desgracias.

—No, Ramón. Hasta ahora no sé de quién es la culpa.

—Tal vez de todos —empezó diciendo Ramón.

—O tal vez de nadie —concluyó Manuel.

—La verdad es que en estos parajes me siento a gusto —dijo Ramón, cambiando el sentido de la conversación—, mejor que en la ciudad. Detesto el bullicio de las ciudades. Aquí viviría y aquí me gustaría morir.

—Putá madre, no hemos cumplido ni veinte años y ya estás pensando en la muerte —le llamó la atención Manuel—. Falta mucho para eso, amigo. El presente es lo que importa. ¡Y el presente me dice que me cago de frío! Ahora tengo una erección permanente y los testículos petrificados, y ni siquiera tengo a mi hembra a mi lado para que me los caliente.

—Ya, está bien, ganaste —asintió Ramón, poniéndose de pie lentamente, cediendo ante la letanía de su aterido compañero.

Al ir descendiendo, dieron un vistazo a las chozas que había desperdigadas al borde de los caminos o junto a los pequeños sembríos de la zona. Sabían que las familias que vivían ahí, como en muchos otros lugares, prácticamente trabajaban la tierra para sobrevivir, sin imaginar que había un mundo más evolucionado al cual podrían acceder para obtener beneficios que los dignificara. Pero la abrupta geografía era un desafío brutal. Daba la impresión de que el

Perú profundo estaba condenado a ese destino de privaciones perpetuas.

—Mira, Manuel —dijo Ramón, señalando hasta donde llegaba su campo visual—, la miseria al alcance de nuestra vista.

—Pero si hace un momento dijiste que vivirías y morirías aquí —replicó, jadeante.

—Así es, pero con dignidad. Muchas comunidades no saben lo que es eso.

—De cualquier modo, mientras no lo sepan, nacerán, vivirán y morirán a su manera.

—No está bien y tú lo sabes. Carajo, Manuel, tú has sufrido en carne propia el fracaso de la desigualdad, no me digas que la indiferencia es la mejor opción —dijo Ramón, con indignación.

—Sí, lo sé, Ramón. He crecido pensando cómo cambiar esto y encontrar el camino para que otros vivan como tú lo hiciste.

—Supongo que estás estudiando Antropología Social no solo para rascarte las pelotas detrás de un escritorio —lo reprendió Ramón.

—Supones muchas cosas, amigo. Quiero conocer mejor a nuestra gente, no cambiarla. Lo que hay que cambiar es este sistema que está jodido.

—Deberías hacerle caso al profesor Huancavilca, no te vendría mal seguir sus consejos.

«Manuel San Miguel, ¿ya decidió convertirse en un camarada de la revolución?», era la misma pregunta que le hacía el profesor Huancavilca cuando estaban fuera de clase. Todos sabían que ese profesor de carácter dominante, baja estatura y cara de “yo no fui” formaba parte del Partido Comunista, y las malas lenguas afirmaban que su

misión era la de reclutar jóvenes para una futura revolución armada. Enseñaba el curso de Antropología Filosófica como ninguno y le encantaba parafrasear a José Carlos Mariátegui. Las autoridades de la universidad también sabían o intuían lo que pretendía el profesor de semblante asimulado, pero nadie se atrevía a increparlo, ya sea por temor o porque había muchos que lo apoyaban tácitamente.

—A ti ya te convenció por lo que veo.

—Yo ya estaba convencido, Manuel. Ellos están organizados... Deben de estarlo.

Al bajar de la colina estuvieron acompañados de un firmamento espectacular que habría sido un sueño para los amantes de la astronomía y un festejo mental para cualquier ser humano. Fueron sin demora a la choza de adobe que les servía de hospedaje, donde los amables dueños esperaban ansiosos para colmar de atenciones a los jóvenes forasteros. Para su deleite, había una humeante y succulenta sopa serrana con deliciosos trozos de charqui, mote y papa. También los aguardaba un espacio sobre el suelo raso, agradablemente abrigado con mantas de lana que no perdían el olor de los auquénidos que usaron para tejerlas. El ambiente cargado por el querosene que usaban en las lámparas que les daban luz y calor no los molestaba en absoluto. Ahí estaban, compartiendo un lugar misérrimo junto a una familia conformada por un hombre de edad incalculable, su mujer madura y los dos hijos adolescentes que habían tenido la suerte de llegar a esas edades. Según les contaron, habían procreado nueve hijos en los treinta y cinco años que llevaban juntos. Ninguno de los siete fallecidos tuvo la dicha o la desdicha de pasar de la niñez, arrebatados por la muerte debido a enfermedades incurables en esa geografía despiadada.

—He aquí los descendientes de los valerosos waris — dijo Ramón, sorbiendo con placer la sopa servida en rústicos recipientes de barro.

—O de los aguerridos chankas —continuó la idea Manuel, saboreando el manjar de las alturas andinas.

—Guerreros, como los espartanos —acotó Ramón.

—Por lo que veo te fascinan los griegos —entonó melindrosamente Manuel.

—La historia griega —se defendió Ramón.

—Si te presentan a un griego, seguro que te tiemplan de él —contraatacó Manuel, soltando una carcajada inevitable que no le causó ninguna gracia a su compañero.

Sus anfitriones sonreían al mirarlos, tal vez porque entendían en parte lo que decían, chapurreando el español al tratar de intervenir, pero sin comprender la ironía de esa limitada conversación ni las bromas intrascendentes. Los visitantes habían logrado ser aceptados, comunicándose con propiedad en su idioma y ofreciéndoles algún dinero por sus servicios. No era fácil ganarse la confianza de los campesinos andinos y aquellos estudiantes lo sabían perfectamente. Aprender el quechua era una prioridad para quienes quisieran entrar por las buenas a su mundo milenario. Sus ancestros fueron dominados por los incas, luego por los españoles y al final por un estado que, sin importar quién gobernara, los había tenido en el total abandono. No lo comprendían y daban por desconocidas las reglas impuestas que entendían menos. Algunos, como ellos, se refugiaban entre las montañas casi inaccesibles para continuar viviendo de acuerdo a sus antiguos hábitos y costumbres; aunque también había quienes se enfrentaban a sus vecinos, enfrascados en luchas ancestrales e incesantes que fortalecía a pocos, pero debilitaba a muchos; otros, por

el contrario, cansados del olvido y la desolación, se acercaban a las grandes ciudades para laborar como campesinos de latifundistas a quienes servían y respetaban sin ninguna convicción, contra quienes no se sublevaban para no desaparecer.

Al cabo de una apacible noche, despertaron al amanecer, desayunaron la recalentada sopa de la cena anterior, y quedaron esperando que el Sol asomara lentamente de su escondite montañoso antes de regresar a Huamanga. Tan pronto se iluminó la mañana, partieron en un destartalado jeep prestado por su profesor, dejando tras ellos a la pobre pareja de campesinos, quienes esbozaban sonrisas engalanadas con los pocos dientes que les quedaban; a sus hijos, extrañamente serios como cuando los vieron por primera vez; y a una recua de asustadizas llamas que también le daban vida a ese agreste rincón terrestre.

El tortuoso camino, que por trechos dejaba entrever los abismales precipicios, le ponía los pelos de punta a Manuel, agradecido de no tener la responsabilidad de conducir pues nunca había aprendido a hacerlo. Había aguantado el camino de ida con estoicismo, y el de regreso le estaba causando aún más sufrimiento. Sentía punzadas dolorosas en los huesos de su maltrecha pierna, y su terror era evidente por las frases que repetía una y otra vez: «¡Putra madre, si nos caemos nos morimos!» «¡Carajo, no se ve el fondo!» «¡Pégate más a la derecha, Ramón!» «¡Pégate más a la izquierda, que me caigo!» «¡Mierda, de esta no salimos!»

—¡Ya deja de joder, Manuel, que me pones nervioso! — se sulfuraba Ramón—. Vives en Ayacucho y tienes fobia a las alturas, deberías haberte quedado en Lima de zapatero.

—No friegues, Ramón. Estamos besando precipicios sin fondo, un descuido tuyo y no la contamos.

—No te preocupes compañero, si llegas a aprender a manejar tal vez te lleve de copiloto a los Caminos del Inca —empezó diciendo Ramón para tranquilizarlo—. He manejado camiones y tractores cuando tú jugabas a la pega.

—No creas que me he olvidado que eres hijo de un latifundista explotador.

—No jodas, Manuel. En la hacienda de mi padre no hay ni un solo campesino que se sienta explotado.

—Eso es lo que dices, vamos a ver qué pasa si revienta la revolución que tanto pregonas.

—Mejor piensa en las piernas de Juanita que deben estar esperándote, si es que no las tiene ocupadas con alguien más —sonrió.

—Mejor paremos a mear —sugirió Manuel, mucho más calmado.

Mientras orinaban aprovecharon el momento para hablar de las enamoradas que tenían y que, ciertamente, los esperaban en la ciudad.

—Tú sabes que es mi hembra, Ramón, todita para mí desde que me dejé tirar la noche de mi cumpleaños. Estoy templado, encamotado y enchuchado también.

—Se te nota en esa cara de arrecho que has sacado al diario —dijo, dándole un suave golpe en la espalda.

—Putra madre, no limpies tu mano meada en mi ropa, carajo —dijo Manuel, asquiento y algo enfadado.

—Yo prefiero creer en la poligamia y el contubernio, estar rodeado de mujeres y procrear una cantidad infinita de vástagos —siguió Ramón, pedantescamente, sin hacerle caso.

—Ya pues, deja de fanfarronear; además, ni siquiera podrías. Tú te pasas las noches haciéndole cosquillas en las tetas a la Consuelo con esa barba desaliñada que te manejas

—respondió Manuel, palmeando la espalda de su compañero con su mano orinada.

Al subirse las braguetas, riendo a carcajadas por sus ocurrencias y por las limpiadas de manos, un estruendo espectacular retumbó en las laderas de las montañas que los rodeaban.

—Solo falta que llueva o nos caiga una tormenta o un huayco enviado por esos apus que tanto respetan por aquí —se quejó Manuel, haciendo referencia a la creencia arraigada, entre los pobladores andinos, de portentosos espíritus de los cerros.

—Espero que no seas piña y no pase ni lo uno ni lo otro. Vas a ver que no pasa nada. Ahora sigamos zigzagueando, todavía nos esperan varias horas de camino.

—Oye, para que Huancavilca te haya prestado el jeep es porque quiere contigo o porque ya te afiliaste a su Partido.

—El profe no es ningún cabro; y no me he afiliado, pero estoy por hacerlo —respondió Ramón, aclarando las suposiciones de Manuel mientras el ruido del motor se alternaba con los truenos que se estaban estampando contra ellos.

—Se está corriendo la voz que el Partido se está armando y que si en Cuba lo lograron aquí podrían hacerlo también.

—No estamos en una isla, Manuel, no sería fácil, aunque tampoco imposible —aventuró a decir Ramón, abriendo esa posibilidad en su mente joven y perspicaz—. Lo que sí sé es que no cometerían los mismos errores del 65 —enfaticó.

—Tú lo acabas de decir, carajo, no estamos en una isla. Además, recuerda que el Che Guevara fracasó en Bolivia, y Bolivia se parece más al Perú. Y, por último, yo mejor no me meto, y si las cosas se ponen difíciles..., me quito

periquito. Yo creo en las salidas pacíficas —dijo Manuel, convencido.

—El Estado vive de los engaños y subsiste a costa de la ignorancia de los gobernados. Parece que aún no comprenden que la ignorancia es el verdugo de los pueblos; y la mentira, de los Gobiernos.

—Ya lo veremos..., ya lo veremos —reflexionó pausadamente Manuel.

Siguieron avanzando, descendiendo por las peligrosas laderas, perseguidos por los truenos que se hacían más frecuentes. Para suerte de ellos, la tormenta los alcanzó cuando llegaron a la base de la empinada montaña. «Qué bueno que no estudias meteorología, Ramón», dijo Manuel, escrutando el cielo enfurruñado, descubriendo una enorme oscuridad que destellaba por los rayos que parecían enfrentarse dentro de esa negra nubosidad, y que se abalanzaba amenazante a donde se encontraban. Ahí se quedaron por cuarenta minutos, en la intempestiva noche, sin decirse palabra alguna mientras eran azotados por las furiosas descargas eléctricas y las cataratas colgantes que caían al vacío desde las nubes que ya no distinguían, creando impetuosas correntadas por doquier. El jeep era remecido como si fuera un frágil juguete dispuesto a ser succionado por el viento huracanado. Los amigos se sujetaban como podían, agradecidos de que el profesor les hubiera prestado un vehículo a prueba de inundaciones internas. Cuando escampó, bajaron de la camioneta al mismo tiempo, viendo alejarse la tormenta rumbo al valle que tenían por delante, deleitándose con un arco iris que se dibujó por completo en el cielo que poco a poco se llenaba de sol.

—Un regalo más de un rincón ayacuchano, Manuel —dijo Ramón, absorto.

—Al ver esto ya se me está quitando el miedo a las alturas. ¡Es impresionante! —confirmó Manuel—. Pero esa tormenta me tenía los huevos de corbata. ¡Vaya chubasco!

—Por lo menos ya estás hablando como hombre, podías haber dicho que tenías los testículos entre las amígdalas—sonrió Ramón, sin quitar la mirada del horizonte.

Al subir a la camioneta, ambos notaron una mancha negruzca sobre el techo del jeep; refregándola comprendieron, boquiabiertos, que un rayo les había caído encima, confirmando que dentro de la estructura metálica habían estado protegidos de la furia eléctrica.

Continuaron el periplo agotador, dando tumbos y alimentándose de agua y galletas. Llegaron a Huamanga durante el crepúsculo. Habían tardado casi todo el día en recorrer los 120 kilómetros que los separaban de aquel recóndito lugar, poco o nada conocido. Se dirigieron a la casona colonial para estudiantes donde alquilaban sendas habitaciones modestas. Estaban exhaustos, especialmente Ramón después de haber conducido en aquellas condiciones.

—¡Por fin en Huamanga! —expresó Ramón, con alivio y complacencia.

—¡Por fin en la “Tierra del halcón”! —lo secundó su compañero.

—Me gusta la investigación, pero después de este viaje-cito merecería un baño de aguas termales —continuó Ramón, al borde del desfallecimiento, en el instante que cruzaban el umbral de la gruesa puerta de madera repujada.

—Yo no pido tanto —replicó Manuel—, me conformo con un duchazo de agua caliente y un buen plato de comida casera.

—Y qué te parece si después preparamos el reporte del viaje —dijo Ramón, con sorna.

—¡Estás bien huevón, Ramón! —Manuel creó una frase para la posteridad—. Después a chapar con mi Juanita —concluyó, imaginando el festín de besos que lo esperaba.

III
UN NIÑO SIN NIÑEZ

—Despierta, Manuelito, que ya se hace tarde —dijo Carmela, susurrando, remeciendo suavemente a su hijo—. ¡Manuelito! —exclamó ante la indiferencia de su vástago.

—No me siento bien, mami, tengo mucho sueño, no quiero ir al colegio —respondió, sin ánimos para levantarse del pequeño y sonoro catre donde dormía.

—Eso te pasa por venir tan tarde anoche —lo resonó su madre, preocupada más que mortificada.

—No había micros pa' regresar pe —respondió, abriendo los ojos con dificultad, justificando su tardanza al culpar a los vehículos de transporte público.

—Entonces te vienes del colegio de frente para acá —sentenció la menuda mujer.

—Pero tengo que trabajar, mami; si no, qué comemos —dijo Manuelito, sentándose sobre la cama y restregándose los ojos para despabilarse.

—Con lo que yo traigo va a alcanzar.

—Nunca alcanza pe —la interrumpió—. Desde que se fue mi papá nunca alcanza.

De mala gana Manuelito se alistó para salir. Generalmente, dormía con la misma ropa que usaba durante varios días sobre un descolorido colchón, otrora blanco con rayas azules, donde la paja que había adentro parecía estar con vida y tratara de escaparse por los incontables huecos de la ajada tela. Se cubría con una frazada incolora donde apenas quedaba la silueta de un auquérido indeterminado; y recostaba su cabeza en una almohada plana, sin fundas y de un color indefinido, donde se había impregnado, para siempre,

un olor que le pertenecía, mezcla de sudor y saliva, que le producía una extraña tranquilidad durante las noches. Calzaba el mismo par de ojotas hasta que se desgastaban, porque esas sandalias hechas de llantas inservibles era lo mejor que podía aspirar ese muchachito esquivo que pronto cumpliría diez años. Después de orinar sobre un orificio donde también defecaba, de lavarse las manos y la cara usando jabón para lavar ropa y agua fría que había dentro de un tazón, caminó sin prisa a tomar su precario desayuno. De milagro, su madre le había preparado una naranjada y dos panes fríos con margarina, todo un manjar que disfrutó sonriente y agradecido.

Todas las mañanas, después de desayunar, Manuelito caminaba los pocos pasos que había entre el cuarto de calaminas que habían improvisado y el borde del techo de la casa de tres pisos donde vivían, en el populoso distrito capitalino de San Juan de Miraflores. Aunque le tenía temor a las alturas, observaba con interés las inmundas calles llenas de peatones, a los perros hambrientos husmeando entre los basurales y que solo mostraban sus huesos y pellejos, a los autos y microbuses destartalados que expelían oscuros gases contaminantes, a los vendedores ambulantes que ofrecían sus mercaderías sin importar el entorno insalubre. Parecía que a través de esas imágenes estuviera tratando de encontrarle sentido a su existencia. Por instantes, sus ojos cesaban de mirar lo que había fuera para ver lo que tenía dentro, imaginando una naturaleza virgen que solamente disfrutaba en sus mejores sueños o en algunas fotos de libros y revistas que hojeaba cuando podía: una naturaleza colmada de montañas nevadas, de abundantes y verdes pinos, de praderas exuberantes y multicolores, donde se paseaban animales, aves e insectos de todas las especies.

«¡Manuelito, hora de irte!», gritó su madre, sacándolo bruscamente de sus absortos pensamientos matutinos. Al terminar de cepillarse los dientes, sin dentífrico y con un cepillo cuyas cerdas estaban por desaparecer, y darle un beso a su madre, Manuelito bajó con cuidado la escalera de mano que se apoyaba sobre un balcón diminuto, y de ahí a una escalera de caracol que lo conectaba a su mundo exterior. Carmela no tardaría en salir hacia una lavandería miserable, donde pasaba el día y parte de la noche lavando ropa a mano por una miseria.

El salón de clases de Manuelito siempre lucía pulcro y ordenado sin importar lo desgastadas que estuvieran las carpetas. Aunque era un colegio fiscal con bajos recursos, las limitaciones que existían no impedían que los profesores vistieran bien y disfrutaran enseñando. Manuelito y los otros niños los admiraban y los respetaban. Él quería ser un amaute cuando creciera, tal vez entonces encontraría el sentido de su vida y, de paso, el camino para salir de la pobreza despiadada en que se encontraba. Creía, equivocadamente, que los profesores ganaban buen dinero y que las huelgas —que a veces paralizaban el sistema escolar— los hacían ganar mucho más. Sabía que existían diferencias entre los colegios nacionales y los particulares, pero no se imaginaba qué tan abismales podrían ser. Durante las huelgas aprovechaba para trabajar más, casi nunca para jugar más, pero cuando podía convencía a sus amigos para trepar los cerros arenosos en las cercanías de Pamplona, en parte para sobreponerse a ese temor que le producían los precipicios, y también para satisfacer su gran curiosidad y poder avistar desde sus cimas aquel mundo que existía al otro lado. El Colegio de La Inmaculada y sus estudiantes privilegiados se apoderaban fácilmente de su ingenua atención.

A la distancia podían admirar la cancha de fútbol y a los alumnos, impecablemente vestidos, quienes jugaban durante los recreos o hacían ejercicios a la intemperie durante las clases de educación física. Los asombrados niños escuchaban las remotas carcajadas despreocupadas y los murmullos indescifrables que escalaban hacia sus oídos ávidos. Se preguntaban qué tan grandes serían sus aulas y ellos mismos se respondían: «Deben entrar cien alumnos en cada una», decía Manuelito. «No, deben entrar más de doscientos», replicaba alguno de sus amigos. «Hasta tienen su propia iglesia esos pituquitos», decía otro de los niños. «Seguro que les dan leche y comida caliente», saboreaba alguien más. «Y te apuesto que viven en esas casas de millonarios», señalaba uno la cercana y exclusiva urbanización Las Casuarinas, donde bellas y espaciosas casas habían sido construidas sobre la ladera del cerro.

A su corta edad, Manuelito reflexionaba, sin devanarse los sesos todavía, tratando de explicarse por qué existían tantas diferencias, por qué había dos mundos dentro de uno, por qué Dios permitía a unos disfrutar y a otros sufrir, por qué los que dirigían el país favorecían a unos y mantenían al margen a otros. No lo entendía, pero sabía que algún día encontraría las respuestas a preguntas que creía que nadie más se hacía. Por ahora sufría sus miserias en silencio.

Cada tarde, al salir del colegio, Manuelito jugaba muy poco tiempo con sus compañeros; su madre nunca estaba en casa a esa hora y él tenía que trabajar para comer. Después de rodear charcos inmundos y caminar sobre ardientes caminos arenosos y calles llenas de baches, apenas podía trepaba a alguno de los microbuses que iban al centro de Lima, en cuyas calles hacía varias cosas para ganar algún dinero y donde siempre encontraba algo de comer. Cuando

no lo bajaban de los microbuses, se pasaba casi todo el camino cantando o contando chistes subidos de tono para congraciarse con los pasajeros. Muchos se reían sin darle ni un centavo, pero otros le daban alguna propina insignificante. De cualquier modo, nunca le faltaba para pagar el pasaje, si es que le cobraban, ni para comer un choclo entero y tomar un emoliente o un vaso de chicha morada al llegar al centro.

Cerca de la Plaza San Martín compartía el territorio con otros niños menores o mayores que él. Ocasionalmente, terminaba peleándose para que no le quitaran alguna de las esquinas donde solía esperar que los autos se detuvieran en el semáforo para limpiar los parabrisas. Pasaba horas interminables haciendo la misma faena por algunas cuantas monedas que necesitaba. Cuando el negocio estaba bajo, o cuando sus pulmones ya no aguantaban el humo contaminante de los vehículos, conseguía lo necesario para limpiar los zapatos de los peatones que estaban dispuestos a ayudar a esa fuerza de pequeños trabajadores.

La gente dudaba en ayudarlos porque asumían, con razón, que muchos niños trabajaban para mantener los vicios de los padres o los propios, o para enriquecer a los inescrupulosos delincuentes que los esclavizaban impunemente. Todos sabían que miles de párvulos buscaban oportunidades para drogarse, principalmente con gases de químicos tóxicos, y muy pocos dirigentes hacían algo para evitarlo. Algunos niños, conocidos como “pirañitas”, formaban pandillas organizadas para escamotear a los transeúntes a diestra y siniestra, sin que muchos se dieran cuenta de las ágiles y sucias manos que se deslizaban en sus bolsillos y carteras, sin que las fuerzas del orden pudieran hacer mucho al respecto.

Su curiosidad también lo llevaba a los distritos de los ricachones, como Miraflores y San Isidro, pero esos territorios estaban prácticamente controlados en su totalidad. Era casi imposible trabajar en ellos; limpiar parabrisas o pedir una limosna podía ser hasta peligroso. Aun así, se daba sus escapadas para caminar por donde caminaban los turistas y los más afortunados de la sociedad limeña. ¿Llegaría a formar parte de esa minúscula y poderosa sociedad que no conocía? «No, nunca seré un pituco». Jamás se sentiría a gusto allí, ni sentado en algunos de esos restaurantes de lujo, ni dentro de un cine que suponía alfombrado, ni tratando de comprar ropa o zapatos a precios exorbitantes, ni oliendo a alguno de esos perfumes exóticos que a él le producía náuseas. No lo disfrutaría sabiendo que la mayoría, a la que él pertenecía, estaría siempre ajena a los placeres de un mundo injusto, desigual y al parecer sin solución.

—Mamá... —empezó diciendo Manuelito, antes de quedarse dormido una noche apenas iluminada por una luna triste—, ¿por qué mi papá no nos manda cartas ni plata?

—Porque está lejos, hijo..., muy lejos.

—Ya sé, mami, en la selva peleando contra los guerrilleros que quieren matar al presidente Belaúnde. ¿Lo habrán agarrado?

—Ay, Manuelito —se quejó Carmela, meneando la cabeza y sin ocultar el llanto que se le venía.

—¿Por qué lloras? —preguntó el niño, cogiéndole la mano—. Lo extrañas, ¿verdad? Yo también —respondió por ambos.

—A tu papá lo capturaron los guerrilleros —dijo Carmela, sollozando.

—¿¿Qué?! —se desencajó Manuelito.

—Nadie sabe de él. Pero tal vez nos den algún dinero para ayudarnos hasta que lo encuentren.

—¡Maldición! —exclamó encolerizado—. Ni siquiera voy a tener a mi papá pa' cuando cumpla mis diez años — se lamentó con frustración.

Esa melancólica noche, Manuelito se durmió cuando se le agotaron las fuerzas y las lágrimas. Se estaba haciendo la idea de haberse quedado sin papá para siempre. Parecía que la vida estaba empeñada en arrebatarle lo poco que le quedaba de niñez.

Unos días después de enterarse de la captura de su padre, mientras descansaba en la zona central de la Plaza San Martín —siempre colmada de gente abigarrada—, Manuelito fue distraído por una reyerta acompañada de los gritos de un niño cenceño, casi de su edad, al cual había visto algunas veces por ahí.

—¡No me metas la mano, conchatumadre! —gritó el delgado niño, llamando la atención de todos alrededor.

—No grites, niño, que no te hice nada —respondió, nerviosamente, un pichicatero cuarentón de ojos desorbitados y mal afeitado.

—¡Viejo maricón, hijo de puta! ¡Ahorita te saco la mure, carajo! —vociferó de pronto el agrandado Manuelito, poniéndose delante del niño agraviado en posición de pelea, sabiendo de qué se trataba.

—¿Qué le has hecho al niño, so pedazo de enfermo?! —explosionaron los remilgos de un homosexual que andaba cerca.

—Solamente lo estaba invitando al cine —respondió melifluamente el pederasta.

—¡Me metió la mano el desgraciado y me dijo pa' ir a ver una película!

—¿Por qué no me llevas a mí, ah?! —lo increpó el homosexual—. ¡Porque no quieres pagar para que te bajen la bragueta, viejo huevón!

—Ya, vámonos de aquí —dijo finalmente Manuelito, escupiendo al piso y haciéndole un gesto de desgaire al pederasta.

A partir de ese día Manuelito y el Chato Raúl se hicieron grandes amigos. El Chato Raúl tenía un año más, pero parecía tener uno menos, aunque trataba de aparentar mayor edad usando una gran cadena plateada y sin valor, que le colgaba de su cuello carcoso, y un par de gruesos abalorios ennegrecidos que adornaban sus muñecas, además de la melena descuidada —constante tentación para los prolíferos piojos de Lima— que lo enorgullecía; a diferencia de Manuelito que tenía un corte militar que su madre se esforzaba en mantener para que no creciera su cabello hirsuto de nacimiento. Aparte del mestizaje, se asemejaban por los empeines ásperos y blancuzcos que tenían en la cara y que no les preocupaba en absoluto. El Chato Raúl no iba al colegio, como la mayoría de los niños que llevaban una vida malsana en las calles de la capital peruana, y la salud de todos ellos era gobernada por esa anergia perniciosa que los esclavizaba a un destino a todas luces inmodificable. Durante un tiempo el Chato Raúl trabajó de canillita, vendiendo periódicos sensacionalistas (que desaparecían de un momento a otro) porque no tuvo acceso a los periódicos de toda la vida (que nacieron para perdurar y evolucionar). Ahora era un “pirañita” y muchas veces trató de convencer a Manuelito para que se uniera a su pandilla de independientes —término que la diferenciaba de aquellas que eran brutalmente gobernadas—, pero él siempre se negó. Jamás se uniría a una sarta de chibolos en el proceso de perdición

y probablemente sin futuro. Estar al lado de ellos resultaba más peligroso que andar solo; la independencia de la que se jactaban los hacía más vulnerables a ataques que en ocasiones le costaba la vida a alguno de sus miembros, ya sea de día o de noche, trabajando, drogándose con terokal, haciendo palomilladas o durmiendo. Llegó a conocer a sus secuestrados, pero nunca tuvo problemas con ellos, ni cuando lo presionaban para que se drogara o fumara cigarrillos; sabían lo que había pasado y lo respetaban por ello. Una sola vez trató de aprender a fumar, pero se desanimó para siempre después del atoro y el desvanecimiento que casi lo envían al hospital. Manuelito sabía que el Chato Raúl no era un mal muchacho y que las circunstancias lo habían llevado a ese submundo escalofriante.

Una fría tarde, a principios de la primavera, Manuelito no cesaba de limpiar los parabrisas de los autos detenidos en su esquina favorita, entre la Avenida Nicolás de Piérola y la Plaza San Martín. Estaba solo porque nadie más se había animado a limpiar parabrisas bajo una llovizna persistente. Algunos conductores se apiadaban de él y le daban algunas monedas. En el asiento trasero de un auto mediano y moderno notó la presencia de un niño que no dejaba de mirarlo, quizás extrañado de ver a otro niño trabajando bajo la lluvia en vez de estar en su hogar, con su familia, abrigado, jugando o viendo televisión. Manuelito también le devolvió la mirada y no dejó de mirarlo fijamente ni para agradecer el gesto de su madre, quien había bajado la ventanilla de su lado para darle una propina. Así se quedaron, observándose mutuamente: por un lado, los ojos pardos de un muchachito mestizo que prácticamente vivía sin niñez y, por el otro, los ojos verduzcos de un niño blanco que estaba descubriendo un mundo diferente al suyo.

—¡Manuel! —gritó el Chato Raúl para hacerse oír ante el bullicio de los autos y la llovizna a punto de convertirse en lluvia.

—¿Qué pasa, Chato?! —devolvió el grito Manuelito, dando un salto para ir a la vereda protegida donde estaba su amigo.

—Ya deja la chamba, con esta lluvia no vas a ganar casi nada.

—Necesito el dinero —replicó Manuelito—. Quiero la mejor torta del mundo pa' mi santo.

—Adivina qué —dijo el Chato Raúl, enseñándole un paquete que tenía que entregar.

—Se lo robaste a una viejita mientras la ayudabas a cruzar la pista —dijo Manuelito, sonriendo.

—¿Ves cómo tratas a tu cumpa? —replicó el Chato Raúl—. ¿Tú crees que sería capaz de hacer algo así? ¡No me respondas! —se apresuró, sin esperar que Manuelito abra la boca.

—A ver, cuéntame el cuento —dijo, sin dejar de sonreír.

—Ya pe, te cuento, pero no es un cuento.

—A ver, salpica, escupe.

—Un “tío” que estaba apurado me ha dado un buen billete para dejar este paquete —empezó la explicación, refiriéndose en realidad a un desconocido que acababa de conocer.

—Y seguro que te vas a quedar con el billete y con el paquete.

—Ya pe, no seas chistoso. Me ha dado cinco dólares y me van a dar diez más cuando lo entregue. ¿Manyas, entiendes, computas? —dijo el Chato Raúl, contagiando su felicidad.

—Putá, Raúl, manyo, entiendo, pero eso de con putas...

—Carajo, Manuel, computas, no con putas, es como decir entiendes. ¿Intindinki? Puta que pareces nuevo.

—¡Pasu machu! Solo te falta hablar inglés y podrías pasar como hijo de gringo, pero adoptado.

—Dejemos de hablar huevadas y vamos a dejar el paquete, de repente me animo a salir corriendo con el billete y con el paquete también —bromeó, soltando una estruendosa carcajada ante la mirada decepcionada de Manuelito—. Ya, no me mires así, era una broma. Acompáñame y te doy tres dólares pa' tu torta. ¿Te parece bien?

—¿Bien? ¡Recontra bien! ¡Macanudo! ¡Sale cañón! —exclamó Manuelito—. ¿A dónde vamos? —le brillaban los ojos.

—Acá nomás, a una tienda al lado de la municipalidad.

—Vamos pe.

Durante el trayecto de algunas cuadras sobre la vía peatonal del Jirón de la Unión —que va desde la Plaza San Martín hasta la Plaza de Armas—, ambos comenzaron a correr y a saltar bajo la lluvia, pasándose el paquete entre ellos, como si no hubiera nada que pudiera romperse por dentro. Cuando llegaron, el Chato Raúl le dijo a Manuelito que lo esperara afuera, quizás porque realmente tenía intenciones de quedarse con ambas cosas. Si alguien estaba dispuesto a pagar quince dólares por entregarlo, el contenido tenía que ser muy valioso. Manuelito accedió a esperarlo frente a la tienda, recostado sobre una de las columnas de la municipalidad, observando a su amigo entrando a dejarlo. Súbitamente, una atronadora explosión, que lanzó una bola de fuego, humo y escombros de la tienda donde entró el Chato Raúl, hizo volar por los aires a Manuelito, quien terminó ensordecido, aturdido, malherido y adolorido a más de veinte metros del sitio donde había

estado. Pocos segundos después quedó inconsciente, sin saber lo que había ocurrido.

Manuelito despertó en una cama de hospital. La blancura de las paredes y de la ropa de médicos y enfermeras le hizo creer que ya estaba en el cielo, pero el dolor que sentía en todo el cuerpo lo hizo volver a su infierno terrenal. A su lado pudo distinguir la silueta de su madre. Apenas podía escuchar el eco de sus palabras retumbando en sus mal-trechos oídos. Cumplió diez años sin torta y en el hospital. Varios meses después se recuperaría de algunos huesos rotos y de la pérdida temporal de la audición, pero su pierna derecha había quedado algunos centímetros más corta.

En menos de seis meses el pobre Manuelito había perdido a su padre y a su mejor amigo y, para colmo, había quedado lisiado para siempre. Ni él mismo lo podía creer.

IV
EL PRÍNCIPE DIEGO

Diego no cabía en su pellejo por la indescriptible felicidad que lo embargaba esa tibia y soleada mañana de abril. Era su primer día de colegio y en menos de una hora estaría cruzando las puertas del Nido Pato Donald. Hacía pocos días que había celebrado su cumpleaños a lo grande con decenas de amigos y familiares: todo un evento meticulosamente preparado, con espectáculos musicales, magos, payasos y variedad de manjares y bebidas para todos los gustos; saboreó la dicha de soplar las cuatro velitas que sobresalieron sobre una deliciosa torta de chocolate bañada literalmente en *fudge* caliente; recibió numerosos y variados regalos, incluyendo un enmascarado cachorro blanco con manchas negras de raza indefinida, al que finalmente nombraron Zorro por el legendario personaje que veían en televisión. Pero aquella grandiosa celebración parecía insignificante al lado de ese nuevo y maravilloso acontecimiento que, entonces, sería el punto culminante de su incipiente historia.

Diego era el único hijo de Alfonso y María Jesús Hernando. Había heredado los rasgos de ambos y más parecía un inmigrante europeo que un niño nacido en el Perú. Sus ancestros paternos y maternos habían emigrado de España, cargados de sueños que convertirían en realidad; los primeros se asentaron en el sureño departamento de Ica y, los segundos, en el norteño departamento de La Libertad.

Ni sus padres ni él pudieron acabar de tomar el succulento desayuno de huevos revueltos con jamón, pan francés, cereal importado, jugos de naranja, papaya y melón, leche

con chocolate y yogurt de duraznos. La excitación de ese primer día de escuela los había embargado a todos. Lavarse los dientes antes de salir fue toda una odisea, y la pasta dental con sabor a frutas quedó salpicada sobre el lavabo de mármol. Terminar de vestir a Diego fue más difícil que cambiarle un pañal al más inquieto de los bebés. Estaba desesperado por ponerse el mandil azul con una reluciente corbata roja que usarían los varoncitos de ese nido mixto; además, se distraía con su novedosa y vulnerable mascota canina, y también con Mickey, su ratoncito blanco que asustado buscaba refugio en Perlita, la plomiza y pomposa gata angora de su madre. Los descalabros causados en la casa durante esa mañana alborotada serían corregidos, como siempre, por Yolanda, la joven y gentil empleada del hogar que trabajaba para ellos desde que Diego nació.

Vivían en el distrito de San Isidro, a tres cuadras del *Lima Golf Club*. La casa pintada de amarillo de dos niveles ocupaba una gran esquina de ese exclusivo vecindario, y en los veranos calurosos era refrescada bajo la sombra de las poncianas que Alfonso había sembrado al mudarse. Los pisos de madera eran un denominador común, con excepción de los pisos de cerámica de la cocina. Los cuatro dormitorios destinados a la familia eran tan amplios como la sala y el comedor, y el de Yolanda era un sueño hecho realidad al que ella había aspirado toda su vida. La chimenea del primer piso era un lujo que aprovechaban gustosos, especialmente en noches frías de invierno u otoño, cuando la pareja organizaba veladas con los amigos; o, simplemente, ambos disfrutaban de su calor, con una botella de buen vino iqueño y un queso sabroso o una aromática taza del espectacular café de Villa Rica.

—¡Vamos al colegio! ¡Vamos al colegio! —exclamaba Diego, arrobado, una y otra vez, jaloneando a sus padres de las manos.

—Así es, hijo —respondía su madre, sonriente.

—Cálmate, Diego —decía su padre, igualmente alegre—, ya vamos a llegar.

El nido quedaba a pocas cuerdas de distancia, muy cerca de la comisaría. En el camino se encontraron con varios pequeñines que se dirigían al mismo lugar. Algunos se mostraban contentos, pero no gozaban como Diego lo hacía. Él rezumaba felicidad, perplejidad, asombro, entusiasmo. No obstante la excitación que opacaba su entorno, él se fijó en una niña bonita de atractivos hoyuelos en las mejillas, sonrisa bruñida y mirada brillante que compartió con él por un instante fugaz.

Antes de cruzar el umbral de la puerta principal, Diego quedó extasiado de ver la alegre figura del famoso pato de Disney que parecía seguirlo con sus llamativos ojos de caricatura, y también al observar unos jeroglíficos, todavía incomprensibles para él, con el multicolor nombre del nido en forma de arco iris. Como fieles guardianas del tesoro que había por descubrir dentro, la directora y algunas profesoras se encontraban flanqueando el ingreso, dando la bienvenida calurosa a los nuevos y flamantes estudiantes. Las expectativas de Diego fueron superadas con creces durante su primer día de clases. No se percató, o no quería percatarse, de los niños que dibujaban pucheros en el rostro, o los que lloraban inmediatamente después de quedarse sin el amparo de sus padres.

Todo le parecía maravilloso, encantador, insuperable. Desde lo que aprendía con gusto cada día, hasta los nuevos amigos que hacía y las profesoras que tenía. Disfrutaba de

un ambiente siempre limpio y seguro, de meriendas saludables y apetitosas y de un patio de juegos variados, entre otras cosas. Aunque no extrañaba mucho a sus padres durante esas horas de regocijo, saltaba de alegría cuando alguno de ellos lo recogía a lo hora de la salida.

Por las tardes se enfrascaba en una incansable jornada con Zorro, o con Mickey y Perlita, o con su millón de juguetes, o montando bicicleta en el parque, o viendo sus programas favoritos de televisión.

Por las noches continuaba disfrutando de esa vida juguetona, despreocupada y feliz, haciendo explotar algunas de las decenas de burbujas que se formaban en la tibieza de sus baños de tina, o permitiendo que sus graciosos patos de plástico persiguieran a sus insumergibles barcos y submarinos mientras las burbujas se disipaban ante ese jolgorio infantil de nunca acabar, o terminaban estampadas sobre una cortina casi transparente repleta de figuras de balones de todos los deportes imaginables. Luego, vestido con un suave pijama estampado con sus personajes favoritos, bajo sábanas siempre limpias y frazadas abrigadoras, y hundido sobre una almohada de plumas y un colchón fabricado en el paraíso, Alfonso y María Jesús le contaban un entretenido cuento, le leían alguno de su surtida biblioteca, o inventaban uno digno de ser publicado. Después trataba de dormir tan pronto terminaban de rezar. Quería cerrar los ojos y soñar sin demora, para que al abrirlos pudiera alistarse nuevamente para ir a disfrutar de un nuevo día de colegio.

Diego tenía un sigiloso secreto que no podía comprender. Delante de él se sentaba la niña de los hoyuelos con la que había intercambiado miradas el primer día. Por largos ratos se quedaba prendado de ella, y en ocasiones hasta sentía celos prematuros cuando creía notar que otros niños

también la observaban. Curiosamente, la pequeña también le correspondía y no tardaron en hacerse buenos amigos, tan buenos que hasta las profesoras habían notado su mutua atracción; y como tampoco lo comprendían solamente atinaban a sonreír y a menear la cabeza. Sin embargo, una tarde primaveral, Diego y la niña de los hoyuelos se escabulleron detrás de un armario de juguetes para darse un primer beso tímido y prolongado. La asombrada profesora que los descubrió, amelcochados en ese beso de labios puros, quedó paralizada, boquiabierta, transformada por su demudación. Cuando los niños se percataron de su presencia, se quedaron callados, con sus regocijados semblantes sonrojados, sin soltarse de las manos, disfrutando a sus anchas de esa tierna complicidad.

Diego vivía en un mundo encantado gracias a los ingresos de sus padres. Alfonso recibía una jugosa mensualidad de Marcelo, su hermano mayor, quien administraba la hacienda familiar que tenían en Chíncha. La habían heredado de su padre; y este, de su abuelo, un inmigrante español que tuvo la fortuna de adquirir quinientas hectáreas de tierras fértiles en aquel esplendoroso valle de la costa. Allí cosechaban las mejores uvas del litoral y producían unos vinos de excelente calidad. Alfonso había decidido emigrar a la capital, ansioso de formar una familia y ofrecerles a sus futuros hijos la mejor educación posible. Además, se dedicaba a asesorar comercialmente a algunas empresas que distribuían comestibles y artículos para el hogar. María Jesús también había heredado de sus padres unas ricas tierras norteñas y las tenía arrendadas a buen precio. No tenía necesidad de trabajar y no lo había hecho durante esos primeros años de su primogénito. Ahora, para ocupar mejor su tiempo, se dedicaba a enseñar inglés en una prestigiosa

academia del distrito mientras Diego se encontraba en el nido, algo que había hecho hasta algunos meses antes de que naciera. Por si fuera poco, se habían dado el lujo de invertir en Arequipa al adquirir una finca ubicada en un bello distrito de la capital departamental. No descuidaban su salud. Varias veces a la semana corrían alrededor del club de golf o iban a un gimnasio cercano. Los padres de ambos fallecieron relativamente jóvenes, saturados por la dieta rica en grasas a la que estaban acostumbrados en las haciendas. Ellos sí querían gozar del futuro, de sus hijos y los nietos que vendrían. Sabían, sin lugar a dudas, que el futuro empieza por mantenerse vivos y saludables el mayor tiempo posible.

Durante los fines de semana disfrutaban todo lo mejor que Lima podía ofrecer. Alfonso era socio del Club Regatas y a menudo iban allí, recorriendo con beneplácito la Costa Verde —el serpenteado camino que usaban para ir de San Isidro hasta el club—, donde admiraban las hermosas playas de la costa limeña, el agradable sonido de las olas al romper sobre la arena o las rocas de los muelles, a las gaviotas revoloteando sin cesar, a los corredores de tabla haciendo piruetas sin descansar, a la despreocupada gente que se asoleaba o jugaba por doquier; y, a lo lejos, antes de empezar el serpentín colmado de rocas intrusivas y farallones de origen volcánico que conducía a la playa La Herradura, destacaba el histórico Morro Solar de Chorrillos, el que está coronado por grandes antenas de retransmisión y el Planetario, al cual también iban a gozar de sus presentaciones y, de paso, de una de las vistas más espectaculares de la capital peruana.

Cuando las nubes del invierno ocultaban el Sol del cielo limeño, no perdían ocasión para ir de paseo a Chosica, a

Chaclacayo o a la filial La Cantuta del club, en la carretera central, para disfrutar de días de campo al lado del río Rímac. Cuando las obligaciones lo permitían, viajaban al sur, a pasar unos días espectaculares en la hacienda de la familia, donde montaban a caballo, donde podían admirar por las noches un cielo completamente estrellado, donde podían corretear sobre las riberas del río Matagente.

Sin ser millonaria, la familia Hernando no conocía de privaciones. Cuando podían, o mejor dicho cuando se les antojaba, almorzaban, cenaban o se daban sus gustos fuera de casa, ya sea en restaurantes exclusivos o en otros más populares, y frecuentaban el Haiti, el Tip Top, la pastelería San Antonio, El Rancho, El Parque D'onofrio y el infaltable Manolo. Había mucho para escoger entre las exquisiteces culinarias del Perú, sean dulces o saladas, entre sus deliciosas frutas tropicales, o entre la fantástica variedad que la cocina internacional podía ofrecer. Parte de su tiempo libre no solo lo pasaban en San Isidro o Miraflores, sino también en distintos lugares de la ciudad, recorriendo tiendas, comprando ropa, adornos, juguetes y libros, yendo a museos, exposiciones de arte, conciertos, obras de teatro, al cine, al zoológico, a jugar bolos, al estadio nacional a ver el clásico "U" - Alianza y los domingos a misa de once. No faltaban las invitaciones a fiestas familiares o infantiles, o a simples reuniones amistosas.

Un sábado triste de octubre, no porque algo hubiera sucedido, sino por el día nublado que todo lo volvía gris, los Hernando aceptaron la invitación de un amigo de la familia, un potentado terrateniente norteño, el que haría un almuerzo para celebrar las abundantes cosechas de la temporada. Lo único que lamentaban era tener que ir al centro de Lima, donde el potentado amigo pasaba gran parte del año. No les

causaba ninguna gracia tener que lidiar con el tráfico espantoso, los delincuentes y pendencieros que andaban al asecho, la absurda contaminación, o la infinidad de niños e indigentes que pedían limosna en cada esquina.

Cuando llegaron al centro, Diego notó un cambio radical en todo lo que veía. También le llamaron la atención los comentarios que hacían sus padres intercaladamente: «Estos baches van a arruinar el auto y nuestros riñones», se quejó Alfonso. «Mira a ese pobre hombre», continuó María Jesús al ver a un sujeto ebrio perdiendo el equilibrio. «Y a esos pobres niños desnutridos», siguió su esposo. «No entiendo cómo Rodrigo puede vivir por acá», refunfuñó ella. «Yo no viviría aquí ni en el oasis donde él vive», afirmó su esposo. «Esta no es la “Ciudad Jardín”», se lamentó María Jesús. «Ni la “Ciudad de los Reyes”», la secundó Alfonso. «Dios mío, qué barbaridad, cuánta basura acumulada; alguien debería hacer algo, parece una película de horror», dijo ella poco antes de llegar a la casa de Rodrigo. «“Lima, la horrible”... pero algún día cambiará», finalizó Alfonso.

Esa conversación lo tenía confundido a Diego y por primera vez supo lo que era sentir temor. Ni los temblores más violentos lo habían asustado de esa manera. Por momentos quería llorar, pero se le quitaban las ganas de tanto pensar. «No te preocupes, mamá, estamos con mi papá y nada nos va a pasar», dijo Diego, repentinamente, haciendo que María Jesús volteara a mirarlo, sorprendida con su intervención inesperada. Alfonso, henchido de orgullo, solo pudo observarlo brevemente a través del espejo retrovisor.

En algunos días saldría la procesión del Señor de los Milagros, y por todas partes los comerciantes ofrecían artículos religiosos y turrón de doña Pepa. Muy pronto, la endiablada procesión de plomizas bocanadas de humo de

autos, camiones, camionetas, colectivos, combis, microbuses, motocicletas, ómnibus, taxis y cuanto vehículo existiera en Lima sin haber pasado inspección, iba a dejar el espacio libre a la tradicional procesión religiosa que, además de feligreses decentes y fervorosos, estaba colmada de paleteadores profesionales que deberían estar encerrados en sus casas o en las cárceles.

Cuando estaban en las cercanías de la dirección indicada, notaron el ferviente ajeteo del mes morado. Al llegar, se encontraron frente a un enorme muro plomizo que ocupaba toda una manzana del centro de la ciudad. Absortos, notaron que se les acercaban varios guardias de seguridad uniformados, armados y acompañados de algunos perros pastores alemanes. Sin mucha prisa, Alfonso bajó la ventanilla de su lado para entregar la invitación que tenía. Tuvieron que esperar unos momentos mientras los perros husmeaban el chasis con esmero y los guardias revisaban la maletera y la parte baja del automóvil, además de echar un vistazo al interior.

Al terminar la revisión, el portón de madera reforzado con columnas de hierro puntiagudas se abrió lenta y horizontalmente. Ante ellos apareció el oasis que había mencionado Alfonso minutos antes. Altísimos árboles los protegían de la garúa que empezaba a caer; grandes jardines minuciosamente cuidados dejaban resaltar bellas flores rojas, amarillas, blancas, violetas o rosadas; y varias piletas florentinas rebosaban al lado del camino que llevaba a la vía circular de la mansión, la cual ocupaba la parte central de esa formidable fortificación.

Cuando bajaron del auto, frente a la entrada principal, uno de los empleados se hizo cargo del volante para estacionarlo. Las gigantescas puertas estaban abiertas de par

en par y engalanadas graciosamente con un guardia imperial que estaba inmóvil bajo el umbral. De pronto, surgió de la nada Rodrigo García-Mesones, uno de los latifundistas más influyentes del Perú y uno de los solterones más codiciados del continente. No tenía más de cuarenta años, pero se había convertido en un potentado respetado, gracias a las tierras que heredó y el modo en que las administraba, además de otros pingües negocios que florecían bajo su control. Si la pobreza genera siempre más pobreza, y la riqueza genera casi siempre más riqueza, en su caso el casi desaparecía de aquella certera frase: era uno de los hombres más ricos del Perú y sabía cómo multiplicar su riqueza incommensurable.

—Alfonso, María Jesús, qué gusto de verlos —saludó el anfitrión, abrazándolo a él y dándole un beso en cada mejilla a ella.

—Después de tiempo —dijo Alfonso.

—El gusto es nuestro —dijo María Jesús.

—Y este caballerito —continuó Rodrigo, bajando la cabeza para verlo, ofreciéndole la mano amigablemente— debe ser el pequeño Diego, que ya no está tan pequeño.

Diego respondió con una sonrisita confiada y estirando su mano tan alto como pudo. Después de todo, por el momento se sentía seguro en ese lugar.

—Lamento que Marcelo no pueda acompañarnos —dijo Rodrigo.

—El viñedo le exige más de lo que quisiera —lo justificó Alfonso.

—Pero esta tarde vamos a degustar los vinos que gentilmente me hizo llegar —señaló Rodrigo, complacido—. Ahora pasemos a disfrutar de la reunión —hizo un gesto amable hacia el interior de la mansión—. Y no se olviden

de que siempre tienen una habitación a su disposición en el Crillón —recordándoles que su hospitalidad se extendía a ilimitadas noches, que casi no usaban, en el prestigioso hotel del cual poseía una importante participación.

Si Alfonso y María Jesús estuvieron deslumbrados por lo que veían, Diego lo estuvo aún más. Era la primera vez que entraba a un “castillo” y estaba seguro de que todos los invitados eran reyes, reinas, príncipes y princesas. De las paredes colgaban lienzos originales y, de los techos, gigantescas arañas de cristal. Por todas partes lucían esculturas valiosas, alfombras persas y pisos de cerámica importada.

Entre los invitados descubrieron al primer ministro, a varios otros ministros y políticos renombrados, al alcalde de la ciudad, a militares de alto rango, empresarios destacados, a muchos conocidos y amigos mutuos, a un segmento de la aristocracia peruana que se aferraba a los apellidos y la opulencia, y a unos cuantos advenedizos que no perdían oportunidad de codearse con la élite de la sociedad peruana.

Diego se adaptó instantáneamente a los otros niños que habían ido, quienes estaban siendo cuidados por un escuadrón de mujeres vestidas de blanco, tan grande como el escuadrón de mozos que no cesaban de pasar. Los exaltados párvulos se percataron de que no se darían un chapuzón en la piscina temperada que había dentro de la suntuosa mansión, ya que estaba cubierta por una lona protectora, pero saltaron de alegría al notar la docena de ponis que circulaban bajo un impresionante toldo en el jardín. En un santiamén, todos los niños se abalanzaron sobre ese espectacular carrusel viviente, sin inmutar la tranquilidad de los equinos que más bien parecían disfrutar de la algazara de los jinetes.

La tarde transcurrió entre bocados exquisitos, vinos y licores selectos y amena conversación. Ahí se enteraron de que Rodrigo viajaría con sus hermanas a dar una vuelta al mundo que los llevaría por un sinnúmero de países durante seis largos meses. Seguramente habían ganado tanto dinero que ya no sabían en qué gastarlo. Sus propiedades norteñas eran tan vastas que prácticamente se extendían desde la costa hasta la selva.

Al concluir la fastuosa reunión, los Hernando y muchos de los invitados se dieron de bruces con la realidad que rodeaba a ese oasis capitalino. Pasaron de un opulento mundo de colores a la frialdad de una ciudad en blanco y negro. Fuera de los muros de la mansión, sintieron poco a poco cómo los iba envolviendo la melancólica tarde, acentuada por esa garúa inacabable y la forzada oscuridad que producían el cielo nublado que lloraba y la contaminación ambiental que asfixiaba.

A su corta edad, Diego ya estaba dándose cuenta de que había un mundo extraño que desconocía. En el trayecto desde su casa estuvo tratando de comprender algo que no le habían enseñado todavía: que no todos viven de la misma manera, aunque todos seamos iguales; ahora, hacia ella, hacía lo mismo. Mientras pensaba y observaba, esta vez sin escuchar lo que sus padres decían, le llamó la atención el único niño que se puso a limpiar las ventanillas del auto cuando estaban detenidos esperando que cambiara la luz del semáforo. Cuando sus miradas se cruzaron, se preguntó qué hacía un niño trabajando bajo la lluvia en vez de estar en su hogar, con su familia, abrigado, jugando o viendo televisión. Así se quedaron, observándose mutuamente: por un lado, los ojos verduzcos de un niño blanco que estaba descubriendo un mundo diferente al suyo y, por el otro, los

ojos pardos de un muchachito mestizo que prácticamente vivía sin niñez.

SEGUNDA PARTE

V

GENERAL EN PELIGRO

La conversación está más tensa de lo que había imaginado el general Atilio. Se da cuenta de ello no solamente por los tonos subidos, sino también al notar el cejo fruncido y la mirada rabiosa del viejo terrorista.

Ese diálogo, cada vez más explosivo, es interrumpido por una mujer sesentona de senos descomunales —que seguramente habían aumentado con la grasa de los años—, quien es seguida del mismo guardaespaldas que porta la ametralladora. Se trata de Consuelo, la mujer que lidera el harén de ese jefe en decadencia, la única que ostenta el estatus legal de esposa, la primera que aceptó el desafío de seguirlo en su lucha finita y perdida, de complacerlo aun a costa de su propio orgullo. Lo cuida con la ayuda de sus hijas mayores y una enfermera cama adentro, atendiéndolo con incomparable estoicismo. Aceptó las preferencias poligámicas de su esposo desde un principio, controlando un serrallo de mestizas andinas y mulatas costeñas, amparada también en sus propias leyes, ya que las leyes peruanas nunca alcanzaron las tierras de Ramón Hernando, como tampoco alcanzan a los pueblos olvidados o desconocidos que claman silenciosamente algo de atención.

La presencia de Consuelo atrae la de un par de chiquillos moquillentos que están festejando el triunfo de su equipo. Luego de corretear en torno a ella, se abalanzan sobre el abuelo enfermo para abrazarlo por breves segundos, acostumbrados a su olor de muerto en descomposición y, como todos los pequeños de su mundo, siempre deseosos de escuchar alguna de sus míticas y enigmáticas anécdotas.

No los espanta la deformidad de su adorado patriarca y toleran asombrosamente su nauseabunda hediondez. Tampoco les importa la presencia del extraño, se sienten seguros bajo las auras protectoras de esa familia numerosa y del territorio que les pertenece.

Cuando aún no se han despegado de su abuelo, un ruido extraño proveniente de las montañas les llama la atención. A lo lejos, ven una polvareda que se acerca, como si alguna criatura mitológica estuviera golpeando la tierra desde sus entrañas, precipitándose hacia ellos. A los pocos segundos, sienten un retumbo tenebroso bajo sus pies que sigue su camino hasta perderse en la distancia.

Últimamente, una serie de temblores de regular intensidad estaban sacudiendo la zona, preocupando a algunos y asustando a muchos. Los lugareños aseguraban que ese era el modo en que los apus se estaban despidiendo del avejentado líder, y que al morir volvería la paz subterránea a esa remota región andina.

Después del susto, basta que la abuela dé un grito tajante y a la vez amoroso para que los pequeños regresen al campo de juego sin titubear.

—Esos temblores me dan mala espina. Y ya es hora de que este intruso se vaya, ¿no lo crees, Ramón? —dice Consuelo, enojada por el barullo previo, pero más por el militar que tiene frente a ella, esperando una respuesta afirmativa de su marido.

—No, mujer —le responde, gesticulando su negativa—; déjame distraer con Atila, no me va a hacer daño un poco de diversión.

—Un rato nada más —sentencia Consuelo—. Y aunque no quieras saber mi opinión, déjame decirte que este general está de más aquí —termina diciendo al regresar a la

amplia cocina de esa casa enorme, pero simple, a organizar el almuerzo para el batallón de hambrientos que había en la hacienda.

—A ver Atila, te escucho. Empieza de una vez con tu retahíla de sandeces. Vamos a ver cuánta paciencia te tengo después de todos estos años.

—¿Por qué no me volaste los sesos cuando eso era precisamente lo que pregonabas? —pregunta el general.

—Putá madre, Atila —empieza diciendo Ramón Hernando, deteniéndose por unos segundos para escupir una flema llena de pus que le da asco al general—; parece que eso no te ha dejado dormir hasta ahora.

—No lo creas, Hernando. Siempre pensé que debes tener tu lado bueno.

—Estoy enfermo, pero no tan viejo y menos cojudo, Atila. ¿Crees que me voy a enternecer porque no te volé la cabeza?

—Hubieras cambiado el curso de la historia. Quién sabe, hasta hubieras ocupado el puesto de tu presidente que seguramente anhelas. Pero preferiste convertirte en tu propio verdugo.

—No te pases de pendejo, Atila —dice el enfermo, algo exasperado.

—Jefe —interrumpe Mauro—, déjeme dárselo a los chanchos —confirma la tirria que le tiene al general.

—Mauro, anda a patrullar con el Petizo —ordena, dándole la contra.

—Pero, jefe...

—Mauro... —lo fulmina otra vez con su mirada certera.

Aunque Mauro y Petizo se retiran de mala gana a cumplir lo ordenado, el desconfiado sujeto que porta la ametralladora se queda atento y vigilante. Jamás lo dejaban solo

en sus condiciones, y menos lo harían con el militar que lo había perseguido parte de la vida.

—Tú también podrías haber cambiado la historia si hubieras dejado que me liquiden esos perros que bien muertos están, carajo —carraspea para liberar su garganta de flema sanguinolenta.

—Ambos estaríamos muertos —recapacita el general.

—Como ves, la historia se escribe con la sangre de uno o con la de los demás —dice Hernando, con la sabiduría que cree poseer.

—Yo no dejé que te mataran porque tengo convicciones valederas, no como las tuyas que siempre estuvieron torcidas —lo recrimina el general.

—¿Torcidas?! —explota Hernando—. Mis convicciones siempre fueron y serán superiores a las tuyas. ¿Por qué crees que convencía a las masas?

—¿De qué masas estás hablando, Hernando? —pregunta el general, dando su propia respuesta de inmediato—: Tus seguidores de entonces eran una sarta de fracasados o desubicados que trataban de ocupar un lugar en el mundo; o niños secuestrados que apretaban el gatillo, tiraban una bomba o le machacaban la cabeza a cualquiera por el temor que les infundiste. A los que te seguían por tus convicciones los hubiera podido contar con los dedos de la mano.

—Carajo, se me va a acabar la paciencia más rápido de lo que pensaba, Atila —dice Hernando con inesperada suavidad.

—¿Por qué no les enseñas a tus nietos a reventar cabezas a pedradas, en vez de dejarlos jugar a la pelota, carajo?! —exclama el general, recibiendo, en respuesta al exabrupto, un culatazo en la cara que lo derriba al suelo.

—No dejas que te tengamos paciencia, Atila —dice Hernando, con calma—. Solamente tienes que ser más respetuoso y considerado. Acuérdate de que tú no tienes la sartén por el mango, y de que tu vida depende de una palabra mía —vuelve a carraspear.

El general Atilio tarda en levantarse, sigue aturdido por el golpe que le propinó el sujeto de la ametralladora. Trata de continuar ese diálogo áspero mientras se limpia la sangre que le escurre del labio, restándole importancia a lo que había sucedido.

—Parece que has olvidado que estás aquí gracias a mí —señala el general, sacando a colación la manera en que Hernando fue finalmente liberado.

—Y estuve encerrado también gracias a ti —hace un gran esfuerzo para suprimir la tos—. ¡No me vengas con estupideces! —enfatisa el acabado guerrillero.

—No me disparaste aquella vez porque sabías que no estaba bien o porque alguien más poderoso que tú lo impidió —continúa el general, tratando de bajar la intensidad de la conversación.

—Solamente les he perdonado la vida a dos personas, Atila. Tienes la suerte de ser una de ellas. Y salvé la de una más, como tú hiciste conmigo —confiesa Hernando en un momento de debilidad.

—Supongo que irás a la tumba sin decirme quiénes fueron, ¿verdad? —pregunta el general.

Ramón Hernando le responde después de una larga pausa, como si estuviera reflexionando en esos momentos:

—Supones bien, Atila. No lo sabrás. No voy a darte ese gusto —respira con alivio.

—Te demoraste en responder Hernando. ¿Acaso cambiaste el rumbo de la historia y el destino de ellos también?

—Debo tener más poder del que imaginaba —medita Hernando en voz alta.

—Insisto en que alguien debe ser más poderoso de lo que imaginabas, Hernando.

—No me hables de poderes intangibles. No me digas que crees en un dios que no existe, que nunca existió ni existirá.

—Siempre fui un creyente. Quizás por eso sigues con vida.

—Cojudeces. Has cometido asesinatos amparado en tu uniforme. Si creyeras en un dios no hubieras sido militar.

—Nunca he asesinado a nadie. Aunque haya matado a muchos, aun con mis propias manos, nunca he asesinado a nadie —repite el general, convencido de haber cumplido con su deber.

—Puras cojudeces, Atila. Y encima tienes la concha de decir que eres creyente. ¡Ándate a la mierda! —tose.

—Carajo, Hernando. A ti sí habría que comprenderte. Hay que ser ateo para haber hecho y promovido tantas barbaridades.

—Y nada religioso para ser un militar con la consigna de matar al enemigo —replica Hernando.

El sonido de unas campanadas detiene el curso de la conversación. Al escucharlas, todos los demás van en estampida a la parte posterior de la casa. Los más chiquitines arman una algarabía tremenda porque saben que es la hora de almorzar. Unos instantes después Consuelo entra con un plato de sopa medicinal para su esposo, acerada con una mezcla de productos homeopáticos que por lo menos le controlaba los espumarajos.

—Sírvele lo mismo a Atila, mujer —le ordena Hernando.

—A este, ni un vaso con agua —le responde Consuelo, con absoluto desprecio por el militar.

—Consuelo —dice Hernando, esforzándose para no perder la paciencia por desobedecerlo—. Sírvete a Atila exactamente lo mismo que yo voy a tomar.

—¿Lo mismo? —responde su mujer, algo confundida por la petición.

—Así es, mujer. Exactamente lo mismo —tose su confirmación.

Consuelo no tarda mucho en regresar con un plato de sopa similar al que está tomando Hernando. Sin entender lo que sucede, se lo da con disgusto al intruso.

El general Atilio tampoco comprende lo que está pensando su enemigo vitalicio. Él sabe que es lo único que comerá por ahora, pero, a pesar de eso, ausculta la sopa con detenimiento. Está fría y no huele a nada. Es incolora y de ingredientes indefinidos. Por breves instantes, levanta la cabeza para comprobar que Hernando se la estuviera tomando.

—Más vale que la tomes, Atila —le recomienda Hernando—. Hazme caso, si no lo haces te arrepentirás.

—No estarás tratando de envenenarme, ¿o me equivoco? —pregunta el general, confundido más que preocupado.

—Si has tenido los cojones de enfrentarte a mí, entonces tus entrañas se llenarán de lo mismo con lo que se llenan las mías; así de sencillo —recalca, expectorando esputos sanguinolentos en una servilleta de papel.

Ni bien ha terminado de hablar, otro sujeto armado sale a la terraza trayendo un apetitoso y humeante plato con costillas de cerdo, papas y choclo sancochados para el guardaespaldas de Hernando. Aquel sujeto se queda haciendo la guardia mientras el otro ingurgita su almuerzo

con el mayor de los gustos, acostumbrado totalmente a la flatulencia y los asquientos gargajos de su enfermo jefe. Consuelo regresa brevemente para llevar una jarra de chicha de jora. Mirando de reojo, nota que el general ni siquiera ha probado la sopa.

—Atila —sigue hablando Hernando—, si no tomas esa maldita sopa te arrojaré vivo a los malditos puercos —enfatisa, motivando carcajadas estruendosas en los dos guardaespaldas que no dejan de mirar al general.

Con cierto recelo que demora su decisión, el general Atilio se atreve a dar el primer sorbo a eso que había en el plato. Cuando el indeterminado líquido se desliza sobre sus papilas gustativas, lo escupe dentro del plato, hace una mueca espantosa y se contorsiona a punto del vómito. Su rostro desencajado, que no refleja la memoria de un militar que ha bebido sus propios orines y comido víboras, tarántulas e insectos vomitivos, indica que eso que toma el antiguo guerrillero todos los días es ingustable, absolutamente insoportable.

—¡Putá madre! ¡¿Qué mierda es esto, carajo?! —exclama el desfigurado general después de sus graciosas contorsiones.

—¡La mierda que tomo para vivir un tiempo más y poder ver tu cuerpo pudriéndose bajo el sol! —vocifera Hernando, para luego desternillarse de risa, al igual que los guardaespaldas, quienes se han contagiado por las carcajadas desaforadas de su líder.

Tal es la algarabía que sigue al estropicio, que Consuelo, presa de la curiosidad y preocupada por su esposo, sale a ver qué la producía. Tratando de calmar a Hernando, quien ríe a más no poder, ella también sufre un ataque de risa al ver la cara descompuesta del general. Poco a poco se van

calmando, aunque Hernando tiene que esperar a que le pase un prolongado acceso de tos.

—Con los medicamentos que hay en ese menjunje asqueroso se podría tumbar a un elefante, Atila —especifica Hernando—. Pero créeme que es lo único que vas a comer o tomar mientras sigas con vida bajo el techo de mi casa —asegura con seriedad.

—Prefiero morirme de hambre y de sed antes de tomar esa mierda que te debe estar momificando —afirma el general, sin poder borrar la morisqueta que se le había petrificado en la cara—. Deberías bañarte en formol si quieres perdurar para siempre —dice, sin pretender ser gracioso ni mucho menos, pero suficientemente descortés para recibir un culatazo en la morisqueta petrificada que lo tumba al suelo y arroja la sopa por los aires.

—Eso te pasa por hacer cachita —dice Hernando.

—Que se largue de una buena vez —recomienda Consuelo.

—Tengo una idea mejor, mujer —se ilumina el deteriorado enfermo que se iba deteriorando cada vez más. Mientras ve cómo el general trata de ponerse de pie, le da una orden a su guardaespaldas—: ¡Oye, Vicente, dile a Mauro que venga!

Curiosamente, Mauro y Petizo ya estaban yendo a la casa, escoltando a un vehículo todo terreno con un visitante al cual sí esperaban.

—Mauro está en camino, jefe, acompañando al camarada Cifuentes — le informa Vicente.

—Ya me había olvidado de él, carajo —recuerda con fastidio—. Y encima va a encontrar a Atila por aquí. Pero ¡qué chucha! Para lo que puede importar ahora —continúa sorbiendo su sopa, insensible al hastío.

Al poco rato, Hernando y Cifuentes intercambian saludos, apretones de manos y brazos y sonrisas amigables. Cuando el visitante nota la presencia del vapuleado intruso, su curiosidad y preocupación se hacen evidentes.

—Pero ¿qué hace Atila aquí?

—Cavando su propia tumba —responde Hernando, sin darle mayores explicaciones por el momento. Después se dirigió al grandulón—: ¡Mauro!

—Sí, jefe —responde, poniéndose de un salto frente a él.

—Vamos a darle una oportunidad al pendejo de Atila —empieza diciendo, sin quitarle la mirada al general—. Déjalo en La boca del diablo, sin agua ni comida. Al tercer día lo buscarás, y si lo encuentras con vida tal vez lo deje seguir viviendo...; claro, si es que lo encuentras —sentencia sonriente.

—Créame que va a ser un placer, jefe —dice Mauro, complacido.

—¿De qué estás hablando, Hernando? —pregunta confundido el aturdido general.

—Ya lo sabrás, Atila..., ya lo sabrás.

A empujones, y después de amarrarle las manos y los pies, amordazarlo y vendarle los ojos, Mauro y Petizo lo suben a la camioneta, luego ocupan sus asientos para partir hacia el extraño lugar de nombre diabólico. Consuelo, antes de retirarse para dejar a Hernando conversando con su visitante, le da un vistazo fugaz al general porque está segura de que muy pronto será hombre muerto.

VI DE ESTUDIANTES A GUERRILLEROS TERRORISTAS

A Manuel no le gustaba ir a las enardecidas reuniones que organizaba el profesor Huancavilca. Él era un azuzador profesional, se aprovechaba de su posición, de su poder para convencer. A veces arengaba febrilmente a los estudiantes en la cafetería; otras, en el paraninfo universitario; y, casi siempre, en los salones donde dictaba clases, cuyas paredes en un tiempo no muy lejano se llenarían de pintadas revolucionarias que avivarían la revolución popular, la guerra de guerrillas y a su presidente Gonzalo, quien soñaba despierto en convertirse en la cuarta espada del comunismo internacional tras Lenin, Stalin y Mao.

Cuando la dirección nacional o los líderes más prominentes participaban, las reuniones se llevaban a cabo fuera de la ciudad o en algún arcano lugar de Huamanga. Desde que Manuel se mudó a un cuarto de la casona colonial donde vivía Ramón, aceptaba acompañarlo con mucha dificultad, especialmente desde que comprobó que su compañero ya estaba convencido del camino que iba a seguir. Pero lo que más lamentaba era que había involucrado a Consuelo y a su Juanita. Su compañera, amiga y amante tampoco comulgaba con las ideas revolucionarias y hacia dónde se dirigían. En cambio, Consuelo profesaba una creciente veneración por Ramón, parecía que no solamente se estaba enamorando de él, sino también que iba en camino a adorarlo. Todavía no lo amaba, pero ya lo admiraba. Su docilidad extrema lindaba con la psicopatía. Las prioridades de Ramón eran las suyas, ya no le daba importancia a

los sueños que había tenido de niña. Ser maestra de escuela era un objetivo banal, al igual que el título universitario que jamás obtendría.

«Manuel San Miguel, ¿ya decidió convertirse en un camarada de la revolución?», seguía retumbando en su cerebro la incansable voz del profesor Huancavilca. No, no quería ser ningún camarada de esa revolución, quería ser un artífice de una revolución incruenta y efectiva, no de alguna que estuviera condenada al fracaso. Había crecido en la pobreza, había sufrido por la violencia y ya estaba cansado de todo eso. Se había rebanado los sesos tratando de encontrar el mejor camino, y cuando ya estaba ahí..., ¡zas!, su mejor amigo se estaba encargando de echar todo a perder.

—Debes acompañarnos, Manuel —suplicó Ramón.

—No está bien, Ramón —dijo su amigo—, apenas nos falta un año para graduarnos.

—¿No te das cuenta, amigo? —lo invitó Ramón a recapacitar—. Ya no importa la graduación. Estamos frente a algo mucho más grande que eso, inmensamente mayor que nuestro pasado, infinitamente superior a nuestro presente —dijo, exaltado.

—¿Acaso no sabes lo que te espera? —lo invitó Manuel a reflexionar, intentando exhortarlo con una serie de razones valederas—: Penurias, hambre, sed, frío, enfermedades, desolación, desilusiones, traición, muerte...

—No, Manuel —lo interrumpió—. Con Sendero Luminoso y el presidente Gonzalo nos espera la libertad, el poder, el orden, la igualdad, el respeto, la dignidad... —le estaba diciendo, convencido hasta los tuétanos.

—Estás cometiendo un gravísimo error, amigo —interrumpió las ideas fatuas de su compañero—. Nuestros errores más graves pueden hundirnos en el abismo más

profundo o elevarnos a la montaña más alta, y tú estás yendo directamente al abismo. Déjame en paz, Ramón, y a Juanita también.

—Eres un cobarde que le teme a su futuro.

—No es cobarde quien evita la violencia y no es valiente quien la promueve, Ramón.

—El nuevo Estado nos necesita, amigo.

—Para provocar el caos —afirmó Manuel.

—Para desarrollar las escuelas populares, para abrirle los ojos al campesinado, para guiarlos por el sendero correcto —lo contradijo.

—Van a correr un albur que al final no dará resultados. Olvídate de nosotros, no iremos —dijo tajantemente.

—¡Deben venir! —ordenó de pronto, amagando una cachetada que nunca llegó—. ¡Ustedes son los que no se dan cuenta! ¡Saben demasiado!

—¿De qué estás hablando? —preguntó Manuel, intuyendo la respuesta que no hubiera querido oír.

—Si no vienen conmigo terminarán colgados de un poste como unos perros —dijo Ramón, tratando de convencerlo de que no podían dar marcha atrás.

—Debes estar bromeando —aseveró Manuel, asustado.

—No, Manuel, no es una broma.

Manuel tardó algunos segundos en salir de su asombro y desazón. Perturbado por las palabras de su amigo, a duras penas estaba ordenando sus ideas para tomar una decisión.

—¿Serías capaz de mandarnos a asesinar?

—Serían ejecutados sin que nada pudiera hacer.

—Pero somos tus patas, carajo.

—No hay otra opción.

—Iré yo —balbuceó Manuel—. Dejen a Juanita en paz.

—Lo siento, Manuel, no sería posible.

—Entonces, déjame huir con ella. Solamente necesito unos minutos —no se cansaba de disentir.

—Ni siquiera llegarían a salir de la ciudad —aseguró Ramón.

—Entonces nos esconderemos —hizo caso omiso a sus advertencias.

—Ningún escondrijo podría ocultarlos; el partido tiene mil ojos y mil oídos —enfaticó—. Vienen... o vienen —sentenció.

Decepcionados y desalentados profundamente, y desgajados de sus sueños en contra de su voluntad, Manuel y Juanita se unieron a los acicateados estudiantes y, de sope-tón, se internaron en Ayacucho para iniciar la lucha armada. Por ahora solo podían disimular su desacuerdo y tornarse reticentes en esa organización estólida que no aceptaba las divergencias. Los aguardaba un futuro fatídico plagado de abrojos.

Las repentinas desapariciones de estudiantes y profesores llamaron la atención en Huamanga, y se especulaba que un grupo minúsculo estaba por retomar las armas en algún punto desconocido del departamento. El Gobierno militar había enfrentado movimientos del campesinado a nivel nacional mientras la reforma agraria se implementaba con dificultad. Además, los gobernantes creían poder controlar cualquier brote insurgente después del fracasado levantamiento de 1965. Y, por último, ya estaban próximos a pasar la posta a un Gobierno civil que tendría que enfrentarlos.

El grupo formado por el profesor Huancavilca —a quien todos llamaban camarada Osmán—, con Ramón —alias camarada Lisandro— como su fiel lugarteniente, estaba llevando a cabo acciones que se desconocían. El abandono, la lejanía y la incomunicación en que se encontraban las

poblaciones del departamento les permitían actuar sin reparos. Se estaban dando el lujo de ir ocupando territorios sin que el Gobierno se diera por enterado. El exterminio de las autoridades gubernamentales era una prioridad y la imposición del terror y el poder era la otra. Más que convencer estaban decididos a subyugar. No iba con ellos el dicho que afirma que el dominante convence y el que no puede hacerlo se convierte en déspota. El despotismo estaba permitido con tal de consolidar el nuevo Estado que pregonaban.

Manuel y Juanita habían pensado muchísimas veces en escapar. El baño de sangre, la coerción y el autoritarismo que prevalecía en las mentes de los guerrilleros terroristas resultaba agobiante para ellos. Estaban armados con pistolas, escopetas y granadas caseras, y esperaban no tener que usarlas. Sabían que tarde o temprano los militares tomarían las riendas de la contraofensiva y eso podría acabar con todos. Si pudieran escapar y después sobrevivir tal vez tendrían la esperanza de continuar la vida que dejaron atrás. Pero, como había dicho Ramón, sabían demasiado. Nunca podrían ser capaces de evadir las órdenes de los camaradas Osmán o Lisandro, ni a las células que se estaban organizando para llevar la destrucción a todo el país.

En una de aquellas sangrientas incursiones, el grupo terrorista tomó el control de uno de esos pueblos olvidados. Medio centenar de terroristas obligaron a la conmovida población a reunirse en la plaza mayor, al mismo tiempo que unos cuantos cambiaban la bandera peruana por otra roja con la hoz y el martillo. Colocaron a la gente alrededor, dejando un espacio circular en medio. Detrás de los pobladores se apostaron muchos de los insurgentes y otros controlaban las vías de acceso. Ramón, Consuelo, Manuel

y Juanita tenían el privilegio de ir siempre al lado del camarada Osmán y de quienes tenían la mayor jerarquía. Como en otras ocasiones, ellos se pusieron al centro de ese espacio circular.

A una orden del camarada Osmán llevaron al alcalde adonde ellos se encontraban para ajusticiarlo. Lo que sucedería después era algo que nadie hubiera esperado.

—¡Este peón del imperialismo debe ser sustituido por un camarada de la revolución! —vociferó el camarada Osmán en quechua, señalando al pobre alcalde, a quien tenían de rodillas con una soga al cuello—. ¡Y su ejecución simbolizará el éxito de esa transformación! ¡Cuando la sangre de este perro que forma parte del viejo Estado que los tiene en el olvido, totalmente desamparados, se pierda para siempre bajo las entrañas de esta tierra abandonada, habrá comenzado un nuevo orden que perdurará para siempre en este lugar! —dijo finalmente, convencido de lo que afirmaba.

Después de las palabras del camarada Osmán, quedó reinando un silencio sepulcral en ese pueblo recóndito. Lentamente, caminó alrededor del alcalde. Por momentos miraba los ojos de los terroristas que lo rodeaban. Se detuvo frente a Juanita. A una señal, otro de los terroristas le alcanzó una piedra puntiaguda. Mirándola fijamente, le entregó la piedra a la compungida Juanita que ya sabía lo que tenía que hacer. Nunca había matado a nadie y no quería hacerlo. Manuel trató de acercarse, pero, antes de que pudiera actuar o decir algo, el camarada Lisandro lo cogió del brazo, y el camarada Osmán lo atravesó con su penetrante mirada. Juanita se acercó lentamente al alcalde. Cuando sus brazos temblones sostenían la piedra sobre la cabeza del condenado, el desvalido sujeto alzó su mirada suplicante, musitando algo ininteligible para todos, menos

para Juanita. —«¿Por qué me quieren matar?»—, preguntó, dejando escurrir unas lágrimas sobre las mejillas curtidas y arrugadas de su rostro sesgado. Eso fue demasiado para ella; solamente atinó a bajar la piedra, que en ella era un arma inane, y a llorar desconsoladamente. El camarada Osmán estaba exacerbado, con el ánimo crispado por ese signo de debilidad y no lo podía permitir. Ante la perpleja mirada de Manuel, quien no tuvo tiempo de reaccionar, y el escalofriante sobresalto de los asustados pobladores, disparó a la cabeza de la desprevenida Juanita, quien cayó desplomada al mismo tiempo que sus sesos salían expelidos violentamente, impactando en el suelo, las piedras y los ponchos y caras de los forzados espectadores de primera fila. Poco después una terrorista adolescente tomó el lugar de Juanita para iniciar la ejecución y, como había estado previsto, una decena de jóvenes insurgentes molieron a pedradas al desafortunado alcalde. Mientras los terroristas machacaban lo que les quedaba de cordura, Manuel quedó de rodillas al lado de su Juanita, mirando sus ojos inertes que le habían quedado entreabiertos, con profundo pesar y estupor al mismo tiempo, asfixiado por una catarsis insondable. Aquel asesinato confirmó, por enésima vez, que la violencia es el peor tormento de la humanidad y el defecto más vil del ser humano.

Las incursiones patéticas y hemorrágicas no cesarían como tampoco lo harían las ejecuciones selectivas o los atroces castigos de los juicios populares. Manuel estaba cerca de perder la razón. Había germinado en él el ritual de anegarse en su propio llanto antes de dormir, recordando la efímera vida de su Juanita, tan corta como el amor entre ellos. Sabía que en cualquier momento lo obligarían a asesinar a alguien. Suicidarse o matar al camarada Osmán eran

opciones desesperadas, pero eso también acabaría con sus sueños y aspiraciones. En balde no había buscado el camino para cambiar las cosas sin recurrir a la violencia que era el pan de cada día en esos estrujados parajes andinos.

Una noche, apenas iluminada con la palidez de una luna fantasmal, Manuel llegó al límite de su tolerancia. Estaba hecho un guiñapo, pero haría lo imposible por escapar. Esperó un descuido de los vigías para escabullirse mientras los demás dormían (al menos eso era lo que creía). El camarada Lisandro se percató de que Manuel escapaba a hurtadillas hacia el borde de una colina, seguramente con la intención de deslizarse y desaparecer para siempre del lugar al que no pertenecía. No dio la alarma, pero fue tras de él. El vigía reconoció a su jefe y solo cumplió con saludarlo. El camarada Lisandro sabía que la cojera de Manuel le daba la ventaja que necesitaba para alcanzarlo. Cuando Manuel creyó haber burlado a los guerrilleros, escuchó el recular de un arma, encontrándose súbitamente frente al camarada Lisandro quien apuntaba su cabeza con una pistola de gran calibre, similar a la que usó el camarada Osmán para perforarle la cabeza a la única mujer que había amado y que lo había correspondido.

—¿De veras crees que puedes escapar, Manuel? —preguntó el camarada Lisandro, muy despacio.

—¿Serías capaz de dispararle a un amigo, Ramón? —preguntó a su vez Manuel, tratando de conmoverlo.

—Podría ejecutarte por traidor o por cobarde —respondió, con frialdad.

—¿Por qué no me dejas luchar a mi manera?

—Porque tu manera admite la sumisión, la dependencia, la humillación, la explotación, la opresión y la corrupción —dijo el camarada Lisandro, con firmeza.

—Déjame ir y veremos quién tuvo la razón —trató de convencerlo.

—No dejaré que te conviertas en la oveja negra más asquerosa de la revolución.

—Esta revolución tiene asegurada su perdición.

—Si te vuelo los sesos habrás perdido, Manuel.

—Si lo haces habrás fracasado, Ramón.

—No nací para fracasar.

—Ni yo para morir de un balazo.

Después de decir esas palabras, Manuel caminó hacia el borde de la colina. Cuando pasó al lado del camarada Lisandro sintió el frío roce del cañón de la pistola recorriéndole la sien izquierda. Continuó sin voltear a mirarlo. De espaldas al guerrillero, todavía percibía el arma que podría reventarle el cráneo. Segundos después, y venciendo su miedo a las alturas, Manuel San Miguel se lanzó a su nuevo desafío. La ambivalencia de su amigo Ramón le había salvado la vida o había precipitado su muerte.

VII

EL PAMPLONAZO

En la reducida azotea donde vivían Carmela y Manuel se habían acoplado cuatro familias más en los últimos años. Era difícil compartir, entre todos, un solo caño y un solo retrete que colocaron sobre el antiguo orificio, pero por lo menos tenían agua potable a la mano.

Carmela no había vuelto a casarse. Con su amor acendrado estaba enfocada en ayudar a su hijo a salir adelante. No se cruzó en su camino ningún otro hombre que llenara sus expectativas como lo había hecho su desaparecido esposo. Nunca encontraron su cuerpo ni los cuerpos de los otros soldados que los guerrilleros capturaron durante una emboscada que los esfumó para siempre.

Para entonces, Manuel estaba por graduarse de la secundaria. A pesar de su cojera y de las burlas de algunos compañeros, se había convertido en un estudiante sobresaliente, aunque no en un líder destacado. Sus deseos de salir adelante, además de su innata capacidad para vislumbrar lo que otros no podían, habían fortalecido sus convicciones y moldeado su carácter altruista. Estaba dispuesto a seguir estudiando y, con el tiempo, quizás se animaría a fundar un partido político o afiliarse a alguno que mejor se adaptara a sus ideales. Pasó gran parte de su niñez en el centro de Lima limpiando parabrisas o lustrando zapatos, y ahora, de adolescente, trabajaba en lo que podía. Tenía paciencia, pero estaba cansado de sus miserias; de vivir apretujado entre vecinos sin ninguna privacidad; de ver sufrir a su madre con una artritis prematura y acelerada; de notar cómo ella iba perdiendo los dientes para que él

podiera ir al dentista y no le sucediera lo mismo; de saber que sus amigos morían absurdamente de enfermedades o infecciones curables; de toser como un fumador por haber estado expuesto a la contaminación tanto tiempo; de haberse enamorado sin ser correspondido; de no saber lo que se siente al dar el primer beso.

Desde hacía algunos años andaba prendado de una niña que había emigrado de Andahuaylas cuando iniciaron la secundaria. La observaba en clase, a la hora de los recreos y al salir por las tardes, pero su timidez con las mujeres no le permitía dar el primer paso. Su baja estatura y su cojera permanente no eran sus mejores aliados. Ella era la hija del dueño de la bodega más surtida del barrio. Siempre se la veía limpia y arreglada. Sonreía casi todo el tiempo. Solamente dejaba de mostrar sus dientes resplandecientes cuando estaba concentrada al estudiar.

Muchísimos emigraban a la capital en busca de oportunidades, donde pudieran sobrevivir con cierta dignidad. Pero la migración descontrolada estaba cobrando una cuota muy alta. La falta de empleo, la insuficiente atención de la salud pública y la falta de vivienda habían alcanzado la condición de monstruosos problemas para los habitantes, para la ciudad y para los gobernantes.

Carmela también estaba mortificada por esa vida que no cambiaba; quería ver a su hijo triunfar, lo soñaba todo un profesional, casado con la mujer adecuada, y ella quería verse rodeada de nietos que ansiaba conocer. Cuando destinaba algo de sus limitados ingresos a comprar un boleto de lotería, quedaba malhumorada cuando no ganaba, pero no por el hecho de perder, sino por vivir esperanzada en un trozo de papel que podría sacarlos de la pobreza. Algo más habría por hacer. Por las noches imploraba a los santos, a la

Virgen María, al Dios omnipotente para que le diera una señal. No culpaba de sus desgracias a las divinidades de sus creencias religiosas, pero tampoco quería resignarse a lo que al parecer era su inevitable destino. Muchas veces su ignorancia daba paso a las nociones que nacían de sus elucubraciones con Manuel. En algún lugar del Universo debería existir un paraíso mejor del que se disfrutaba al otro lado del cerro, aunque también creían en un infierno peor al que ellos estaban acostumbrados a vivir.

La señal que esperaba llegó una calurosa noche de marzo. Uno de sus vecinos invitó a todos los ocupantes del techo a unirse a una secreta invasión de tierras que estaban planeando. Aproximadamente en un mes un grupo de familias tomaría a la fuerza los terrenos de Pamplona, cerca de donde vivían, intentando validar unos cuestionables derechos de poseer un terruño del país que los vio nacer. Era una oportunidad imperdible para convertirse en propietarios y no la dejarían pasar. Carmela y Manuel estuvieron totalmente de acuerdo, aunque sabían que sería difícil y peligroso. Un año antes los que intentaron hacerlo fracasaron. Además, con los militares en el poder podía convertirse en una acción suicida. Correrían el riesgo aun a costa de sus vidas. Muchos de los que lo intentarían no tenían nada que perder.

El secreto de la invasión fue celosamente guardado hasta la misma noche en que se llevó a cabo. Una medianoche de abril, decenas de familias ocuparon las tierras, generando una batahola que llamó la atención de propios y extraños. Rápidamente, armaron casuchas de esteras y aguardaron a las autoridades con palos en las manos. Solo los más pequeños durmieron aquella noche de cánticos, ilusiones e incertidumbre.

Durante días esperaron ansiosos a una solución pacífica que diera resultados, pero eran muy pocos para defenderse si el Gobierno iniciaba maniobras hostiles para desalojarlos. No obstante su juventud, Manuel se había involucrado lo suficiente para que los dirigentes aceptaran su opinión. Recomendó que invitaran a más familias a ocupar las tierras aledañas. El Estado poseía grandes terrenos y muchos más podrían acceder a ellos. Así lo hicieron. Al cabo de pocos días, millares de familias aceptaron ser partícipes de ese momento que los llevaría a la gloria o al panteón. Pero la invasión se convirtió en un caos. “El pamplonazo” se extendió a terrenos privados, incluyendo los del Colegio de La Inmaculada que Manuel había visto tantas veces de niño. Las principales vías de acceso de la zona fueron cerradas para evitar el abastecimiento de agua y comida a los invasores. El Gobierno militar ordenó, sin éxito, un sangriento desalojo que produjo una batalla campal de proporciones inauditas. Al poco tiempo, el obispo de los pueblos jóvenes fue encarcelado y liberado el mismo día, tras la presión nacional e internacional que no se hizo esperar. Pero todo ello rindió frutos. En pocos días los invasores fueron empadronados y reubicados. Muchos por fin saboreaban la dulce realidad del otrora imposible sueño de la casa propia.

Carmela y Manuel establecieron su nuevo hogar en Villa El Salvador, el pujante pueblo joven que nació como consecuencia de la invasión. Él trató de sacarle provecho no solamente al lugar donde ahora vivían, sino también a lo que había aprendido de aquellos sucesos. Aprendió que todos los seres humanos tenemos derecho a vivir con dignidad, seamos ricos o pobres; que el ejercicio de la fuerza no necesariamente debe generar el ejercicio de la

violencia; que la valentía de un pueblo consiste en rechazar enérgicamente la violencia de los que ostentan el poder arbitrario; que la injusticia en un Gobierno debe ser enfrentada abiertamente por el pueblo que la sufre; y que el sufrimiento no termina necesariamente cuando se gana la primera batalla.

Madre e hijo habían cambiado un pedacito de techo que no les pertenecía por un terruño del cual eran dueños. Pero también dejaron atrás las comodidades del alumbrado público, el agua potable de un solo caño y un retrete común. Ahora, en vez de esperar un milagro para sacarse la lotería, esperaban que las promesas que les habían hecho fueran cumplidas. Para Manuel lo mejor de todo era que podía seguir yendo a la misma escuela y seguir disfrutando a la distancia de la niña de la linda sonrisa.

Cuando inauguraron el mercado local Manuel consiguió uno de los disputados puestos para lustrar zapatos. Pensaba jubilarse de zapatero lo más pronto que pudiera ya que la lejanía de Villa El Salvador era un impedimento para asistir a la universidad. Aunque desde niño quería emular a sus amautas y estudiar educación, se estaba inclinando por la antropología; creía que con esa carrera podría ampliar más sus horizontes profesionales. Aquellos destellos de optimismo chisporroteaban con entusiasmo sobre su tristeza casi crónica, tristeza que lo había llevado a refugiarse en poemas donde brillaban la soledad, la pobreza y la desolación, aunque también lo sostenía la esperanza de un mundo mejor.

El esfuerzo que hacía Carmela por salir adelante poco a poco iba menguando su salud. Estaba envejeciendo prematuramente y más parecía la abuela de Manuel en vez de su madre. Entre otras cosas, las infecciones dentales que

tenía estaban atacándole el organismo. Su sistema inmunitario estaba tan debilitado que no tenía la capacidad de defenderla del ataque bacteriano. Pasaba más tiempo en los centros de salud que en el trabajo o en su casa, pero nada le impidió ir a la ceremonia de graduación escolar de su único hijo. Estaba muy orgullosa de él. Nada había impedido que Manuel se graduara sin perder ningún año, ni los trabajos que había hecho ni el atentado que casi lo mata. Su esfuerzo fue recompensado con una medalla de honor que el director le colocó personalmente después de la entrega de los diplomas. Cuando bajó del podio de honor, escoltado por los merecidos aplausos, pudo notar el rostro orgulloso y lacrimoso de su madre y, para su total embeleso, también la mirada de la niña de la linda sonrisa que posaba sus ojos en los de él por primera vez. Para Manuel había sido una graduación de ensueño que quedaría para siempre grabada en su mente.

Aquel verano fue especialmente agresivo para los habitantes de los pueblos jóvenes. Una epidemia de cólera estaba haciendo estragos en la población, y la falta de agua potable y desagüe público empeoraron la situación. De milagro Manuel no enfermó, pero Carmela no corrió la misma suerte. Durante días sufrió el embate de la enfermedad que la estaba aniquilando. Los vómitos y la diarrea la deshidrataban sin misericordia. Ambos sabían que la vida de Carmela se estaba apagando inexorablemente.

—Manuelito... —empezó diciendo Carmela, haciendo uso de las pocas fuerzas que le quedaban.

—Calla, mamá, tienes que descansar —dijo, tratando de calmarla.

—No, hijo..., escúchame —dijo, de manera casi inaudible.

—Mamá...

—Prométeme algo —lo interrumpió, suplicante.

—Dime, mamita —contestó entristecido, dándole pie a que continuara.

—Si algo me pasa... ve a vivir con tu madrina.

—Pero ni siquiera la conozco, mamita, y Ayacucho está muy lejos.

—Allá vas a estar mejor —susurró su madre.

—Contigo estoy mejor —dijo su hijo, lloriqueando.

—Allá vas a poder ir a la universidad —continuó lentamente.

—Necesitas que te cuide...

—Debajo de mi cama hay una caja...

—Pero, mamita...

—Ahí están todos los documentos... y los datos de tu madrina.

—Pero, mamita... —repitió Manuel, compungido.

—La vecina se va a encargar de la casa.

—No te vas a morir, mamita...

—Voy a estar bien, Manuelito.

—No te vayas, mamá..., no ahora..., por favor..., no ahora —rompió en llanto Manuel.

—¿Me lo prometes? —le preguntó Carmela, sin lágrimas en los ojos, ofreciéndole su último hálito de vida.

—Te lo prometo, mamita..., te lo prometo —aseguró, perlado de lágrimas el rostro de su madre.

Al terminar de decir esas palabras, Carmela expiró sin soltarle la mano a su hijo. La promesa que había hecho Manuel lo llevaría por caminos insospechados, algunos dulces y otros amargos, algunos pacíficos y otros violentos.

VIII LA ENCANTADA

Todos los veranos y en algunas ocasiones especiales los Hernando iban a pasar una corta temporada a La Encantada, la hacienda de la familia. Ambas situaciones coincidieron con motivo del bautizo y la celebración del primer cumpleaños del nuevo hijo de Marcelo, fruto de su nuevo matrimonio con la joven y bella hija de otro hacendado del lugar.

Después de salir de Lima, y dejar atrás los pueblos jóvenes y los basurales que había al lado de la carretera Panamericana Sur, Diego siempre se sorprendía con la isla de Pachacamac, ubicada frente a la playa San Pedro de Lurín y hogar de pingüinos de Humboldt, pelícanos peruanos, gatos y lobos marinos y numerosas especies de aves guaneras. Sus islotes en forma de ballena atraían a propios y extraños y, según un antiguo mito indígena, representan los cuerpos petrificados de una princesa y su hijo que huyeron de una profunda decepción. Curiosamente, en el lomo de esa protuberancia cetácea existe un peligroso agujero que llega al mar, como si la naturaleza se hubiera asegurado de copiar lo mejor posible a su par viviente.

Pero llegar a Chíncha era como despertar en un paraíso terrenal. Los vastos parajes, colmados de sembradíos reverdecidos y miles de árboles frutales, se perdían en el horizonte deleitando la vista y animando el espíritu. Al lado de la carretera fructificaban día a día los puestos donde vendían las famosas uvas de la región. La paz no solamente se respiraba en la frescura del aire, también se podía sentir al saludo de los campesinos que araban la tierra, quienes

andaban en tractores y carretas, o sobre burros y caballos indiferentes y bien alimentados. Año tras año era la misma sensación que sentían al atravesar los linderos de ese bello valle costeño. Diego se desvivía describiéndole a su hermanito todo lo que veía, todo lo que sentía. Juan Carlos ya tenía cuatro años y él acababa de cumplir diez. Yolanda iba con ellos, como siempre, habiéndose convertido en parte inseparable de la familia.

El simple hecho de ir hacia la casa de La Encantada era todo un espectáculo rural. Durante varios kilómetros recorrían caminos flanqueados de árboles. Por momentos atravesaban túneles naturales de árboles que se abrazaban y que apenas dejaban pasar haces de luces intermitentes. Los pájaros de incontables especies no cesaban de posarse sobre las ramas, los verdes pastizales o las barandas de madera que dividían las propiedades; ni de dar picotazos a uvas, higos, manzanas, plátanos o pacaes. Pero lo que más llamaba la atención, tanto a los adultos como a los pequeños, era una infinidad de golondrinas que cantaban y encantaban por doquier.

La casa de campo estaba sobre una colina roma que dominaba la hacienda en su totalidad. Poco antes de llegar, una jauría de perros alborotados les dio el encuentro, como siempre lo hacían. Había pastores alemanes, dóberman, bóxeres y labradores. Eran unos fieles guardianes que infundían temor, pero muy cariñosos con los familiares y amigos. El único que todavía los miraba con cierta reserva era el pequeño Juan Carlos, todos los demás sonreían al mismo tiempo que los perros movían la cola al reconocer a sus visitantes. Como en cada visita, Diego disfrutaba a rabiar de ese primer encuentro con sus amigos caninos, tirándose al suelo terroso tan pronto bajaba del auto para entablar una

amistosa lucha libre con ellos que lo dejaba baboso y oliendo a perro.

Marcelo y Rebeca, su joven y bella esposa, les dieron el encuentro cuando bajaron del auto. Detrás de ellos apareció raudamente Ricardito, el futuro agasajado, tratando temerariamente de dar sus primeros pasos, aunque sin soltarse de las manos de una empleada que ayudaba en los quehaceres de la casa. Entre los estrepitosos ladridos, los alborozados saludos y los gritos de felicidad de los niños, no tardaron en entrar para descansar y platicar.

La acogedora casa de campo estaba colmada de adornos, cuadros, alfombras de pieles y cabezas de toros y venados. Los finos muebles de cuero eran una invitación al relajamiento, y las lámparas rústicas que había en cada esquina e innumerables plantas colgantes le daban un toque especial a cada ambiente. En la sala principal se lucían, orgullosos y resplandecientes, los numerosos trofeos y galardones con los que habían sido premiados los vinos de La Encantada. En el comedor principal destacaban un inmenso aparador con vasos y copas para toda ocasión, una mesa rectangular y sillas de alto respaldar de fino roble y cuero repujado para doce personas, y un crucifijo finamente tallado. La espectacular cocina contaba con todas las comodidades de una casa moderna de la ciudad. Por si fuera poco, en el sótano había una gran cava de vinos seleccionados, el cual era una ínfima muestra de los inmensos almacenes que tenían en la propiedad. Contaba con ocho dormitorios y seis cuartos de baño, cuatro de ellos con bañeras para hidromasaje, y también con un salón de música donde descollaba un piano de cola *Bösendorfer* que casi todos podían tocar con cierta facilidad. En la zona posterior construyeron dos piscinas cercadas para mantener la privacidad que se iluminaban por

grandes tragaluces del techo. Un gran jardín abierto, colmado de flores y arbustos, engalanaba una pequeña capilla y una delicada escultura de la Virgen María que parecía flotar sobre una fuente de aguas cristalinas.

El abrasador sol de media tarde no les impidió disfrutar de un delicioso almuerzo en la terraza. Bajo las sombrillas de lona y refrescados por la brisa del mar que veían a la distancia, saborearon un buen Merlot y los deliciosos potajes que había preparado Micaela, una mulata despampanante que había hecho de la cocina un arte indiscutible. Desde ahí podían admirar, por un lado, los establos que albergaban más de 250 cabezas de ganado, las caballerizas donde se paseaban a sus anchas una treintena de equinos de pura sangre, y un par de gigantescos galpones con pollos; y, por el otro, los extensos viñedos que se extendían hasta la carretera Panamericana Sur y, más allá, el lejano y parpadeante movimiento ondulatorio del océano Pacífico.

Mientras le daban curso a una exquisita mazamorra morada, notaron que se acercaba una ruidosa motocicleta que alteró los sentidos de los perros, quienes después de ladrar se pusieron a dar aullidos lupinos que podían volver loco a cualquiera. A todos les extrañó que los perros aullaran de ese modo, en vez de ladrar desafortunadamente ante el rugido metálico que se hacía cada vez más estridente.

De la motocicleta bajó un joven regordete, de barbas y bigotes ralos, que parecía tener la intención de imitar al Che Guevara o a Fidel Castro.

—¡Ramón! —exclamó Diego, alborozado, acercándose a él.

—¿Cómo está mi primo favorito? —respondió Ramón, sacudiendo la cabeza de Diego para despeinarlo afectuosamente.

Ramón Hernando vivía en Lima, donde acababa de graduarse de la secundaria. Se había establecido con su madre en el distrito de Surco desde que ella y Marcelo se divorciaron. Se llevaba bien con ambos y no culpaba a ninguno por algo que sabía iba a suceder tarde o temprano. Quería participar de la celebración de su medio hermano a quien también quería.

—¿Cómo van los planes, hijo? —preguntó Marcelo.

—Viento en popa —respondió, confiado—. De aquí voy directamente a Ayacucho. Quiero empezar las clases tan pronto se levante la huelga en la universidad.

—¿Estás seguro de eso, Ramón? —preguntó su padre, tratando de que recapacitara—. También podrías estudiar antropología en Lima —intentó convencerlo una vez más.

—No, viejo —negó, sin visos de cambiar de opinión—. En los andes está el material de estudio; en Lima, solamente la teoría.

—Bueno, no vas a estar tan lejos, ya sabes que puedes venir cuando quieras.

Ramón se había empeñado en estudiar en la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga. Ni su madre pudo convencerlo de lo contrario. Durante los dos últimos años había estudiado quechua para poder comunicarse con el poblador andino, algo que pocos habían hecho para acercarse a los habitantes del Perú profundo. Era inteligente, astuto y muy ambicioso. Su afabilidad era tan sincera como sus convicciones. Todos sabían que el comunismo lo atraía, así como las historias de los dictadores y los grandes militares de cualquier época que analizaba con frecuencia.

—Diego —dijo Ramón—. Acompáñame para que veas una de mis últimas adquisiciones —lo invitó con entusiasmo.

Cuando ingresaron a su amplio dormitorio, Ramón le mostró el modelo de un enorme tanque ruso de la segunda guerra mundial que él había armado. No era la primera vez que Diego entraba a su dormitorio, pero esta vez notó una serie de libros nuevos en el estante que ocupaba un espacio considerable. Casi todos estaban relacionados con movimientos revolucionarios socialistas, como los de Rusia y Cuba. Por todos lados había libros con fotografías de los tiranos y militares más feroces de la historia, aunque también de líderes respetados. Además, resaltaban antiguos libros de la historia de Grecia y un meticuloso busto de un poderoso guerrero espartano. Al cabo de un rato, Diego propuso ir a ver los caballos que había extrañado desde el año anterior. Juan Carlos y Ricardito se quedaron jugando con la infinidad de juguetes que había en un cuarto especialmente implementado para ese fin. Todavía en la terraza, las parejas de esposos no tenían cuándo terminar la tertulia, planeando la fiesta que se avecinaba.

—Ramón —empezó diciendo Diego, trepado sobre un tablón de la cerca de madera, al mismo tiempo que acariciaba el lomo de Trotamundos: un espigado corcel bermejo con un rombo blanco entre los ojos y menudillos y cuartillas del mismo color. Bajo la sombra de ese caballo descollante, tan alto que le costaba creer que sobre él había aprendido a cabalgar a los cinco años de edad, prosiguió con un interrogatorio con el que buscaba saciar su curiosidad infantil —, ¿por qué quieres estudiar an...?

—Antropología —completó Ramón.

—¿Qué es eso?

—Una profesión que te permite comprender mejor a la gente y ayudarla a mejorar, Diego —respondió, con simpleza.

—¿Para que todos vivan de la misma manera? —preguntó Diego, tratando de saber si eso era factible.

—Eso es imposible, pero por lo menos mejor, sin tantas diferencias.

—Pero...

—Escúchame bien, primo favorito —lo interrumpió Ramón—. A tu edad tal vez no lo comprendas, pero siempre existe una realidad detrás de otra, otro mundo por descubrir fuera del que crees conocer. Detrás de esa realidad, fuera de ese mundo, se encuentran los que tienen derecho a vivir mejor.

—Creo saber a qué te refieres —dijo Diego, meditando.

—Y cuando lo descubres puedes ser capaz de transformarlo —concluyó Ramón.

—¿No tienes miedo de ir a vivir a Ayacucho? —preguntó Diego, cambiando el rumbo de la conversación.

—¿A qué podría temerle allá?

—No sé, tal vez a lo que no conoces.

—La sabiduría se esconde detrás de lo desconocido.

—¿Sabes qué significa Ayacucho?

—Morada del alma.

—Tal vez Dios te está enviando allá por alguna razón —reflexionó Diego, sorprendiendo a Ramón con su intervención religiosa.

Ramón quería encontrar las palabras que pudieran hacerle entender a su joven pariente que el destino es el sendero que forja el libre albedrío y las circunstancias que no dependen de este último; que el destino no está escrito; que el futuro surge principalmente de las ideas y acciones y, en menor medida, del azar; que en el teatro de la vida uno mismo es el escritor, el director y el actor principal.

—Uno mismo moldea su destino, Diego. Si voy a estudiar a Ayacucho es porque yo lo he decidido, no porque una fuerza superior, divina o maligna, me esté llevando hacia mi destino.

—Entonces..., no crees en Dios.

—Ni en el diablo. Ni en el cielo ni en el infierno. Y tampoco en las almas, ni en los espíritus o los fantasmas, como quieras llamarlos. El poder del hombre y el poder del azar gobiernan en este mundo —afirmó Ramón.

—¿Debería entenderte?

—No, Diego, todavía no.

En eso, fueron brutalmente distraídos por unos gruñidos caninos histéricos intercalados con unos ladridos desaforados y salvajes. Descubrieron rápidamente una sanguinaria pelea entre un bóxer —cuyos dientes estaban torcidos por andar mordisqueando las llantas de camiones en marcha— y un pastor alemán poderoso —que lideraba la jauría de perros de La Encantada—. En un santiamén, otros perros atolondrados, que no tenían intenciones de intervenir, se arremolinaron alrededor de los furiosos contrincantes, lo que también hicieron campesinos, hacendados y visitantes, sin que nadie se atreviera a separarlos. La lacerante batalla perruna se estaba convirtiendo en un baño de sangre que salpicaba por todas partes. El pastor alemán había arrancado trozos de carne de su fornido rival y en cuestión de segundos lo había dejado tuerto y cojo; mientras que el bóxer se ensañaba con él, dejándolo sin orejas y seccionándole la lengua. De pronto, la pelea quedó pausada en una imagen espeluznante: el bóxer tenía sus fauces incrustadas en el pecho del pastor alemán, el que gemía terriblemente mientras daba tenues mordiscos con su hocico lastimado. En ese momento, un par de campesinos los

sujetaron con cuerdas de los pescuezos y tiraron de ellas tratando de separarlos con muchísima dificultad. Cuando lo lograron, el bóxer seguía apretando con sus dientes chuecos un enorme trozo de carne del mortecino pastor alemán. No tardaron en llevarse a ambos perros, a los cuales nadie volvería a ver.

—Oye, Ramón... —empezó diciendo Diego cuando se alejaba la camioneta que llevaba a los perros con rumbo desconocido—, no deberías ir a Ayacucho.

—¿Por qué? —le preguntó Ramón, sorprendido.

—No lo sé, es un presentimiento —le respondió, mirando un asqueroso charco de sangre canina.

En poco tiempo, los comentarios sobre la sangrienta pelea de perros fueron cediendo ante la importancia del evento que se aproximaba.

Los días previos a la gran celebración, todos disfrutaron de la vida de campo: cabalgando durante horas; jugando con los perros cuyo liderazgo aún no estaba definido; correteando en los campos, en las riberas o sobre los cantos rodados del río Matagente —cuyo caudal no estaba sobrecargado para entonces—; dándose chapuzones frecuentes en sus tranquilas y límpidas aguas; persiguiendo a los despavoridos pavos y gallinas; alimentando a los pollos de los galpones; ordeñando vacas; balanceándose en los columpios que colgaban de ramas altísimas; o paseando con cuidado en los tractores. Y cada mañana despertaban al amanecer, no solo para deleitarse con las siluetas que el sol matutino pintaba sobre las colinas y sobre los campos de cultivo, sino también con los deliciosos desayunos donde no faltaban leche y jugos frescos, abundantes porciones de chicharrón con camote frito, y crocantes panes variados recién horneados que rellenaban con aceitunas de botija,

paté hecho en casa, paltas cremosas, mantequilla, jamón inglés, jamón del país o la famosa salchicha de Huacho con huevo revuelto.

El sábado de la celebración no pudieron tener mejor clima. Los perros habían sido encerrados por precaución. Preparar una pachamanca para doscientas personas no era una tarea fácil. Cuando los invitados empezaron a llegar, los grandes fosos que habían sido cavados ya estaban calentándose para colocar los cerdos, el maíz y la papa que ahí dentro cocerían. Las manos mágicas de Micaela dirigían toda una orquesta de cocineros empíricos, pero expertos en el oficio. Marcelo y Rebeca estaban más que satisfechos por el éxito de la celebración, pero Ricardito estaba en el cielo ese día, como si comprendiera que todo eso era por él. Una empresa especializada, que contaba con media docena de profesionales, filmaba y tomaba fotos sin escatimar en detalles.

Mientras los hornos subterráneos hacían su función, Ricardito fue bautizado exactamente al mediodía por el obispo de la ciudad. Al término de la ceremonia, todos cantaron al unísono el cumpleaños feliz alrededor de una inmensa torta con sabor a vainilla y repleta de fresas y duraznos, la que estaba coronada con una vela en forma de cohete espacial en el centro. Y, por si fuera poco, acto seguido las decenas de niñas y niños invitados formaron una inmensa línea disputándose el honor de reventar, con los ojos vendados, la piñata multicolor en forma de estrella que estaba repleta de dulces y juguetes. Al mismo tiempo, el ejército de platos, cubiertos y vasos de bebidas, cerveza, escocés y vino circuló para complacer sin medida a todos los privilegiados invitados, quienes se dieron un hartazgo irrepetible.

Gino Mazzotti, un italiano exitoso que ya frisaba los cincuenta años de edad, era el carismático y bien parecido padre de Rebeca, y propietario de un inmenso y próspero fundo vecino, habiéndose afincado en Chíncha poco antes de que naciera su única hija. Poco después de cumplir cuarenta y cinco años, su esposa sucumbió ante el ataque mortal de un melanoma ocasionado por exponer su desprotegida piel al bombardeo de rayos ultravioleta, sin saber que los bronceados que se exigía estaban menoscabando su salud en vez de promoverla. Al año de enviudar, su hija se casó con su vecino y amigo. Él no estaba dispuesto a eternizarse en la soledad que la vida le había deparado y que había multiplicado la cantidad de cigarrillos que fumaba (el único vicio que tenía).

En esa ciudad sureña el italiano descubrió la belleza de la mujer peruana. Sentía fascinación por la hermosísima mulata que ahora cocinaba para su hija, y ese sentimiento se incrementaba a medida que pasaba el tiempo. Micaela había quedado desencantada del amor por una decepción pasada, y su herida no cerraba lo suficiente como para aceptar a alguno de los galanes que la pretendían; sin embargo, sentía una atracción erótica por el vecino italiano. Las frecuentes visitas que Mazzotti hacía a La Encantada no solamente tenían que ver con su amigo, su hija o su nieto, sino también con la belleza subyugante y sensual de Micaela. Era una beldad digna de llevar la corona del Festival de Verano Negro. Casi todos se habían percatado de su pícaro interés, pero nadie sabía cómo proceder, ni siquiera el mismo Mazzotti. En esa sociedad discriminatoria, su amorío podría ser considerado un romance sórdido y derivar en un escándalo mayúsculo. Al italiano le estaban dejando de importar los prejuicios absurdos que impedían dar el paso

que deseaba. Micaela, por su parte, no podía evitar la mirada lujuriosa que recorría su suntuosa figura cada vez que don Gino visitaba la casa. Cuando cocinaba o cuando servía la mesa, sentía el calor penetrante que le quemaba la piel que cubría con el mandil rosado que usaba. Ella era una mujer de treinta años que ardía cada vez que ese asiduo visitante aparecía.

Al atardecer, cuando la amena celebración seguía viento en popa, Micaela se encontraba sola en la cocina, ordenando la montaña de platos, ollas y cubiertos. Como siempre, Gino Mazzotti la había seguido con la mirada, pero ahora dejó que su humanidad se escabullera hasta el solitario centro de operaciones de la mulata que tanto deseaba. Cuando sus miradas se apoderaron de todos sus sentidos, ambos supieron que ya no podrían evitar lo inevitable; estrecharon sus excitados cuerpos que ansiaban estar desnudos, permitieron que sus refulgentes ojos por fin se cruzaran sin reparos, dejaron que sus labios se encontraran con desbordante exaltación, que sus húmedas lenguas bailaran al son de esa pasión desenfrenada, que sus manos ardientes recorrieran con avidez cada centímetro de piel que sus ropas ocultaban. Ya no se podían detener, pero tampoco querían ser descubiertos haciendo el amor en ese vulnerable lugar. Sin separar sus labios ni sus cuerpos descontrolados, entraron a una de las habitaciones que creían desocupadas. Ahí hallaron el llameante escenario que anhelaban, se desnudaron con rapidez, y luego danzaron con indescriptible placer sobre la cama que daba tumbos al vaivén de su amor. Mazzotti recorría extasiado los bellos y voluptuosos senos de Micaela que alimentaban su impetuosidad erótica, absorbiendo con delicadeza sus grandes pezones endurecidos mientras ella se deleitaba con esa boca experimentada que

la estaba volviendo loca. Sus manos varoniles se deslizaron sobre la sudorosa piel canela de su amada, sobre sus nalgas perfectas que se contraían rítmicamente al sentir al hombre que había deseado por tanto tiempo, sobre los vellos que protegían ese sexo hermoso y mojado que estaba siendo penetrado. Después de llegar al clímax incandescente de sus orgasmos, apenas distanciados por la brevedad de un instante, Micaela dejó escapar lágrimas de placer en un llanto ahogado que no entendía. Ambos quedaron exhaustos, empapados en sudor, con sus rostros arrebatados, gimiendo por el esfuerzo y el placer desmedidos.

Pero no habían estado solos. Tras la puerta del baño, Diego Hernando se convirtió en testigo de ese acto apasionado que le dejó las pupilas dilatadas bailando en sus ojos desorbitados, la boca abierta incapaz de retener la saliva que le escurría, los poros convertidos en chimeneas volcánicas que erupcionaban sudor, y el corazón tan acelerado que retumbaba como un potro desbocado. Temiendo que la feliz pareja se diera cuenta de su presencia, Diego solamente atinó a salir disparado por la ventana del baño, con la memoria saturada de aquel secreto que guardaría para siempre y que le había abierto la mente a otro mundo que empezaba a conocer.

TERCERA PARTE

IX
LA BOCA DEL DIABLO

El general Atilio no cesa de gemir y contorsionarse intentando convencer a los secuaces de Hernando de que, por lo menos, le quiten la mordaza que está por ahogarlo. Sin hacerle caso, Mauro y Petizo están disfrutando a rabiar con sus desesperados gemidos y con la música vernácula que brota de los parlantes estereofónicos. Cuando la camioneta finalmente se detiene, lo mismo sucede con la música y los gemidos. El general calcula que han estado viajando sobre caminos rurales sin asfaltar durante casi tres horas desde que partieron.

Ante las estupefactas miradas de los turulatos forajidos, se abre un desolador y fantasmagórico escenario que podía helarle la sangre a cualquiera. Ambos bajan de la camioneta para admirar mejor el paisaje que tienen por delante. Desde el borde de la meseta, quedan de nuevo prendados de una obra natural escalofriante y digna del Apocalipsis: una pasmosa olla terrestre surcada por grietas de diferentes tamaños y salpicada de rocas descomunales que asemejan dientes y muelas monstruosas. Están frente a La boca del diablo, aquel espeluznante lugar al que todos temen y respetan. Petizo saca la chata de aguardiente, toma un trago y se la ofrece a Mauro, quien la rechaza con asco indisimulado por enésima vez.

Aquella singular geografía —seguramente producida por innumerables cataclismos o, como creían los lugareños, moldeada por un poder demoníaco tangible, evidente— está rodeada de mesetas, con excepción de su parte más lejana donde se levanta una altísima y escarpada montaña

que parece haber sido cortada abruptamente, y cuya cima no puede verse por las nubosidades perennes que la coronan, formando la imagen de un hongo gigantesco y estremecedor.

El general no sabe lo que está pasando, solamente puede sentir el viento álgido que se cuele por las puertas entrea-biertas. Cuando regresan los sujetos, contagiados de un mutismo cadavérico, no tardan en comenzar el largo descenso hacia ese orificio terrenal que más parece un cráter generado por un asteroide o la caldera de un supervolcán antediluviano.

Avanzan con precaución, ya que el terreno cambia con frecuencia en ese lugar, y con la intención de dejar al general lo más cerca de la parte central. Cuando no pueden seguir avanzando, lo sacan de la camioneta a empujones, dejándolo tirado en el campo, sin sacarle las ataduras ni las vendas ni la mordaza y, siguiendo las órdenes de su jefe, sin agua ni comida.

Al subir a la camioneta los facinerosos se encuentran con algo inesperado.

—¡Mira, Mauro! —señala Petizo el asiento donde había estado el general—. ¡El muy pendejo se meó!

—¡Malparido de mierda! —vocifera Mauro, furioso, dirigiéndose al general que todavía está tirado en el suelo—. ¡Púdrete en el infierno!

El general Atilio a duras penas puede sentarse al ir escuchando cómo va desvaneciéndose el sonido del motor de la camioneta. Sin poder ver, a tientas busca una piedra angulosa para cortar las amarras de sus manos, pero no palpa ninguna. Arrastrándose como una oruga, avanza hasta darse un golpe en la cabeza con una de las rocas monstruosas que hay por todas partes. Sin importarle la sangre

que le escurre por la frente, recuesta su espalda sobre la roca hasta que logra ponerse de pie. Luego frota la soguilla sobre la roca hasta que se rompe. Aunque tiene las manos ampolladas por la fricción, por fin puede quitarse la mordaza y las vendas que lo estaban desesperando y liberar sus piernas que están completamente entumecidas.

Cuando sus ojos se acostumbran a la luz del sol serrano, recién puede atisbar el paisaje desolador donde se encuentra, el cual va tomando la pavorosa forma que ni en sus peores pesadillas hubiera imaginado. Tuvo suerte de no caer en las profundidades de una grieta oscura que estaba a menos de dos metros de la inmensa roca que usó para desatarse. «¡¡¡Jijuna gran puta!!!», se desfoga a todo pulmón, al mismo tiempo que gira en torno suyo para ver en dónde lo habían metido, acordándose de Ramón Hernando, odiando a alguien por primera vez en su vida. El eco de su voz sigue su recorrido hasta perderse entre los recovecos de ese paraje inhóspito.

Al detenerse al lado de una de las grietas, observa que una polvareda, acompañada de piedras minúsculas, se está desprendiendo y cayendo hacia el fondo oscuro. Casi al mismo tiempo la tierra salta bajo él haciéndolo perder el equilibrio. Poco después escucha un murmullo terrestre que se aleja con lentitud. Tras salir de su asombro, observa con detenimiento el terreno que lo rodea: las enormes rocas, las incontables grietas, la imponente montaña cortada a tajo que domina el paisaje. Intuye que no encontrará plantas comestibles, ni serpientes, insectos o aves.

Todo indicaba que era un sitio peligroso, activo y vulnerable. Lo que no sabía el general es que estaba encima de una falla geológica de proporciones inauditas. La presión que había en ella estaba generando los temblores de toda la

zona, temblores que no liberaban la energía suficiente para evitar un terremoto catastrófico inminente. Para colmo de males, el general había sido abandonado en el epicentro de esos movimientos telúricos.

En la casa grande, sin mucho preámbulo, Cifuentes está tratando de convencer a Ramón Hernando para que apoye moralmente un nuevo movimiento armado en el país, pero este no quiere involucrarse para nada.

—¡Carajo, Cifuentes! Los tiempos han cambiado, la gente ha cambiado, el mundo ha cambiado —dice Hernando, tragándose la flema y buscando aire para respirar.

—Esta vez contaríamos con el respaldo de varios grupos militares que están ansiosos de llegar al poder y sacar a ese Gobierno títere del imperialismo —insiste Cifuentes.

—Esos sujetos minúsculos en tamaño y en ideas jamás van a llegar al poder —asegura—. Deben estar ciegos para no darse cuenta de que fracasarán —vaticina ciertamente.

—Dejaríamos de actuar en la clandestinidad, Ramón —palabrea su entusiasmo—. Y hasta nos podríamos aprovechar de la democracia.

—Sigue escribiendo en tu revista, Cifuentes. A mí déjame en paz —tose Hernando, regando el aire de discordia, menospreciando la idea trivial de su visitante y a su supuesta revolución baladí.

—El encierro te ha cambiado, Ramón —murmura Cifuentes, sintiéndose defraudado por la frivolidad que no caracterizaba a su antiguo líder—. Ya no eres el luchador que nos estaba llevando a un nuevo orden, no te queda nada del camarada Lisandro.

—Todo me ha cambiado —confirma Hernando, bajando la mirada—. Toda esta mierda me ha cambiado —lamenta el estado en que se encuentra—. Ahora, vete con tu absurda

revolución a otra parte —escupe su displicencia, sobreseído completamente.

Mientras la camioneta de Cifuentes se aleja, el temblor originado en La boca del diablo atraviesa la propiedad de Hernando, sin más consecuencias que el fastidio del enfermo exguerrillero, unas cuantas persignadas de los que todavía creían en la religión, y la oscilación de plantas y otros objetos colgados de techos y paredes.

Si Hernando había dicho la verdad, y no se moría antes, el general Atilio tenía la esperanza de que lo fueran a buscar al tercer día. Podría sobrevivir sin alimentos, pero no sin agua. Y sin calor por las noches podría morir de frío a esa altitud. La casaca que tenía puesta no le serviría de gran cosa. Su vista extraordinaria y su entrenamiento militar le daban cierta ventaja, pero la naturaleza hostil y agreste que lo rodeaba era su peor enemiga. No había señales de vida por ningún lado, aunque las aves de rapiña muy pronto volarían sobre su cabeza, esperando el deceso de quien sería su mejor festín de la temporada.

La noche cae a plomo. La falta de Luna permite que las estrellas bailen esa noche polar, pero eso no consuela mucho al general. Ya está sintiendo hambre. Ahora entiende lo que Hernando quiso decir al mencionar que mejor se tomara su sopa nauseabunda porque la iba a necesitar. Tal vez las medicinas que se escondían en aquel líquido asqueroso podían haberlo ayudado de alguna manera.

El cielo está muy despejado y eso ahuyenta las posibilidades de que llueva. No ha llovido durante varias semanas. La sequedad del ambiente es un indicativo de que no hay agua ni sobre las rocas ni en el subsuelo, y la que alguna vez existió ya se habría escurrido entre las grietas de La boca del diablo.

El general está arrepentido de haber orinado en la camioneta, ahora le hace falta su propia orina para sobrevivir. Está deshidratándose rápidamente y sabe que sus riñones no llenarán demasiado su vejiga.

Aun con el cielo despejado y las estrellas centelleantes que le sirven de linternas diminutas, le resulta difícil encontrar un arbusto seco para encender y prodigarse el calor que ya necesita. Tiritando por el frío, decide recolectar briznas secas de ichu y pequeños arbustos para poder formar una fogata lo suficientemente grande que dure prendida el mayor tiempo posible. Camina con muchísimo cuidado para no caer dentro de alguna de las grietas cavernarias. Usando ramas y piedras como valiosos admínculos, las restriega hasta encender una fogata de llamas cimbreadas, cuyo crepitar y reconfortante calor le dan ánimos para seguir viviendo. Después pasa el tiempo elucubrando hasta que el sueño lo vence. Al despertar de una de sus cortas cabeceadas, orina sobre una piedra en la que hay una hendidura tallada naturalmente. Sin mucho beneplácito se toma hasta la última de las tibias gotas amarillentas. Sabe que su propia orina es una solución momentánea porque corre el riesgo de intoxicarse con las toxinas úricas. No mucho después le sobrevienen retorcijones en el vientre que acaban en una evacuación intestinal que no se repetiría, limpiándose las nalgas chupadas con puñados de ramas secas y cantos rodados calientes. «No sé de dónde chucha habrán salido, pero por lo menos me dejaron el culo limpio», dice en voz alta, alegrándose al escucharse.

A la mañana siguiente, mientras duerme boca arriba, es despertado por minúsculas partículas de tierra que le están cayendo en la cara y por un vigoroso estertor subterráneo.

Cuando abre los ojos, sin despabilarse del todo, nota que la tierra está saliendo disparada de una de las muelas pétreas, sintiendo con brusquedad que su cuerpo se eleva por los aires al ser catapultado por una onda sísmica más intensa que la del día anterior. Recuperado del susto, el general advierte que semejante sacudida ha ocultado algunas grietas y abierto otras. Ahora está tomando conciencia de que si no sale pronto de ahí el diablo cerrará sus fauces y se lo tragará para siempre. «Carajo, eso es lo último que espero que me pase». Mauro sabía que eso intentaría el general, por eso lo puso tan lejos de las mesetas como pudo. Trata de ubicar el lugar donde lo dejaron para seguir los vestigios de las huellas de la camioneta. Para su suerte, descubre rápidamente las soguillas que lo habían tenido amarrado. «Por lo menos ahora puedo empezar esta vía crucis que espero terminar con tu ayuda, Señor».

Oteando el panorama, el general deduce que ingresaron a La boca del diablo por el lado opuesto al de la montaña, la cual no dejaba espacio para ninguna vía de acceso. Al ir hacia allá encuentra sobre el suelo piedras y plantas secas removidas o aplastadas. Las huellas de las llantas no están muy expuestas debido al viento y los temblores que se encargaron de cubrirlas. Durante horas sigue un camino zigzagueante que le está haciendo perder tiempo valioso en su afán de escapar. Mauro, para confundirlo, había hecho ese recorrido irregular adelantándose a las ideas del general. El temblor que le sirvió de despertador en la mañana había formado nuevas grietas que cortaban el sendero de los neumáticos, haciendo más difícil la travesía. Está sintiendo lo que sienten las hormigas cuando se les escinde abruptamente el camino de feromonas que emplean para guiarse.

Sin su quepis ni sus lentes oscuros que lo protejan del ardiente sol andino y sin alimentos ni agua, al general ya se le está yendo la poca energía que le queda. Lamentablemente, seguir las huellas durante el día es su única alternativa. Solamente tomaría sus orines hasta esa noche, si es que todavía los producía, después tendría que confiar en su propia resistencia interna. Su cuerpo nunca estuvo tan encebado como para aguantar un desafío semejante, pero su mente y su espíritu están preparados para cualquier cosa, incluso para resistir el bochorno vespertino que regía hasta el crepúsculo. «Al menos, para eso me he entrenado y sacado la mierda toda la vida». Solamente tendría que resistir una noche más antes de que lo que fueran a buscar. «Si es que esos hijos de puta vienen por mí».

El general Atilio está totalmente seguro de que sobrevivirá una segunda noche en las fauces del averno. Está insolado, debilitado, deshidratado y adolorido. Lo que menos quiere es morir en el olvido, lejos de su familia, lejos de la vida sosegada que alguna vez imaginó: viajando por el mundo, disfrutando de su esposa cada mañana, o de sus hijos y nietos cada fin de semana. Ellos no saben a dónde lo han llevado y nadie lo sabrá si desaparece. Tiene poco tiempo de jubilado y, extrañamente, su última función fue gestionar la liberación del hombre que ahora estaba por provocar su evaporación mundana. «De haberlo sospechado lo dejaba encerrado para que se terminara de podrir en El Purgatorio, conchasumadre».

Demora una eternidad para recolectar y prender los arbustos que lo calienten la segunda noche. Aunque lo logra, queda tan fatigado que por momentos duda poder seguir adelante. Pero no tiene alternativa. Si lo van a buscar no encontrarán el mismo camino y esa será la excusa perfecta

para darlo por desaparecido. Aun así, no le faltan razones para desconfiar de Mauro. Él lo detesta y seguramente va a preferir verlo muerto o desaparecido antes de obedecer las órdenes de su líder. «Lo más probable es que ese cholo de mierda y la sabandija que lo acompaña no vengan por mí, carajo; pero me queda el consuelo de que el pendejo de Hernando los tiene dominados a todos, aunque esté a punto de morir. ¡Qué tal vaina!».

Al tercer día, el general sigue su vía crucis en busca de la salida que tanto ansía encontrar, siendo alanceado por los calcinadores rayos solares, y acompañado de la insoponible sed, el estreñimiento que antes desconocía, los vahídos y la falta de lucidez que lo tienen enajenado. Sueña despierto con ver aparecer la camioneta roja de doble cabina de los forajidos de Hernando. Ya no puede darse el lujo de pensar en voz alta, sus cuerdas vocales ya no emiten sonido alguno, la sequedad de la boca y las mucosas se lo impiden. Con su andar trastabillante, se tropieza y cae al suelo con frecuencia. En una de esas caídas queda boca arriba, observando, maravillado, un colorido halo alrededor del astro rey. «¿Eres tú, Señor? ¿Me estás acompañando?», piensa, en silencio. Sigue avanzando a rastras; está mimetizado como un camaleón en medio del desierto. Desvariando, por ratos alucina formas etéreas o abstractas, o que está en la playa, caminando lentamente hacia el mar para darse un baño refrescante. En su imaginación pululan serpientes arrastrándose vigorosamente y emitiendo silbos agudos, las corretea hasta alcanzarlas, y cuando les da un mordisco para beber su sangre y comer su carne, tiene que tirar las ramas que anda metiéndose a la boca. «Si tuviera diez años menos», se lamenta, casi en la inconsciencia.

Al anochecer cae rendido sobre el duro terreno. «No vinieron por mí», repite una y otra vez. «¿Vas a dejar que muera aquí, Señor?», clama una respuesta divina en su mente ida. Ya no siente frío, sed, hambre o dolor...; solamente quiere descansar. Al mirar hacia el cielo, nota extasiado la infinidad de estrellas que el firmamento nocturno le está regalando. Laso y adormilado empieza a ver una lluvia de braditas que cruzan sin descanso la atmósfera andina. No es una alucinación: la Tierra está atravesando la estela dejada por un cometa conocido. Ahora, el cielo le está lanzando fuegos artificiales como si estuviera despidiéndose de él. Aunque se siente abandonado por los hombres, la paz interior que percibe la considera una sublime experiencia religiosa. Nunca se ha sentido abandonado por su dios, ni por sus santos, ni por los ángeles que ahora cree estar viendo.

Antes de caer en los brazos de Morfeo siente un rugido que poco a poco lo va envolviendo. Abatido por su confusión, queda paralizado, tan petrificado como la dentadura diabólica donde está. Un instante después la tierra se abre bajo él, cayendo hacia el fondo de un abismo negro que lo engulle sin misericordia.

Cuando el temblor sacude la cama de Ramón Hernando, él despierta sobresaltado, sin terminar de soñar con el general Atilio, a quien le estaba perdonando la vida una vez más.

—¡Consuelo! —grita Hernando, desesperado y angustiado—. ¡Consuelo! —repite, conturbado, como si no recordara que ella duerme en la cama que está a su lado para cuidarlo, como siempre lo ha hecho desde que salió de El Purgatorio.

—No te preocupes, Ramón, ya pasó el temblor —trata de tranquilizarlo.

—¡Al diablo con el temblor! —brama como una bestia, ahogándose al gritar.

—Tranquilízate, por favor, vas a hacerte daño. Vuelve a dormir, por lo que más quieras —le suplica ella, muy preocupada.

—¡No me jodas, mujer! ¡Dile a Mauro que venga! —continúa, hecho un ogro descontrolado.

—¿Ahora? —pregunta, consternada.

—¡Carajo! ¡Sí, mujer! ¡Ahora! —ordena el energúmeno, urgiéndola para que se apresure.

Levantado intempestivamente, Mauro no tarda en estar frente a su jefe.

—¿Qué demonios pasó con Atila?! —se descompone el monstruo, sin medir las consecuencias al desgañitarse.

—Pues... sigue en La boca del diablo, jefe —titubea Mauro.

—¡Imbécil! —empieza a increparlo—. ¡Hoy tenías que haber ido por él! —se desencaja.

—Jefe, usted me dijo que vaya por él en tres días.

—¡Al tercer día, carajo! —grita, tosiendo, llenando un pañuelo de sangre y salpicando su tupida barba con esa sanguaza asquerosa.

—Pero... es solo un general, jefe —asegura con su eterna repulsión.

—No es solo un general, es Atila, por la puta madre —dice, esta vez sin poder gritar—. Ve a buscarlo ahora mismo. Tienes que llegar al amanecer —resopla.

—Sí, jefe.

—Quiero que lo traigas vivo o muerto —enfatisa, susurrando.

—Como usted diga, jefe.

Consuelo y Mauro intercambian miradas que patentizan su desconcierto. No entienden lo que pasa por la mente de su moribundo líder.

X

HASTA QUE LA MUERTE LOS SEPARE

El teniente Lorenzo Atilio no imaginó cómo sería el enfrentamiento contra un enemigo tan despiadado, ni tampoco la guerra interior que lo esperaba. Viajar de Lima hasta el convulsionado departamento de Ayacucho fue lo más fácil de todo. En el avión militar lo acompañaron decenas de oficiales y soldados y toneladas de pertrechos militares. Prácticamente, tenían carta blanca para acabar con los guerrilleros que no daban tregua ni tenían intenciones de rendir las armas. Los atentados terroristas ya golpeaban a Lima y otras ciudades importantes del país. Había que poner fin a las hostilidades.

En la ciudad de Huamanga el desasosiego reinaba a sus anchas, y apenas se había tranquilizado con el poder militar que todo lo controlaba. Allí los pobladores les temían tanto a los militares como a los guerrilleros terroristas, y ese pavor ya se estaba apoderando de los campesinos en toda la región, quienes estaban entre una pared colmada de puntigudas estacas y una filuda espada que pretendía rebanarlos sin misericordia.

El teniente Atilio pasó muy pocos días en la capital del departamento. Cuando lo trasladaron a una lejana base militar su concepto de las acciones militares cambiarían para siempre. A veces se preguntaba qué hacía ahí, después de haber sido criado en el seno de una familia católica que le inculcó valores totalmente opuestos a las órdenes que recibía. Durante las próximas semanas su cerebro sería abrumado con las mismas palabras una y otra vez: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». «No matarás». «No

robarás». «No cometerás actos impuros». «No darás falsos testimonios». «¡Carajo! ¡Qué mierda hago aquí!», no se cansaba de musitar.

El piloto del helicóptero que lo llevaba a su base redujo ligeramente la velocidad cuando se cruzaron con otros dos helicópteros que estaban en sus cercanías. Atónitos, el teniente Atilio y los demás novatos vieron que de ambas aeronaves colgaban de las piernas un par de supuestos guerrilleros capturados. Estaban siendo interrogados mientras los amedrentaban con caer al vacío, atormentados con la idea de reventar sobre el duro terreno. «¡Carajo, qué mierda hago aquí!», pensó el teniente, anonadado.

Durante varios días recibieron un entrenamiento más específico para que pudieran cumplir con las misiones que los esperaban. Un día frío, cuando todavía no salía el sol, fueron despertados por el ruidoso traqueteo de numerosos helicópteros que se alistaban para salir. Tenían órdenes de ocupar algunas ciudades andinas que habían caído bajo el dominio de los guerrilleros. El torbellino no concluyó hasta que se encontraron en el aire en ruta hacia lo desconocido.

Al cabo de veinte minutos, justo al amanecer, aterrizaron intempestivamente, despertando a un pueblo olvidado donde ondeaban por doquier banderas rojas con la hoz y el martillo. En cuestión de segundos los militares arremetieron en tropel, recorriendo las calles, rompiendo puertas, reuniendo a hombres, mujeres y niños. El rebato duró largos minutos eternizados por la confusión, los gritos, los llantos y los balazos que tronaban y reventaban las cabezas de los que oponían resistencia. Los militares hacían lo que podían para reunir en la plaza principal a los indefensos habitantes, y para defenderse de los que atacaban con escopetas y granadas caseras llenas de clavos. No se sabía

quiénes formaban parte de la horda guerrillera ni quiénes eran pobladores sometidos. La locura continuó sin tregua. Cuando el teniente Atilio derribó estruendosamente una de las puertas, encontró a uno de los soldados violando salvajemente a una niña que ni siquiera había llegado a la pubertad. Por un instante, el sorprendido oficial pensó en despacharse de un tiro a ese desgraciado que lo miraba con el susto tatuado en las pupilas, con una mirada ebria que acompañaba con el tufo del ron que había desayunado, y del que no le quedaba ni una gota en la chata que escondía en el uniforme. «¡Lárgate de aquí, hijo de puta!», ordenó, con una rabia incontenible. La pobre niña, que se desangraba por una hemorragia vaginal incontrolable, no dejó de temblar ni de fijar su mirada en la de su momentáneo salvador hasta morir entre sus brazos. El teniente Atilio aspiró con fuerza para contener el llanto, clavado en los ojos entornados de la pequeña que quedaron observando la nada. Luego colocó a la exangüe niña sobre el piso helado, junto a sus padres, a quienes el desgraciado había asesinado. Cuando todo acabó, en diversas salas del local municipal encontraron a varios hombres y mujeres torturados, casi todos con vendas en los ojos, algunos desnudos y otros desharrapados, algunos vivos y otros muertos o a punto de morir; ellas estaban sexualmente violadas, rapadas o con los senos y genitales cercenados; ellos, desdentados, deslenguados, desmembrados o castrados. Los subversivos habían convertido la municipalidad en un centro de torturas e interrogatorios en vez de incendiarla, como solían hacer.

Al regresar a la base militar, el teniente Atilio no tardó en enfrentarse por primera vez a sus superiores.

—¡Carajo, teniente! —exclamó furioso un coronel detrás de su escritorio—. ¿Usted cree que estamos jugando a

las escondidas?! ¡¿Usted cree que estamos haciendo turismo en este maldito lugar?!

—Con todo respeto, mi coronel —empezó respondiendo el teniente Atilio—. No podemos dejar que la impunidad reine en la base —trató un diálogo eufemístico.

—¡Estamos en guerra contra unos terrucos de mierda, teniente! —vociferó el coronel, dando un manazo sobre el escritorio.

—¡Nos estamos pasando de la raya!, mi coronel —explotó el pundonoroso oficial.

—¡¿Está tratando de justificar a esos subversivos de mierda, teniente?!

—¡Una niña ha sido violada por un militar, y asesinada al igual que sus padres!, mi coronel —sepultó el eufemismo.

—Mire, teniente —dijo el coronel, más calmado—, voy a disculpar su majadería por esta única vez. Aquí tengo su informe y veré qué puedo hacer. Ahora, retírese.

—Sí, mi coronel —dijo el teniente Atilio, despidiéndose como lo manda el protocolo militar.

—Ese teniente nos va a dar dolores de cabeza, carajo —comentó el coronel a un comandante que también estaba en su oficina.

—Mejor lo trasladamos a una base contrasubversiva, mi coronel —sugirió el comandante.

—Es precisamente lo que estaba pensando —lo secundó, deseando destrizar el informe del teniente, archivándolo en el gabinete del olvido.

Al salir de la oficina del coronel, el teniente Atilio presentía que algo no andaba bien, intuía que en ese lugar su acuciosidad no sería valorada. Meditabundo, caminó por la base hasta llegar al edificio donde se hacían los interro-

gatorios. Bajo el lumbral de la entrada un cabo se interpuso en su camino.

—Disculpe, mi teniente —se cuadró—, el ingreso está restringido.

—Carajo, cabo, parece que quiere pasar la noche en el calabozo —continuó caminando sin que se lo impidiera.

Lentamente, el teniente se dirigió hacia el origen de unos gritos apenas audibles debido a la música bulliciosa que quería silenciarlos. Poco a poco se fueron intensificando hasta toparse con un amplio recinto que parecía un cuarto de hospital con catres metálicos. El olor a carne chamuscada invadía el ambiente, y el sonido de una descarga eléctrica era seguido de unos gritos horripilantes, dolorosos en grado sumo. Ahí descubrió a cuatro soldados, con los rostros embetunados, electrocutando alternativamente a dos presuntos subversivos que estaban desnudos, mojados, vendados y amarrados con alambres sobre un par de catres, torturándolos mientras los interrogaban; cuando le tocó el turno a uno de los desgraciados, dirigieron la descarga a sus testículos, o lo que quedaba de ellos; otro detenido yacía amarrado a una silla, amordazado, todavía precariamente vestido, obligado a ver el procedimiento tenebroso; uno más estaba en cuclillas en una esquina pestilente, sin pantalones, amarrado de una soga que colgaba del techo, defecando su disentería. Cuando los soldados se dieron cuenta de la presencia del teniente, detuvieron la tortura para mirarlo en silencio, silencio que de pronto pausó todo, menos la música. Nadie habló, nadie gritó, nadie se movió. El teniente Atilio, sedado por el pasmo, dio media vuelta y continuó su periplo en el tétrico lugar, en busca de más sujetos mancillados. Otros gritos sordos llamaron su atención, los que por momentos se intensificaban

extrañamente. En otro cuarto se espantó con el nuevo ensañamiento: había dos maltrechos subversivos atados de pies y manos, con sus harapos puestos, echados boca arriba, tenían sendas toallas húmedas en la cara; un pequeño grupo de soldados los torturaban rociando agua sobre las toallas, para que se apoderara de ellos el pánico de la angustiadora sensación del ahogamiento; a otro que colgaba de las piernas lo habían sumergido completamente en un recipiente lleno de agua sucia y detergente. El teniente no esperó a que se percataran de su presencia; muy cerca, una mujer gemía, pero no de placer, y otra clamaba misericordia, imploraba a los interrogadores: «Por diosito qui no sé nada». «Yo no conozco a nadies». «No mi maten, por mes hijitos, no mi maten». Descubrió a una pobre serrana semidesnuda, de espaldas, amarrada, sangrando por la vagina, con un palo de escoba metido en el recto que también sangraba, sin que les importara en lo más mínimo a sus torturadores, uno de los cuales se regocijaba con el sufrimiento de la capturada y los demás secundaban sonrientes su malvada fruición. Otra mujer, amordazada y rendida, de piel tersa y juvenil, estaba siendo violada por un soldado, mientras otros dos embetunados esperaban su turno, salivando su enfermiza arrechura. Cerca de ellas yacía el cuerpo exánime de una mujer diminuta, desnuda, teñida de rojo. El teniente Atilio no estaba dispuesto a tolerar ese salvaje e inaceptable vituperio; pero, antes de que pudiera intervenir, fue interrumpido por un capitán al que nunca había visto.

—¿Algún problema, teniente? —lo cogió del brazo y lo fulminó con la mirada.

—Si podemos llamar a eso problema, mi capitán —señaló la tortura, la violación y el asesinato.

—Tal vez usted quiera hacerse cargo de los interrogatorios —dijo, impasiblemente, con el mismo tono de voz.

—Prefiero el frente de batalla, capitán —salió asqueado y con profundo resquemor de ese lugar que estaba colmado de morbosos y sádicos psicópatas.

Un nuevo y efusivo reclamo a sus superiores aceleró su traslado. Cuando recibió la orden para ser trasladado, el teniente Atilio ya sabía que sus esfuerzos resultarían inútiles y que no le harían caso. Lo estaban enviando a una muerte casi segura, pero pedir su baja del servicio podría ser aún más peligroso. No se iba a rendir tan fácilmente. El país de todas las sangres se estaba desangrando y algo podría hacer al respecto. Primero tenían que destruir al enemigo común, las injusticias saldrían a flote después, estuviera él con vida o bajo tierra. «Por lo menos me envían a una base comandada por un mayor digno de respeto», pensaba durante su viaje en helicóptero. «Aunque también voy a estar bajo las órdenes de un capitán de mierda, carajo», se inflamó.

La base contrasubversiva estaba estratégicamente ubicada sobre una colina. Desde la cima quedaban al descubierto los valles ayacuchanos. Solo podían ser atacados por aire, pero los guerrilleros no contaban con apoyo aéreo ni misiles que los pudieran alcanzar. Los militares se encontraban a salvo ahí, pero tenían que patrullar los caminos y los pueblos que tenían a la vista o en las cercanías. No iban a permitir la avanzada de los insurgentes ni que tomaran las ciudades que protegían.

La base principal estaba a una gran distancia por lo que no contaban con la logística adecuada. Tenían que comprar sus alimentos en los pueblos que patrullaban o a los asustados campesinos de la zona.

El impertérrito mayor que estaba a cargo de la base contrasubversiva era un militar a carta cabal. El teniente Atilio estaba orgulloso de estar bajo su mando. En una oportunidad le confesó lo que había sucedido durante aquella infausta incursión. Le prometió su apoyo incondicional cuando la guerra finiquitara, ya que él también estaba hastiado de los abusos que se cometían. Pero su promesa quedaría trunca en un plazo muy breve. Durante uno de los patrullajes fueron emboscados por una hueste de insurgentes, quienes habían usado de señuelo algunas banderas rojas que colocaron en uno de esos pueblitos del valle. Cuando llegaron los refuerzos, muchos de los soldados habían perdido la vida, incluyendo el mayor.

El abyecto y rampante capitán, que se caracterizaba por ser un endilgador empedernido y que era capaz de cometer iniquidades aun en contra de su propia gente, tomó el puesto del mayor para desgracia de todos los que habían quedado bajo su mando. Alardeaba de haber torturado sin compasión a decenas de terroristas, y no veía las horas de hacer de las suyas o de ser trasladado nuevamente a la base principal para seguir haciéndolo, dándose ínfulas de que todos los subversivos cedían a sus interrogatorios. «Todos saben que es una mierda», se encendían los pensamientos del teniente Atilio. «Ha nacido en un lugar de mierda, ha vivido en un hogar de mierda, ha crecido en un barrio de mierda, ha sido un abusador de mierda, ahora lleva una vida de mierda en una guerra de mierda, y seguramente va a morir como una mierda», vaticinó.

El teniente Atilio por las noches despertaba sobresaltado al compás de las pesadillas que no lo dejaban dormir en paz. Tenía razones justificadas para estar con esa perturbación crónica que lo alteraba: los recuerdos que no podía

borrar de sus neuronas; la tensión permanente al patrullar; no saber, día tras día, si volvería a ver un nuevo amanecer. Las imágenes que daban forma a sus sueños se repetían casi todas las noches que no pasaba en vela: aquellos sujetos a punto de caer desde los helicópteros; la niña indefensa muriendo entre sus brazos; los pobladores inocentes que fueron torturados por los subversivos; los supuestos guerrilleros siendo torturados por los militares; pero sufría más con los gestos de los desconocidos muriendo abatidos por sus balas o por sus propias manos. Una esposa embarazada lo esperaba y eso le daba más deseos de seguir con vida. No quería morir ni quería estar ahí, pero sentía una fuerza más grande que él que lo acompañaba y sostenía y le daba la paciencia que necesitaba. Confiaba en Dios, pero también en su instinto de supervivencia y en su intuición, que para él eran las fuerzas ocultas más poderosas de los seres humanos.

Durante uno de esos patrullajes bajo su mando, se enfrentaron encarnizadamente a un grupo de rebeldes que trataba de huir hacia la selva. Estuvieron intercambiando balazos hasta que se les terminaron las municiones a los insurgentes. Algunos de ellos optaron por una lucha cuerpo a cuerpo que iban a perder de todos modos. Cuando los balazos dejaron de sonar, el teniente Atilio se dirigió hacia donde había continuado la lucha desesperada con los guerrilleros. De improviso, escuchó un tiro solitario; a los pocos segundos, otro más; poco después, otro. Al llegar supo lo que estaba sucediendo: el sargento y los soldados rasos que sobrevivieron estaban ultimando con sendos disparos en la nuca a los insurgentes que habían capturado o se habían rendido, a quienes los forzaban a mantenerse de rodillas o echados boca abajo.

—¡Alto el fuego, carajo! —ordenó el teniente, fuera de sus casillas, justo cuando estaban por volarle la cabeza a un furioso tipo desaliñado y mal afeitado que emitía gruñidos rabiosos, tratando de zafarse de los soldados que lo tenían sujetado y amarrado de pies y manos—. ¡¿Qué mierda creen que están haciendo?! —continuó vociferando.

—El capitán ordenó que no hiciéramos prisioneros, mi teniente —trató de justificar el sargento.

—¡Ustedes están bajo mis órdenes, carajo! ¡Aquí no vamos a asesinar a nadie! ¡Ni siquiera a estos hijos de puta!

—Sí, mi teniente —obedeció el sargento, sin titubear—. Solo permítame recordarle que no tenemos mucha agua ni comida, ni dónde meterlos.

—¡Eso ya lo veremos! ¡Ahora a moverse antes de que aparezcan más terrucos!

Cuando terminó de hablar, el sujeto a quien salvó de morir quedó mirándolo completamente estupefacto. No imaginó salir con vida de una situación así. «Carajo, le deben la vida al teniente Atilio», dijo el sargento. «Yo los hubiera matado a todos», concluyó.

En el camino se detuvieron brevemente frente a una finca de campesinos para obtener algo de la comida que necesitarían en la base contrasubversiva. A través de un soldado que servía de intérprete, el teniente les pidió de buena manera gallinas o pollos, papa y arroz. Sin embargo, una mujer que había estado dando de comer a las aves, enfrentó a su esposo para que negara rotundamente la solicitud del teniente.

—¡¿Qué está pasando, soldado?! —profirió el teniente, exigiendo una explicación.

—Tienen miedo y cólera, mi teniente.

—¿Cómo? —preguntó el teniente sorprendido.

—Miedo porque saben que llevamos a esos terrucos —dijo, señalando a los subversivos capturados que estaban siendo testigos de la conversación—, y cólera porque están cansados de que robemos sus víveres, mi teniente.

—Díales que a los terrucos los estamos llevando muy lejos de aquí y que no estamos en esta guerra para robarle a nadie —sacó un fajo de billetes que puso en las manos del campesino, quien se sorprendió por la largueza del militar.

«Deberíamos apoyarlos para ganarnos su confianza, carajo», pensó el teniente, tratando de encontrar una solución que acelerara el proceso de pacificación.

No tardaron en continuar su camino con los pocos víveres que pudieron obtener. Al llegar a la base contra-subversiva, el teniente enfrentó la ira de ese capitán que también se caracterizaba por su truculencia.

—¡Carajo, teniente! ¡Ahora vamos a tener que meter a todos estos terrucos en ese calabozo de mierda! —se cuestionó el capitán.

—Pero no podía dejar que los mataran de un balazo, mi capitán.

—Está bien, está bien. Todo fue un mal entendido —señaló—. Voy a pedir un helicóptero para que se los lleven lo antes posible; tal vez sepan más de lo que imaginamos —terminó diciendo, pensando en los interrogatorios a los que serían sometidos.

A la decena de guerrilleros capturados los enmarcaron de los tobillos y de una de sus manos para que casi no se pudieran mover. Esa noche solo les dieron de beber.

Al día siguiente fueron informados de que tardarían dos días en enviar un helicóptero para trasladar a los prisioneros. «Deberían estar muertos», pensó el capitán. Después ordenó que les dieran agua y algo para comer.

En la tarde, los insurgentes armaron un escándalo tremendo que llamó la atención del teniente Atilio. Al entrar a la pocilga en que se había transformado el calabozo, un gesto de repulsión le brotó del alma ante el ambiente irrespirable. Imaginó que las heces y los orines de los prisioneros eran los culpables de ese hedor mefítico.

—¿Por qué tanto alboroto, carajo?! —vociferó, con repugnancia.

—¿Por esta porquería que nos están dando para comer! —respondió el sujeto que casi muere asesinado cuando los capturaron.

—¿Putra madre! ¿Qué carajo es esto?! —gritó el teniente, dando una arcada al oler uno de los platos con tallarines que les habían llevado.

Con el plato en la mano fue directamente a la cocina para hallar alguna explicación.

—¿Se puede saber qué hay en esta mierda?! —gritó al cocinero.

—Pues... eso mismo, mi teniente —respondió con la mirada asustada.

—¿De qué estás hablando? —preguntó, extrañado.

—Es que algunos de los soldados están con diarrea, mi teniente.

—¿Les has dado excrementos para comer?! —preguntó, exaltado, sorprendido.

—Fue una orden del capitán, mi teniente —se defendió.

—¿Recojan esa mierda y denles algo decente, carajo! —ordenó—. Yo hablaré con el capitán.

—Sí, mi teniente —obedeció el cocinero.

Luego de enfrentarse al capitán nuevamente, el teniente Atilio regresó al calabozo. Los platos con el menjunje diarreico ya habían sido recogidos.

—Les van a traer algo mejor para comer. ¡Pórtense bien si no quieren que me arrepienta y los deje ayunando! — aseveró.

—Atilio. Extraño apellido el que te manejas, teniente — dijo el cautivo guerrillero a quien salvó de morir.

—Eso a ti no te interesa —respondió el comentario, sin quitarle la mirada de encima hasta que cerró la puerta tras de sí.

Poco antes del amanecer, la base contrasubversiva fue brutalmente atacada por un centenar de guerrilleros que se habían arrastrado cuesta arriba durante la noche, perfectamente camuflados con plantas andinas y amparados por una lluvia persistente. Sin tener tiempo para reaccionar ni preguntarse cómo habían burlado la vigilancia, las decenas de soldados amodorrados fueron cayendo como fichas de dominó. Las granadas, los disparos y los sonidos guturales de los insurgentes no iban a cesar hasta elidir el poderío militar de la base, eliminar a todos sus enemigos y liberar a sus compañeros en cautiverio.

La sorpresiva incursión guerrillera dio un respiro cuando los pocos militares que todavía seguían con vida se rindieron sin vacilación. Entre ellos estaba el capitán, agazapado bajo la sombra de los subversivos, suplicando que no lo mataran. Una mujer menuda, pero enérgica, lo miró con repudio, y sin ningún reparo le escupió la cara y se dispuso a meterle un tiro por la boca cuando la detuvo el subversivo que el teniente Atilio había salvado: «Este miserable merece una muerte lenta y dolorosa», ordenó, escupiéndolo y mirándolo con profundo desprecio. Inmediatamente, se arremolinaron alrededor del capitán unos quince guerrilleros prestos a cumplir la orden de su líder liberado, quien les dio la espalda para seguir recorriendo el

espeluznante campo de batalla. Lo insultaron rabiosamente; a patadas le rompieron algunas costillas y la mandíbula; le punzaron la espalda con un cuchillo; lo amarraron fuertemente de pies y manos a unas estacas con las piernas y los brazos extendidos; le destrozaron el uniforme hasta dejarlo desnudo; le marcaron dos equis con filudos cuchillos, una en la frente y otra en el pecho; le arrancaron algunos dientes de raíz con un alicate oxidado; después lo deslenguaron de un par de tajos mal hechos.

El indiferente líder guerrillero, a quien le importaba un rábano el altisonante sufrimiento del capitán, buscó al teniente Atilio para saber si todavía estaba con vida. Lo descubrió malherido un instante antes de que uno de los guerrilleros le diera el tiro de gracia. «¡Espera!», gritó a tiempo. «De ese me encargo yo». Se acercó, cogió la pistola del guerrillero y apuntó a la cabeza del teniente, quien esperaba impávido el tiro con los ojos abiertos.

Mientras tanto, un subversivo en plena pubertad se ensañó con el capitán: le cortó de cuajo ambas orejas y la nariz; otro, lo castró y le cercenó el pene de sendas cuchilladas.

El líder guerrillero se dirigió al teniente Atilio con una eufonía fuera de lugar: «Soy el camarada Lisandro, por si te interesa», disparó... al suelo. Ensondecido por la cercana detonación, el teniente fue perdiendo el conocimiento poco a poco, escuchando vagamente unos enloquecidos chillidos que anunciaban la espantosa muerte del capitán.

Finalmente, cuando el capitán deseaba estar más muerto que vivo y muy poco antes de irse al infierno, la mujer que lo escupió lo degolló lentamente hasta que expiró. Los demás subversivos se dedicaron a asesinar a los soldados que se rindieron y a los que se retorcían de dolor, incapacitados por sus heridas. Tras la macabra culminación de

su ataque, los guerrilleros se fueron de ahí, sordamente, a continuar su guerra perdida.

El teniente Atilio volvió en sí, brevemente, mientras era trasladado en helicóptero al hospital militar. «Mi teniente, usted fue el único sobreviviente», se hizo oír un sargento que iba a su lado, quien había logrado restañar una profunda herida de bala que tenía en el abdomen y que casi lo envía al más allá. «Esos terrucos conchasusmadres mataron a todos», continuó. «Si viera cómo quedó el capitán; lo dejaron hecho mierda», se desmayó el teniente.

El teniente Lorenzo Atilio no sabía que sus valerosas acciones bélicas lo iban a convertir en el militar que todos conocerían como Atila, en alusión a su apellido y al líder y guerrero huno que algunos historiadores pretenden reivindicar por sus cualidades que habían sido opacadas por su beligerancia; de cualquier modo, aquel controversial apodo iría acompañado de una valentía memorable, de diligencias conspicuas, de un sentido de justicia intachable y del terror legendario que causaría a quienes se atrevieran a ser sus enemigos. El camarada Lisandro sí sabía que sus pensamientos revolucionarios lo llevarían a liderar un movimiento insurgente de consecuencias históricas que vislumbraba gloriosas, pero que acabarían siendo nefastas.

XI

HACIA UN DESTINO IMPREDECIBLE

Una mañana de abril, fiel a la promesa que le hizo a su madre, Manuel San Miguel emprendió el largo viaje que lo llevaría a Ayacucho, donde lo esperaba doña Eugenia, la madrina con quien no tenía contacto desde que lo bautizaron a los pocos meses de nacer. Con lo poco que tenía, se enrumbo a la capital de ese departamento andino en un ómnibus de transporte público cuya estación quedaba en el centro de Lima, a pocas cuadras donde había perdido su niñez. Su mirada nostálgica recorrió una vez más los antiguos edificios coloniales, las casuchas que estaban por venirse abajo de un momento a otro, los locales comerciales que proliferaban por doquier, el desquiciado tráfico difícil de controlar, el aire oscurecido por la contaminación, los basurales que parecían ser siempre los mismos, a los miles de peatones que iban a sus centros de trabajo o venían de ellos, a los homosexuales que seguían prostituyéndose como si nadie se diera cuenta de su existencia, a los indigentes que se habían multiplicado, y a los niños y mendigos contrahechos que ahora ocupaban su lugar en las esquinas o en las plazas.

Al tomar la carretera Panamericana Sur pasó cerca del Colegio de La Inmaculada, cuyos terrenos llegaron a invadir durante el pamplonazo, ahora cercado por grandes muros de concreto que llegaban hasta el borde de los cerros. A la distancia, se despidió de su Villa El Salvador, de su madre que dejaba enterrada en un cementerio improvisado, de la chica de la linda sonrisa a quien nunca le dirigió la palabra. Sin ningún entusiasmo, observó la isla en

forma de ballena, las albuferas repletas de gaviotas, los balnearios donde veraneaban las familias pudientes, las casitas de esteras que iban asomando de las nuevas invasiones. Al cabo de algunas horas, cruzaron Chíncha sin detenerse hasta llegar a San Clemente, una ciudad en la desembocadura del río Pisco. Ahí viraron hacia el este, camino que los llevaría hasta Huamanga, la capital de Ayacucho. Viajaba cómodo porque estaba solo en el asiento para dos personas que le habían asignado. Entre los pasajeros había un anciano muy arropado a pesar del sofocante calor. Lo veía sudar sin quejarse, hasta que se dio cuenta de que no podía mover sus manos con facilidad. También viajaba solo, seguramente hacia donde vivían los familiares que cuidarían de él.

Cuando todavía seguían acompañados de las aguas del río Pisco, se detuvieron para almorzar en un sencillo restaurante para viajeros cerca de Huaytará. Todavía les esperaba un largo y empinado tramo para llegar a la ciudad andina. Al bajar, todos fueron en busca de los baños, excepto el viejito de las manos impedidas. El lastimoso anciano se alejó del ómnibus; poco después se quedó estático, con las manos en los bolsillos, orinándose en los pantalones, sin desviar su triste y avejentada mirada de las montañas que pronto remontarían, y seguramente avergonzado por el malestar que causaría en el extenso trayecto que quedaba.

Después de almorzar, y aún con algunos minutos para descansar, Manuel se acercó a charlar con un motociclista que tenía problemas con su armatoste, al que parecía estar desarmando para averiguar si se podría reparar.

—No hay que ser mecánico para saber que esa moto ya no da para más —inició la conversación.

—Esto me pasa por dármele de valiente —respondió el joven motociclista—. ¿A quién se le ocurre hacer un viaje en una moto vieja hasta Ayacucho?!

—Bueno, podrías haber llegado, pero no con eso —señaló Manuel la desvencijada motocicleta.

—Digamos que fue una herencia familiar —trató de buscar una excusa—. Ahora sí estoy en problemas, carajo —cambió de semblante.

—Yo que tú se la remato al dueño del restaurante —recomendó Manuel.

—Creo que tienes razón —aceptó la sugerencia.

—Y le digo al chofer que te lleve. Todavía hay un par de sitios libres —volvió a recomendarle Manuel.

—¡Vaya! Parece que me crucé con un asesor en el camino. Mucho gusto —estiró la mano—, me llamo Ramón Hernando.

—Y yo, Manuel San Miguel —selló la presentación con un apretón de manos.

Acompañados, continuaron el viaje hacia las alturas, contándose algo de sus vidas y mucho de sus aspiraciones. Sin notarlo, estaban sentando las bases de una amistad que sería sincera, pero no duradera.

Ramón había viajado con cierta frecuencia a Ayacucho y nunca lo afectaba el cambio de altitud; en cambio, el zig-zagueante y vertiginoso camino le estaba descomponiendo el cuerpo a Manuel. Al llegar a una de las abras y superar los 4000 metros de altura para remontar los andes, dejó de hablar por el soroche que se había apoderado de él. Solamente atinó a clavar su mirada ebria en las torres de alta tensión que se alzaban de manera inverosímil sobre los cerros, y en las áridas montañas que no tenían cuándo acabar. Así estuvo un rato hasta quedarse completamente dormido,

apoyando su adolorida cabeza en la fría ventana. Cuando despertó, el paisaje lunar de las alturas andinas que recordaba dio paso a otro de frondosos bosques de eucaliptos. A medida que se acercaban a Huamanga se incrementaba el verdor de árboles, plantas y sembríos y la presencia de los gráciles auquénidos que le daban vida a la región. Era evidente que la geografía había sido moldeada por fuerzas geológicas portentosas que han saturado el departamento de tajos abruptos y descomunales. Uno de los letreros lo confirmaba, señalando la cercana existencia de una falla visible. A los pocos minutos remontaron un puente que tenía que ser modificado con frecuencia porque pasaba por encima de esa hendidura imperfecta.

—¿Dónde piensas hospedarte? —preguntó Manuel.

—En una antigua casona colonial del centro con pensión completa. No cobran mucho y la atención es increíble. ¿Y tú? —indagó a su vez Ramón.

—En casa de una madrina que ni conozco. Pero por lo menos no me va a cobrar —señaló, conformándose con la idea.

—¡Putá, tú sí que eres lechero! —comentó Ramón, haciendo referencia a su buena suerte.

Después de los milagros que hizo el chofer para maniobrar en las angostas calles de Huamanga, llegaron a la estación que estaba al costado de un gran mercado a punto de cerrar ese día. Ahí se despidieron los amigos con la promesa de comunicarse para coordinar su ingreso a la universidad.

La casona colonial de la calle Lima, donde se hospedaba Ramón, más parecía un hotel bien establecido, aunque estaba restringida a personas solas o parejas sin niños. En la parte central había un patio espacioso con una hermosa

pileta rodeada de mesas con toldos de color de cabritilla. En el primer piso, además de los cuartos sencillos y funcionales, estaba el comedor donde servían los alimentos en horarios específicos. El segundo piso resaltaba por sus balcones coloniales y los retablos que adornaban escaleras y pasadizos. Los cuadros costumbristas y las plantas naturales que engalanaban las paredes le daban el toque que a Ramón le fascinaba.

Un taxi condujo a Manuel a través de unas callejuelas oscuras y solitarias donde el alumbrado público no funcionaba. Cuando descubrieron el número que buscaban, alumbrado por la luz de un foco que apenas lo iluminaba, se encontraron frente a una casa bonita de dimensiones diminutas. Luego de pagar la ínfima suma que le cobró el taxista, Manuel se dirigió a la entrada con cautela y tocó el timbre con timidez. Abrió la puerta una adolescente menuda que estampó sus ojos negros en los del tembleque visitante.

—Tú debes ser Manuel —dijo ella, sonriendo y emitiendo unas incipientes señales de coquetería.

—Y tú, ¿quién eres? —preguntó Manuel, abochornado, aturdido, a punto de perder la voz, el corazón y todos los sentidos.

—Me llamo Juanita, soy la hija de tu madrina —explicó la adolescente, quien tenía a Manuel al borde de su primer infarto.

—Mi madre nunca dijo que mi madrina tenía una hija —le temblaron la voz y los labios.

—Dios mío, ¡qué tal falta de comunicación! —elevó la mirada al cielo oscuro y meneó su cabecita—. Mi mamá me adoptó hace algunos años...; es tan linda ella.

—¿Se van a quedar ahí parados toda la noche? —preguntó una gruesa y enérgica voz femenina.

—Pasa, pasa —lo invitó Juanita, mucho más entusiasmada de lo que hubiera querido expresar.

Cuando estuvieron dentro, les dio el encuentro una mujer robusta y cuarentona que le dio un efusivo recibimiento al nuevo huésped de ese hogar huamanguino.

—Pero, muchacho, hace como veinte años que no te veo. ¡Pues sí que has crecido desde entonces! —dijo para darle más confianza a su ahijado.

—Gusto de verla, madrina —dijo, sonriente, al tiempo que se abrazaban y se daban un beso en los cachetes—, pero créame que no ha pasado tanto tiempo —aclaró.

—¡Conque ya conociste a Juanita! —puso sus manos en la cintura como si lo fuera a resondrar—. Pero no te hagas muchas ilusiones que a ella la cuido yo —dijo, fingiendo enojo, antes de que su ahijado intentara balbucear, provocando sonrisitas en los tres.

Doña Eugenia había enviudado casi al mismo tiempo y por las mismas circunstancias que la madre de Manuel. Fiel a sus principios, nunca más intentó seducir ni dejó ser seducida.

A Manuel le acondicionaron un cuarto ínfimo detrás de la cocina. El segundo piso solamente contaba con dos dormitorios minúsculos y un solo baño completo que todos tendrían que compartir. En el primer piso, la sala y el comedor ocupaban el mismo espacio, y sobre una de las paredes colgaba un Corazón de Jesús que doña Eugenia y Juanita veneraban. Por primera vez Manuel se daba ciertos lujos para vivir. Esa noche casi no pudo dormir, y no precisamente por el mate de coca que le invitaron (que le hubiera caído muy bien durante el viaje), sino por la adolescente que había hecho que la chica de la linda sonrisa de Lima pasara al olvido.

Para Manuel era un triunfo mantenerse erguido, sobre todo delante de Juanita. Era de su mismo tamaño con la pierna normal y le costaba tener la otra con el pie en puntilla. Nunca pudo hacerse los zapatos que necesitaba, ni cuando consiguió el puesto en el mercado de Villa El Salvador. Pero eso parecía no importarle a Juanita que había visto en su amigo las cualidades que lo resaltaban. Para él había sido amor a primera vista. Amaba todo de ella: su cuerpo delgado, que dejaba lucir un singular lunarcito sobre el hombro izquierdo, la brillante negrura de sus ojos vivaces, sus cabellos largos azabache, su mestizaje, otro lunarcito coqueto que le adornaba la comisura de la boca, su alegría permanente, sus ganas de vivir y salir adelante, sus altísimas aspiraciones, su benevolencia y altruismo. Para Juanita, quien era unos meses mayor, iba a ser un amor que crecería con el tiempo, a paso lento, pero seguro.

Ramón y Manuel se convirtieron en amigos inseparables. Cuando se levantó la huelga universitaria, juntos empezaron a luchar por sus objetivos profesionales. Se apoyaban incondicionalmente; se acompañaban durante sus viajes de estudio; y, casi siempre, compartían sus momentos libres con Juanita y Consuelo, una de sus primas, quien estudiaba educación al igual que ella.

La vida universitaria era bastante pacífica, salvo por las huelgas esporádicas y algunos profesores que, entre broma y broma o astutos comentarios, trataban de involucrar a los alumnos en una política de rebeldía —algo peligroso bajo una dictadura militar—. Políticamente, los cuatro tenían ideales similares. En el socialismo encontraron las soluciones que las masas necesitaban, aunque Ramón se sentía más inclinado por soluciones más drásticas que solamente el comunismo promovía. Bajo su indiscutible liderazgo

todos habían abandonado sus creencias religiosas. La catedral y las famosas iglesias ayacuchanas eran para ellos estructuras y símbolos obsoletos, simples atractivos turísticos que algún día dejarían de ser necesarios para los feligreses.

Doña Eugenia confiaba en el cuarteto de amigos, pero siempre se preocupaba cuando se iban de parranda o demoraban por las noches. Manuel había conseguido un trabajo en el taller del padre de Consuelo, donde tallaban preciosuras con la famosa Piedra de Huamanga, lo que le permitía tener un ingreso modesto y darse escapaditas con sus amigos. Ramón, por su parte, recibía una holgada pensión de su padre que le daba el tiempo que necesitaba para estudiar, reunirse con sus amigos, compenetrarse más con sus pensamientos políticos y consolidarse como el indiscutido e imprescindible líder estudiantil.

La vida en la pobre ciudad de Huamanga no era muy excitante que digamos, pero ellos sabían cómo pasarla bien. Les gustaba ir al Mirador de Acuchimay, el cual ofrece una vista espectacular de la ciudad y del inclinado aeropuerto construido sobre una meseta que termina abruptamente; y donde destacan un parque engalanado de hermosos arcos, una gran cruz y una imagen de Cristo níveos que proyectan su aura religiosa a un pueblo de tradiciones arraigadas (capaz de haber erigido treinta y tres iglesias y de celebrar una apoteósica Semana Santa de alcances sorprendentes). Ahí podían reconfortarse al sentir la fresca brisa ascendente, o impresionarse al observar las nubes descargando la lluvia sobre la ciudad, o viendo los rayos y escuchando los truenos de las tormentas que se anunciaban.

Cuando el atardecer tocaba las puertas de la ciudad, se aunaban a las decenas de personas que se agolpaban al lado

del Arco del Triunfo, comprando y saboreando con suma satisfacción el pan ancestral que los ayacuchanos preparaban y horneaban de la misma forma desde tiempos inmemoriales. No perdían ocasión para comer unos ricos anticuchos y picarones en un antiguo restaurante que estaba en la misma calle donde vivía Ramón. Difícilmente iban al cine porque no encontraban en las películas el atractivo suficiente para despertar en ellos algún indicio por la cinefilia, pero sí asistían con gusto a las actividades culturales organizadas por la municipalidad y la universidad.

Gracias a un clásico auto escarabajo que Ramón se animó a comprar, aprovechaban algunos fines de semana para disfrutar del ambiente rural ayacuchano y de sus espectaculares atractivos. A donde fueran, avistaban los abundantes nopales colmados de tunas que abundaban al lado de los caminos o cubriendo extensas laderas pedregosas, fruta de la cual Ayacucho era el mayor productor de la nación. Disfrutaban al saborear el delicioso, dulce y saludable fruto espinoso, y quedaban impresionados de ver viviendo entre los tunales a la famosa cochinilla, cotizado insecto en la industria del colorante. Por doquier también resaltaban los milagrosos árboles de molle, cuyas aplicaciones infinitas casi no eran aprovechadas por la humanidad.

En la calle Asamblea, una de las principales de Huamanga (que el futuro la transformaría en un pasaje peatonal), florecían decenas de tiendas, incluyendo librerías que vendían, entre otros, libros infamemente copiados. De vez en cuando, encontraban jóvenes embriagados en vías de graduarse de piltrafas, gormando huaycos alcoholizados mientras deambulaban, o durmiendo en el suelo sobre sus propios vómitos y embarrados de otras inmundicias. Esas imágenes también nutrían los ideales socialistas de los

cuatro amigos, quienes habían prometido ser artífices de algún proceso que acabaría con todas esas injusticias.

Pero las injusticias tenían que esperar. Cuando Manuel cumplió dieciocho años, el invierno siguiente, fue celebrado a lo grande en casa de doña Eugenia. Por fin tuvo la gran torta que siempre soñó. La disfrutó tanto como la puca picante y el qapchi que su madrina cocinó. Ramón y Consuelo, quienes estaban a un paso de convertirse en pareja, le obsequiaron un par de zapatos ortopédicos, hechos a su medida, que lo ayudarían a caminar y mejorar la cojera que ya le estaba dañando las caderas. Pero el mejor regalo de la velada lo recibiría antes de la medianoche. Cuando la pareja de amigos se retiró y su madrina dormía, Juanita y él se adueñaron de la pequeña sala. Ella se acercó lentamente, intercalando su mirada entre los ojos y los labios de su exaltado huésped. Dejándose besar, levitó hacia el cielo en el cual ya no creía. Los labios húmedos de Juanita se convirtieron en la bendición que había esperado siempre. Por fin descubría el dulce poder del primer beso. Pero no sabía qué hacer, por instantes quedaba laxado al borde del desvanecimiento; por otros, tan tenso que sentía que iba a erupcionar. «También es mi primera vez», confesó ella, cogiéndole la mano y poniéndola en su cintura de avispa. Así continuaron hasta que ella se levantó del mueble sin soltarlo de la mano. La coqueta sonrisa de Juanita iluminaba las tensas facciones del hombre que ahora también deseaba. De puntillas, para no despertar a doña Eugenia, se dirigieron al cuarto de Manuel donde los esperaba la cama bien tendida, sobre cuyo borde se sentaron tímidamente. Con la luz apagada, ella se desvistió para luego desvestirse a su trémulo y embelesado compañero. Debajo de las tibias sábanas y frazadas acabaron suavemente con su mutua

virginidad. Se quedaron dormidos hasta el glorioso amanecer, justo antes de que doña Eugenia cacareara su despertar.

Pero esa noche de gloria no había sido un deleite exclusivo del agasajado y su joven anfitriona. Al salir de la reunión, Ramón se atrevió a llevar a Consuelo a su diminuto territorio, sin disimular las intenciones que ella no rechazaba. Ambos sabían perfectamente que esa noche sería para ellos, desconociendo que sus entrañables amigos se les habían adelantado por breves minutos. Ni bien entraron al dormitorio, Ramón destapó una botella de pisco que había guardado para una ocasión especial, sirviendo el preciado licor de uva en unos vasos, también diminutos, que se vaciaban y llenaban con una rapidez embriagadora, como si trataran de macerar sus cuerpos y sus pensamientos que ya no aceptaban limitaciones. Entre trago y trago fueron desvistiendo sin apagar la luz, alucinando una delgadez mutua e imposible debido a esa borrachera impetuosa, y tratando de ahogar las carcajadas que estaban causando un escándalo. Ramón por fin se daba el gusto de jugar a su antojo con los voluminosos pechos de Consuelo que estaban tan desinhibidos como ella misma. A Ramón siempre le habían gustado más los senos que las nalgas o las piernas; era lo único que compartía con los gringos del imperialismo yanqui que tanto detestaba. Él no era muy diestro haciendo el amor y ella no había experimentado muchos de los placeres que el sexo podía ofrecer. El pisco, la altura y la noche helada que no sentían aceleraron el proceso amoroso al que no sacaron el mayor provecho, pero que fue suficiente para que ambos llegaran al clímax orgásmico más rápido de lo que tarda en tronar el rayo de una tormenta inminente, siendo la única vez en que uno de los pocos orgasmos de

Consuelo precediera a los del hombre que se estaba convirtiendo en el dueño de su voluntad, a niveles que pocas mujeres se atreverían a soportar.

Juanita había aprendido a amar a Manuel y lo haría mientras la vida la iluminara. Consuelo había aprendido a adorar a Ramón y lo haría hasta sucumbir en un infierno terrenal que jamás hubiera imaginado.

XII EN CAMINO HACIA EL EXILIO

Las circunstancias habían cambiado desde las expropiaciones durante la reforma agraria. María Jesús perdió las tierras que alquilaba. La Encantada quedó reducida a cincuenta hectáreas, y Alfonso Hernando dejó de recibir la mensualidad de su hermano. En vez de eso, el Estado les había otorgado unos bonos irrisorios que se devaluaban inexorablemente. Con suerte, alcanzaron a cubrir parte de la educación escolar privada de Diego y Juan Carlos. Aquello, sin embargo, no impidió que ambos terminaran convirtiéndose en presidentes de sus respectivas promociones, ni tampoco que fueran afortunados en el amor. Con algunas decepciones, desde la pubertad habían gozado de enamoramientos fugaces o duraderos. Su carácter extrovertido, su empatía, su dedicación a los deportes y su innata condición de líderes hacían de ellos hombres socialmente deseables.

La situación empeoró hasta el punto de tener que vender la casa donde vivían. Felizmente, llegaron a un acuerdo con los nuevos dueños y alquilaron el segundo piso, el cual quedó totalmente independiente al cabo de algunas semanas de remodelación.

María Jesús seguía dictando clases de inglés tanto por el gusto como por la necesidad. Durante la mayor parte del tiempo que disponía, se dedicaba a la repostería para ayudar con los gastos de la casa y con la educación de sus hijos. Por su parte, Alfonso había perdido a casi todos sus clientes de antaño, quienes empezaron a prescindir de su trabajo debido al vertiginoso avance de la tecnología. Yolanda, la empleada de toda la vida, dejó de vivir con ellos

desde que nació el primero de sus hijos, pero iba cada dos o tres meses a visitar o a colaborar con la familia.

Llegado el momento, Diego tuvo que dejar sus estudios de Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Lima. Algunos meses después ingresó a una gran empresa productora y comercializadora de alimentos de primera necesidad, lo que sacó de las penurias económicas a su familia y dio esperanzas para que Juan Carlos pudiera terminar de estudiar la secundaria en el mismo colegio.

Aquel trabajo le abrió las puertas de la tranquilidad que necesitaba para iniciar sus pininos en el campo del periodismo. Muy pronto empezó a publicar candentes artículos sobre las necesidades de la población indigente de los pueblos jóvenes y su exorbitante crecimiento. La democracia, nuevamente establecida en la nación, permitía una libertad de expresión que él estaba aprovechando. Su trabajo en la comercializadora le permitió acercarse a esa realidad que casi no conocía. No había olvidado su primer encuentro con ese mundo aquella oscurecida tarde de octubre en el centro de Lima, cuando cruzó su mirada con aquel niño que no debería haber estado allí limpiando los parabrisas de los autos.

Algún tiempo después ajustó sus horarios para estudiar Periodismo en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Ese mismo año el movimiento insurgente en Ayacucho hizo su aparición oficial, después de destruir el material electoral en Chuschi, un alejado poblado en la provincia ayacuchana de Cangallo.

Al principio, los estudiantes y profesores de la universidad nacional aceptaron con beneplácito los artículos que Diego publicaba, pero eso empezó a cambiar paulatinamente en la medida que criticaba más enérgicamente al

movimiento revolucionario con el cual simpatizaban. Diego no estaba de acuerdo con las acciones de violencia que no tardarían en extenderse a la capital y a otras ciudades. Cuando la situación se tornó insostenible tuvo que dejar de estudiar por segunda vez una carrera universitaria.

Continuó trabajando en la misma empresa y continuó escribiendo para el mismo periódico sin considerar las consecuencias. Esperaba encontrar el modo de reiniciar sus estudios lo antes posible. Aunque había cambios y tensiones, y apagones debido al derribo de torres de alumbrado eléctrico, no faltaban las prácticas en el gimnasio, las veladas en Miraflores, las hermosas mujeres a su lado y las reuniones con sus amistades.

En cierta ocasión los Hernando se dieron un merecido paseo a La Encantada. Al llegar fueron recibidos por los ladridos de la nueva generación de caninos y por Marcelo, Rebeca, Ricardo y Pamela, la hija adolescente del feliz matrimonio.

Después del alborotado recibimiento, entraron a la casa que no había sufrido mayores cambios. Una vez dentro, fueron gratamente sorprendidos por Gino Mazzotti, su bella esposa Micaela, con quien se casó poco después del primer cumpleaños de Ricardo, y por su hija Yessenia, una hermosa jovencita de tez canela y entrañable amiga de Pamela.

Esa noche, Micaela y Rebeca habían preparado papa a la huancaína, lomo saltado, el plato preferido de Diego, y helado de lúcuma con torta de chocolate de postre.

Diego no pudo dejar de fijarse en la subyugadora belleza de Yessenia. Por momentos se imaginaba, con razón, que había sido testigo de su concepción la noche en que don Gino hizo a Micaela suya para siempre. «De la reina nació

una princesa que algún día se convertirá en diosa», pensó Diego al mirarla, extasiado, pero sin pizca de picardía.

Cuando los Mazzotti se retiraron a su cercano fundo y todos ya estaban por dormir, Marcelo y Alfonso quedaron platicando mientras tomaban uno de los excelentes vinos de La Encantada.

—¿Qué sabes de Ramón? —preguntó Alfonso.

—Nada en absoluto. Parece que se lo ha tragado la tierra —respondió Marcelo, preocupado.

—Nunca más cobró los giros que le enviabas, ¿verdad? —preguntó Alfonso, sabiendo la respuesta.

—Ni respondió las cartas ni los telegramas. He ido varias veces a preguntar por él, pero nada. Una vez apareció, como un fantasma al que no pude ver, uno de los estudiantes que se esfumaron de la universidad, y después volvió a desaparecer misteriosamente. Inclusive hablé con una supuesta madrina del muchacho, y me juró que había conocido a Ramón. Después perdió la razón. Su hija también desapareció.

—Caray, Marcelo, lo siento mucho. Es un buen muchacho, con sus ideas, pero bueno —dijo Alfonso, recordándolo.

—Los de Seguridad del Estado siempre vienen o llaman —susurró.

—¿Creen que anda con los terrucos?

—Están seguros de eso, Alfonso. Ya lo andan buscando.

—Es para no creerlo.

—Pero... —titubeó Marcelo—, he recibido amenazas y si él estuviera involucrado no tendría por qué —enfaticó, preocupado.

—¿Amenazas? —preguntó Alfonso—. ¿De muerte?

—Sí. También están tratando de extorsionarme desde hace meses. No les hago caso, deben ser delincuentes comunes en busca de dinero fácil —aseguró para tranquilizarse.

—Me imagino que ya los denunciaste.

—Así es, pero no hay nada que las autoridades puedan hacer. Al menos, no por ahora. Estamos tomando precauciones. No queremos vender La Encantada.

Durante la madrugada, cuando todos dormían, súbitamente fueron despertados por los balazos y dinamitazos que una turba enfurecida de encapuchados estaba ocasionando. Entre el alboroto se escuchaban los vigorosos ladridos o los lúgubres aullidos de los perros que estaban siendo aniquilados, el interminable relincho de los caballos al ser acribillados, los graves mugidos de las reses que iban cayendo pesadamente, el estridente cacareo de las aves que se pisoteaban entre sí confundidas por las explosiones, el desesperado griterío de los azorados campesinos que no sabían por dónde huir. Instantes después escucharon las descargas que caían sobre la casa y los balazos que perforaban paredes y ventanas. En cuestión de segundos, las dos familias, aturdidas y desesperadas, salieron despavoridas de la casa por un pasaje oculto que los llevó hacia donde tenían estacionada una camioneta todoterreno. Apretujados en ella, salieron disparados atravesando el viñedo que Marcelo conocía muy bien. Desencajados, en pijamas y con la camioneta destechada por un dinamitazo, los ocho sobrevivientes viajaron a Lima sin detenerse, agradeciendo a la Virgen y a todos sus santos el haber salido con vida de ese lugar.

Cuando Marcelo regresó con las autoridades al día siguiente encontraron todo destruido, la casa humeando, las

aves y los animales muertos y, algo extraño y fuera de lo común: sobre las paredes que todavía quedaban en pie no había ninguna pintada revolucionaria ni símbolo político que identificara a los culpables. La Encantada quedó a la venta si es que alguien tenía el valor de comprarla.

Salir adelante bajo esas circunstancias era difícil, pero lo estaban logrando. Diego continuó escribiendo y trabajando en la misma empresa donde había ascendido en dos oportunidades. Unos meses después recibió la propuesta de publicar el compendio de sus artículos con el auspicio de una importante entidad cultural, la que aceptó sin pensarlo dos veces. La publicación fue limitada, pero exitosa.

Cuando todavía no terminaba de celebrar la publicación de su primer libro, empezó a recibir llamadas intimidantes en su centro laboral. Ni aun recordando lo sucedido en La Encantada se dejó amilanar y siguió llevando una vida casi normal, aunque tomaba precauciones y seguía sus instintos, especialmente cuando creía que lo andaban siguiendo.

Una calurosa mañana de verano, Diego estaba trotando alrededor del club de golf de San Isidro junto a Jasón, supreciado y descollante pastor alemán —que reemplazó a Zorro pocas semanas después de fallecer—. Cuando se encontraban sobre la Av. Coronel Portillo, al frente de la embajada de Cuba, la onda expansiva de una atronadora explosión los levantó en vilo con el poder eólico de un huracán descomunal, volando a merced del aire caliente hasta caer aturcidos sobre la vereda donde habían estado trotando. Aún en el suelo, y buscando con la mirada el origen de esa caótica situación, Diego pudo ver que de la extraña humareda se precipitaba hacia él un auto ciertamente amenazante. Con una inusual agilidad, se impulsó como un felino que da el último salto para coger a su presa,

trasponiendo el arbusto que sirve de lindero al club de golf, siendo seguido de cerca por su confundido can, evitando en lo posible los proyectiles de las rabiosas ametralladoras que sobresalían del auto agresor.

Diego salió indemne del ataque, como si una misteriosa fuerza lo hubiera protegido de los disparos y la explosión, pero su fiel mascota no había corrido con la misma suerte: muy mal herido y moribundo, pocos minutos después Jasón expiró entre los brazos de su amo a quien seguramente le había salvado la vida.

Las imágenes que quedaron parecían haber salido de una dantesca pesadilla o de algún documental grabado después de un bombardeo bélico: las aceras y pistas estaban cubiertas de cuerpos desmembrados, manchas de sangre, vidrios rotos, trozos de concreto, hojas de árboles y arbustos, restos de pólvora y cartuchos de balas y dinamita. Había gente por doquier gritando, vomitando, pidiendo ayuda, ofreciéndola. El tráfico se había detenido y no dejaba circular a las patrullas policiales, ni a los bomberos o los camiones de rescate.

Cuando el caos fue cediendo ante el orden mas no a la normalidad, Diego fue señalado como el blanco del atentado y trasladado a la comisaría para el inicio de las investigaciones. Su padre se había acoplado al caos en busca de Diego y no tardó mucho en estar a su lado, mientras su madre y su hermano esperaban ansiosos en casa por las noticias que no hubieran querido escuchar. ¿Había sido una mera coincidencia? ¿Alguien se estaba ensañando con los Hernando? ¿Estaría la organización terrorista de Ramón Hernando involucrada en los atentados que pretendían destruir a su familia? Hasta ese momento nadie podía responder a esas interrogantes.

Las autoridades, después de comprobar que el atentado pretendía eliminar a Diego Hernando, designaron a un grupo de custodios policiales que se turnarían para velar por su seguridad a toda hora del día. A pesar de ello, los Hernando estaban perdiendo las esperanzas de seguir en el país que amaban por encima de todas sus desgracias.

Las cosas se pusieron de mal en peor en la capital limeña. Los apagones, los atentados dinamiteros, las balaceras, los asesinatos y los raptos selectivos eran el pan de cada día. Los Hernando vivían prácticamente recluidos. Habían tomado la decisión de refugiarse en Arequipa primero, donde todo estaba más calmado, y tal vez en el extranjero más adelante. Estaban en crisis, pero siempre tenían presente que todas las crisis son temporales y que ninguna resiste la fuerza del optimismo.

Como la vida de Diego peligraba, él trataría de viajar a los Estados Unidos donde residían algunos familiares cercanos. España, la tierra de sus ancestros, era una puerta que quizás algún día tocaría.

La situación desesperante llegó a su clímax una mañana soleada que se convertiría en uno de los días más aciagos para el joven periodista limeño. Cuando regresaba del consulado de los Estados Unidos, sin éxito para obtener la visa que necesitaba, el custodio policial, que iba en el asiento del copiloto, notó por el espejo retrovisor que un auto los venía siguiendo desde que salieron del consulado. Modificaron la ruta y creyeron haber burlado a sus perseguidores, pero el alivio que sintieron se esfumó a pocas cuerdas del apartamento de San Isidro: dos carros les cerraron el paso intempestivamente, bloqueándolos por delante y por detrás, sin posibilidades para escapar. Sin dar tiempo a que el custodio policial pudiera disparar, arrojaron un cartucho

de dinamita que destruyó el lado derecho del vehículo que lanzó al custodio policial sobre Diego. Inmediatamente después los presuntos subversivos los ametrallaron con furia inaudita mientras huían, despedazando los vidrios del auto, convirtiéndolo en una coladora metálica sanguinolenta. Seguros de haberlos eliminado, los atacantes desaparecieron tan pronto como habían aparecido. A los pocos minutos los policías sacaron con dificultad el inerte cuerpo del custodio policial y al maltrecho Diego, quien estaba bañado con la sangre del pobre custodio policial que lo salvó de morir.

Después de recuperarse en la clínica Javier Prado de algunos cortes insignificantes y de unos cuantos rasguños punzantes ocasionados por sendos balazos, Diego volvió a intentar obtener la visa del país norteño. La negativa del cónsul fue tan tajante como la decisión de Diego de salir del país. Los acontecimientos habían demostrado que haría falta un ejército para que pudiera seguir con vida.

Diego estaba seguro de que el orden prevalecería sobre el caos, el bien sobre el mal, la paz sobre la violencia, la cordura sobre la insania, la justicia sobre la infamia. Tendría que exiliarse hasta que todo aquello se hiciera realidad. En los Estados Unidos podría alcanzar algunos de sus sueños. Por ahora necesitaba la paz y la seguridad que allí imperaban y nada ni nadie lo haría cambiar de parecer. Cruzar la frontera sería un gran desafío, pero estando allá se acogería al derecho de asilo político para sobrevivir. Las pruebas de su persecución implacable eran irrefutables.

En el consulado de México encontró la solución. La significativa influencia de un antiguo compañero de colegio que trabajaba ahí, permitió que en una semana Diego recibiera el pasaporte visado. Pero la nueva luz que alumbraba su camino se apagaría de una manera inverosímil en

el aeropuerto, cuando un oficial descubrió que se trataba de una visa falsa. «Eso no es posible, señor, la han emitido en el mismo consulado». El oficial lo reconoció, se apiadó de él. «Debería detenerlo para llegar al meollo del asunto, Sr. Hernando; retírese antes de que cambie de parecer», sentenció, dejándolo ir.

«No voy a dar marcha atrás, no voy a fracasar», pensó Diego al dirigirse al hotel Crillón durante el toque de queda, aprovechando la invitación vitalicia de Rodrigo García-Mesones de la cual todavía gozaba su familia, intentando superar en lo posible la frustración que lo embargaba. Compartía el taxi con unos turistas extranjeros que disfrutaban de la peligrosa noche y de un viaje escalofriante.

Su familia se disponía a viajar a Arequipa y todos lo imaginaban camino a México. No quería enfrentar a su amigo por lo de la visa, ni tampoco quería meterlo en un problema por tratar de ayudarlo. Si estaba haciendo algo indebido las autoridades lo descubrirían tarde o temprano, y si había sido un error pronto se darían cuenta de ello.

Impulsado por las circunstancias y por su carácter decidido, al día siguiente tomaría un ómnibus que lo llevaría a la ciudad norteña de Tumbes, frontera con Ecuador, un trayecto que podría ser más peligroso de lo que imaginaba. Si no podía viajar a Estados Unidos por avión y con visa, lo haría por tierra, de ilegal. Pasó parte de la noche acondicionando bolsillos camuflados en sus pantalones para esconder el dinero que llevaba. Una mochila impermeable que consiguió unos días antes, donde guardaba las pertenencias más valiosas y útiles que tenía, se convertiría en su inseparable compañera de viaje.

El ómnibus partió poco antes del anochecer. Atravesaron un peligroso serpiente conocido como Pasamayo,

donde eran frecuentes los derrumbes de arena y los desbarranques. Continuaron a través de los desiertos que caracterizan a la costa del Perú y que estaban salpicados de valles fértiles y pujantes. Diego apenas podía vislumbrar las tenues sombras de los cerros cercanos de aquella aridez, alumbrados por la Luna que estaba próxima a entrar a su fase llena, creyendo contemplar el contorno del mapa del Perú sobre su zona más oscura.

Esa amplia zona norteña se encontraba acosada por la escalada subversiva del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, que presionaba a los comerciantes y agricultores privados para que pagaran los llamados impuestos revolucionarios. A diferencia de Sendero Luminoso, cuyos desquiciados miembros pretendieron actuar como guerrilleros y fueron degradados a terroristas o subversivos, por lo menos ellos tenían pinta de guerrilleros y pretendían actuar como tales, buscando que el pueblo los elevara de terroristas o subversivos a la categoría de guerrilleros.

Cuando se encontraban próximos a Fortaleza, un puerto ubicado en el límite del departamento de Lima, el ómnibus fue forzado a detenerse por un contingente de tropas guerrilleras uniformadas y bien pertrechadas. El chofer fue obligado a abrir las puertas y solo atinó a enmudecer y a prender las luces interiores. Algunos de ellos, cubiertos con pasamontañas o con pañuelos rojos y blancos que mostraban su símbolo característico, subieron en tromba profiriendo una sarta de lisuras; otros rodearon el vehículo a trancos, apuntando sus armas indefinidas a los indefensos pasajeros.

—¡Apaga la luz, mierda! —gritó un guerrillero que aparentemente los lideraba, propinando un golpe con su fusil al asustado conductor—. ¡Solamente los hemos detenido para

hacer una inspección y recabar su colaboración voluntaria al movimiento revolucionario! —concluyó, gesticulando sus órdenes para que sus subordinados realizaran la colecta coercitiva.

En tres zancadas, el líder guerrillero, que también estaba cubierto con un pasamontañas que dejaba expuestos sus ojos y la boca, alumbró a Diego en la cara con una linterna que lo enceguecía. Al notar sus facciones nada amestizadas, le clavó una mirada llena de odio y volvió a expeler su vozarrón intimidatorio.

—¡Muéstrame tus documentos y dime a dónde vas, gringuito! —vociferó.

—A Tumbes, a visitar a unos amigos —obedeció, sin titubear.

—¿Cuánta plata llevas, blanquito?!

—Esto es todo —respondió, entregándole el dinero que había cambiado en Lima, sin mencionar los dólares que llevaba ocultos.

Luego de coger el dinero, el subversivo revisó el pequeño maletín y la mochila impermeable que llevaba. Esos fueron los instantes más dramáticos para Diego. Si el guerrillero se percataba de las informaciones periodísticas o de su libro, sencillamente le hubiera llegado el fin de su existencia.

—¡Solamente llevas esta basura?! —le preguntó, sin percatarse del contenido del material que llevaba—. ¡No tienes pinta de perucho! —continuó, rociando de saliva la cara de Diego.

—Pero lo soy, mi familia es del norte; es más, mi abuelo nació en Guadalupe.

Luego de una pausa tan silenciosa como angustiadora, el guerrillero finalmente soltó unas palabras antes de regresar por donde vinieron: «Te salvaste, blanquito, yo también soy

de Guadalupe». «¡Patria o muerte! ¡Venceremos!», lo siguieron los demás vitoreando a su movimiento armado. «¡El pueblo al poder!», se alejaron a trote.

Después de denunciar el hecho a las autoridades policiales de Fortaleza y recuperados de la amarga experiencia, continuaron el viaje sin mayores contratiempos. Atravesaron los terrenos de los antiguos reinos Chimú y Moche y el vasto desierto de Sechura, el más grande y caluroso del país, donde los algarrobos se habían desarrollado espléndidamente sobre miles de hectáreas bañadas por las copiosas lluvias del fenómeno de El Niño, el cual había refrescado su aridez casi impenetrable.

Al llegar a Tumbes (la ciudad desde donde Pizarro inició la conquista del Perú) Diego se hospedó en un hotel muy cerca de la hermosa Plaza de Armas, y al cabo de una cena opípara fue a su habitación a descansar con la placidez que había añorado durante el viaje.

Al día siguiente se dio el lujo de esperar el alba en el amplio balcón que sobresalía de su habitación, organizando sus pensamientos para dar los pasos más adecuados en el tramo internacional que iba a iniciar.

Diego no se percató de que había sido seguido y que estaba siendo observado por un miembro de una célula subversiva que descubrió su paradero. El camarada Osmán había dado órdenes de ubicarlo y asesinarlo. Sus órdenes debían ser cumplidas. Los sueños de Diego Hernando pendían de un hilo débil y tenebroso.

CUARTA PARTE

XIII EL INMORTAL

Una gota de lluvia entre las cejas, seguida por el retumbo de un trueno, sacan al general Atilio de la inconsciencia en que estaba sumergido. Al abrir los ojos, nota el relampagueo de una tormenta que ilumina esporádicamente una alargada fisura que está directamente encima de él. Sepultado parcialmente por la tierra que ha evitado su muerte por hipotermia, poco a poco va saliendo de su aturdimiento. Las gotas se multiplican a medida que la tormenta se acerca. Después de destaparse de la sábana pedregosa que lo cubre, sube por la fisura haciendo presión con las piernas y la espalda, sin saber de dónde está sacando la energía para realizar semejante esfuerzo. Dando un último impulso, queda tendido bajo la lluvia que lo está hidratando, bebiendo de ella con infinita satisfacción, emitiendo carcajadas silenciosas —como un loco de ciudad— que aspiran confundirse con el estruendoso amanecer.

La tormenta que está reviviendo al general es una intempestiva pesadilla para Mauro, quien conduce, y para Petizo, que lo acompaña en medio de su ebriedad, cabeceando, amortiguando los golpes que se da contra la ventana con la maraña que le cubre el cráneo, o exhalando bocanadas pestíferas al bostezar —se había desvelado chupando aguardiente que almacenaba en botijas y chacchando innumerables hojas de coca que tenía por costales en su casucha cochambrosa—.

Bajar por las laderas fangosas de la meseta iba a ser una aventura peligrosa y para ellos innecesaria. Tratar de hallar al general sería más difícil que buscar a Osama bin Laden

en Afganistán. Pero no tenían alternativa, su moribundo jefe se los había ordenado y ellos cumplirían la orden al pie de la letra.

Mauro no cesa de respingar —«¡Al carajo con el general!»—, no dejó de hacerlo durante todo el trayecto ni cuando llegaron, y seguiría haciéndolo más adelante. Nada lo calma, ni los huaynos ni las salsas que escuchan ocasionalmente. Está odiando la orden de su jefe más que al propio militar que tienen que encontrar.

Cuando la tormenta se va espantada de La boca del diablo, la camioneta resbala peligrosamente por la ladera y más de una vez estuvieron por desbarrancarse. Están arrepintiéndose de acatar la orden porque, encontraran o no al general, subir la cuesta iba a ser un escollo casi insuperable.

El general se recupera brevemente de su decaimiento, como si hubiera sido inyectado con adrenalina. Caminar sobre ese agreste terreno es una tortura inquisitorial para él. Tiene las manos y los pies ampollados y las piernas y los brazos adoloridos. La insolación le ha tensado la piel, y las heridas que visten su cuerpo ya empiezan a supurar.

Por su lado, los secuaces de Hernando paran en una saliente lodosa, observando la desolación fantasmal que tienen al frente. Con unos potentes binoculares escudriñan el área en busca del general a quien preferían olvidar de una vez por todas. Solamente notan que el terreno se está agrietando por todas partes, como si en cualquier momento fuera a colapsar para zambullirse en el infierno que habría debajo.

De repente, el general ve el fulgor de una luminosidad que por instantes lo enceguece. «¿Habrán venido a buscarme esos desgraciados?», se pregunta intrigado en un breve momento de lucidez. «¿O será otra alucinación de

mierda?», se desanima. Nada tiene que perder, así que se encamina, entre padre nuestros y ave marías, hacia aquel brillo indeterminado, sin hacer caso a las alimañas que se arrastran por todas partes, ni a las fuentes llenas de agua que anda pisoteando, ni a las gráciles gaviotas que revolotean a su alrededor, colmando su mente obtusa de graznidos, ni a los venados que de tanto en tanto lo observan fijamente; un atisbo de cordura le indica que son imágenes inasibles, espectros que surgen dentro de su cerebro exprimido. Está perdiendo la noción del tiempo y las distancias; simplemente, se ha convertido en un peregrino cansino rumbo hacia el templo de la supervivencia. Lo que no sabe el general drogado con el opio de su cansancio, es que su reloj rutilo, que ahora baila en su huesuda muñeca, y el reflejo de su encanecida barba de náufrago reciente están tratando de comunicarse con los que emiten los binoculares de los forajidos.

—¿Qué mierda es eso? —pregunta Mauro, al notar el extraño brillo en medio de La boca del diablo.

—¿De qué estás hablando, Mauro? —pregunta Petizo a su vez, confundido, ahuyentando el aire con su tufo asqueroso.

—No lo sé, algo brilla allá abajo.

—Uy chuchuy —dice Petizo, sonriendo—, no me digas que ya estás viendo cosas, Mauro.

—No seas cojudo, Petizo —lo insulta con gusto y luego agrega—: Allá hay algo.

—A ver, déjame ver —escruta con los binoculares hasta confirmar el brillante reflejo—. Puta que tienes razón, Mauro.

—Tal vez sean los restos del general —dice Mauro—. Vamos de una vez.

El general ya no ve el misterioso brillo, y sus alucinaciones se desvanecen tan pronto como habían surgido. El Sol lo está tostando sin conmiseración; su sudor exiguo trata en vano de fluir a través de sus poros achicharrados; su cuerpo está saturado de enconaduras; sus piernas pesan una tonelada y solamente las puede arrastrar; sus brazos, que cuelgan como anclas, trazan en el aire un incontrolable vaivén pendular. Letárgico, a los pocos minutos cae de bruces, abriéndose el pómulo derecho y rompiéndose la nariz. Se acaba de tropezar con un objeto que sobresale de la tierra. Al acercarse al curioso objeto, descubre, o cree descubrir, los huesos fosilizados de una mano que apunta hacia el firmamento. ¿Alguien más no había tenido la suerte de escapar de uno de los mortales abrazos terrestres? ¿Había debajo algún cuerpo apretujado de algún desgraciado que osó desafiar la ira del exguerrillero que estaba condenando al general? «¿Estaré alucinando?», piensa preocupado.

Mauro conduce malhumorado por esos caminos inextricables que no reconoce. Esquivar las grietas que se han abierto dondequiera es más difícil que evadir las piedras que aparecen como por arte de magia. Maldice dentro de sí por haberse metido a esa enorme dentadura infernal. «Y todo por ese general malparido, conchasumadre», piensa en voz alta, rezongando como nunca. «Todo sea por el jefe, pe», dice Petizo.

El general, en el limbo de la inconsciencia y la irracionalidad, está empeinado en sobrevivir. Recobrando su sexto sentido, porque de los otros había poco que rescatar, se levanta como puede para seguir arrastrándose con tenacidad sobre la fragura de La boca del diablo, como una lánguida momia a la que hubieran despertado de su sueño

eterno, tratando de llegar a uno de los vericuetos que lo sacara de ahí.

Mauro y Petizo de pronto quedan estupefactos al ver al esmirriado zombi de cinco estrellas. Sin lugar a dudas, La boca del diablo había cumplido con trillar cruelmente al general.

—¡Madrecita! —se persigna asustado Petizo—. ¿Qué es eso, Mauro? —se vuelve a persignar.

—No seas rosquete, ayúdame a subirlo a la camioneta —le dice Mauro, con indolencia, decepcionado por haber hallado con vida al general—. Aunque mejor le rompo el cuello; total, el jefe lo quiere vivo o muerto —dice, tentado.

En el preciso instante que lo sujetan, escuchan el ruido de una estampida subterránea que se acerca a ellos vertiginosamente. Petizo, al borde del colapso nervioso, se santigua tantas veces como puede con la mirada fija en la tenebrosa montaña. «¡El apu! ¡Está molesto el apu, Mauro!», grita Petizo desesperado. Cuando termina de hendir el aire con su mal aliento, la tierra se estremece y eructa lanzándolos por los aires, al igual que a la camioneta y las piedras que los rodean. Cuando aterrizan, corren despavoridos hacia el vehículo sin dejar de soltar al general que está por desfallecer. La alfombra de tierra y rocas entonces empieza a batirse ferozmente bajo sus pies. Cuando suben, La boca del diablo ya está temblando con inaudita brusquedad, emitiendo un ruido ensordecedor capaz de hacerles perder la razón. El catastrófico terremoto que los remece sin piedad está desfigurando la geografía ante ellos. Se forman nuevas grietas y otras desaparecen. Las enormes rocas ruedan sin control o son salvajemente devoradas, mientras que las más pequeñas zumban como proyectiles, llenando de hoyos la camioneta, rompiendo los vidrios y

atacándolos sin descanso. A Mauro le resulta imposible controlar el volante ante esa convulsión terrenal sin precedentes. Están a merced del azar y de las fuerzas que desconocen para no terminar desapareciendo bajo las entrañas. El general, despabilado por el movimiento telúrico, apenas puede sujetarse para no salir expelido por las ventanas. El ambiente se va oscureciendo rápidamente por los torbellinos de tierra que están quitando la escasa visibilidad. Ese sismo de inconmensurable magnitud no da visos de atenuar su ferocidad. Al cabo de dos minutos interminables cesa la diabólica trepidación para dar paso a un silencioso cementerio natural. Los maltrechos sobrevivientes tienen que esperar varios minutos para que se desvanezca la cortina de polvo que hay alrededor, descubriendo luego un panorama cernido con brutalidad. Lentamente, se va abriendo ante ellos la planicie en que se ha transformado el otrora tético lugar. No pueden entender por qué no han sido embocados por esa naturaleza hambrienta, ni cómo es posible que sigan con vida después de ese inaudito cataclismo. Ahora tienen que hallar la forma de salir de esa olla en la que han quedado capturados.

Pero el marasmo de la superficie no duraría mucho tiempo. Mientras Mauro y Petizo observan al general, quien se está poniendo el cinturón de seguridad y da algunos sorbos de agua de una botella que pudo salvar, escuchan, con extrañeza, un lejano rumor que se acerca.

—No otra vez —suplica Mauro observando el cielo y los alrededores.

—Ese ruido —empieza diciendo Petizo—, parece un huayco, carajo —finalizó, muy preocupado.

—Salgamos de aquí —dice el general, iluminado por un destello de claridad.

Un instante después de que el general Atilio musitara esa mezcla de orden y súplica, Petizo señala con el dedo algo que tienen al frente, y acto seguido restriega sus ojos con la mano izquierda y se mete un trago de aguardiente con la derecha, como si se tratara del último de su vida. Un grito aterrador saca del aturdimiento al trío de alelados: «¡¡¡Mierda!!!», estalla Mauro, a voz en cuello, encendiendo el motor para dar un giro de 180 grados. Está tratando de escapar, pero no de una imagen quimérica, sino de un huayco de proporciones cósmicas que se les viene encima. Esa monstruosa masa de tierra, lodo y rocas que se desliza de la montaña está cubriendo lo que queda de La boca del diablo. No habían podido notar que un gigantesco trozo de montaña se había desprendido y estaba empujando a esa masa informe que podía desaparecerlos de la faz de la Tierra. «Esto no debe estar pasando», piensa el general. «¡Ay mi Taita Dios, acuérdate de mí!», farfulla Petizo, repetidamente, sin dejar de persignarse. Mauro conduce tan rápido como puede, enfrascado en buscar lo que hubiera quedado de la trocha por donde bajaron. «Putá madre, de esta no salimos», piensa Mauro, observando por el espejo retrovisor al alud terrestre que les pisa los talones. Cuando descubre el camino, trata de subir sin aminorar la velocidad. Repentinamente, escuchan un ruido espantoso que los envuelve mientras son arrastrados, con extrema violencia, hacia la cima de la meseta por ese megahuayco terrorífico. Estupefactos, son proyectados a una velocidad incalculable, girando en el aire como si hubieran sido absorbidos por un portentoso tornado, deglutidos por esa vorágine monstruosa de elementos terrestres que trata de consumirlos tan rápidamente como el pavor colectivo que se ha apoderado de ellos.

Cuando por fin reina la calma por segunda vez ese día impetuoso, la camioneta queda recostada sobre una pared rocosa. El general está consciente, aferrando su preciada botella de agua. Mauro se retuerce de dolor en el volante, apretujado por la bolsa de aire, pero no está gravemente herido. El desafortunado Petizo yace sentado en su sitio, desnucado y con un forado en la cabeza por donde escurre lo que le queda de masa encefálica.

Parcialmente recuperados, Mauro hace unas maniobras con pericia que enderezan la camioneta, luego coloca el cuerpo de Petizo en la cabina posterior, e inmediatamente después emprenden el regreso a la casa del antiguo jefe guerrillero. Detrás de ellos ha quedado el gigantesco trozo de montaña, cubriendo los desaparecidos restos de La boca del diablo.

XIV
SENDEROS OPUESTOS

Al lanzarse al barranco de aquella colina, Manuel San Miguel ahuyentó para siempre la acrofobia a la que había enfrentado toda su vida. Ni siquiera esperó a recuperarse de los golpes para continuar escapando. Armado de adrenalina caminó con una impetuosidad casi demencial, dejando de lado el sufrimiento que le causaban las múltiples contusiones, una fisura en el fémur de su pierna derecha y otra en el antebrazo del mismo lado. Cuando creyó que por fin estaba lo suficientemente alejado de los guerrilleros, se detuvo para descansar y buscar una rama que usaría de bastón. Caminó hasta el amanecer, atravesando una quebrada sombría y solitaria. El dolor de Manuel se extendía mucho más allá que el de los golpes severos y los huesos rotos; una profunda aflicción le estaba carcomiendo cada célula de su cuerpo lacerado, cada neurona de su cerebro atosigado.

Cuando el tibio sol de la mañana espantó la luna fantasmal y lo reconfortaba, descubrió agradecido una de esas casuchas andinas que hay salpicadas entre las montañas ayacuchanas. Hablando en quechua al explicar que andaba perdido, la familia que lo cobijó no escatimó en brindarle todo lo que necesitaba ni en aliviarlo en lo posible de sus magulladuras. Ahí se quedó hasta que un amable comerciante de arroz y azúcar lo llevó en su camioncito hasta una población cercana. En ella, el vigoroso y afable alcalde lo hospedó hasta que quedó completamente restablecido. No tuvo que dar la cara ante policías o militares porque en ese pintoresco pueblecito tampoco existían.

Al llegar a Huamanga, Manuel tuvo que enfrentarse a los interrogatorios de la guardia civil, generados más por la curiosidad que por la preocupación. Había denuncias de familiares por la desaparición de algunos estudiantes y profesores, y él estaba entre los desaparecidos. Solamente empezaron a tomar en cuenta sus “fantasías” cuando mencionó el brutal asesinato de Juanita. La única que le creía era doña Eugenia, a quien la llevaron para corroborar sus historias. Ella jamás saldría de su tristeza crónica al enterarse de la brutal muerte de su única hija.

—¿Pretendes que te crea? —preguntó el camarada Osmán al camarada Lisandro, después de explicarle que Manuel había saltado de la colina.

—No tendría por qué mentirle, camarada —respondió el camarada Lisandro, sin despegar la mirada de su jefe.

—Tendré que creerte —dijo—; si no fue así todos nos arrepentiremos, pero tú más que nadie —dijo, amenazante.

Cuando ocuparon el siguiente pueblo olvidado, llegó en su destartado camioncito el comerciante de arroz y azúcar que había ayudado a Manuel. Sorprendido por la ocupación, los consideró unos meros delincuentes a quienes podría desafiar. Él no se iba a dejar amedrentar por nadie, como siempre había sucedido. Confiaba en su enérgico carácter, en su don de convicción y, por último, en la valentía que más de una vez había demostrado. De buena manera, al principio, los subversivos le pidieron que donara su cargamento a favor de la revolución. «¿Donar mi cargamento? Debe ser una broma; a lo más les podría vender unos cuantos quintales», les dijo sin medir las consecuencias. Furiosos, los insurgentes le dieron de culatazos, le amarraron las manos y lo llevaron ante el camarada Osmán. Tratando de

liberarse a la fuerza, enfrentó la furia alienante del jefe terrorista.

—¿Te atreves a subestimar el poder de nuestra causa?
—dijo el camarada Osmán antes de explotar.

—¡Son una sarta de delincuentes! —sentenció su muerte el comerciante.

—¡Reúnan al pueblo en la plaza, carajo! —erupcionó el pequeño líder.

En pocos minutos, los habitantes y los terroristas rodearon la diminuta plaza mayor del lugar. Emulando anteriores rituales sanguinarios en ese y otros desafortunados villorrios andinos, al comerciante lo forzaron a quedar arrodillado. Por más que forcejeaba, las dos cuerdas que lo sujetaban del cuello, como si fuera una bestia rabiosa, impedían que se pusiera de pie.

—¡Ante nosotros tenemos a un perro miserable del antiguo orden! —vociferó en quechua el camarada Osmán. ¡El antiguo orden debe desaparecer! ¡Y también los perros que lo sirven!

—¡Suéltlenme, desgraciados! —gritó a todo pulmón el comerciante, también en quechua, sin imaginar lo que tramaban hacer con él.

—¡Este perro miserable no entiende que todo lo que somos y todo lo que tenemos forma parte del nuevo orden que estamos forjando! —lo vituperó ante el silencio mortuorio que todo lo cubría.

—¡Están locos, todos ustedes están locos! —aceleró su sentencia.

—¡Este perro no merece que gastemos nuestras balas ni nuestras piedras en él! —dijo el camarada Osmán haciendo referencia al modo en que habían triturado a las autoridades.

A una mirada suya, un subversivo empezó a darle azotes con un látigo de cuero de res, pero como el pobre comerciante seguía gritando sus insultos, el camarada Osmán detuvo de pronto los latigazos. Poniéndose de espaldas al comerciante, sin que hicieran mella en él las aterradas miradas que lo seguían, el camarada Osmán lo cogió fuertemente de las mechas, sacó un filoso y enorme cuchillo y lo degolló de un solo tajo. Luego lo soltó, lo mismo que hicieron quienes lo tenían de las cuerdas, y esperaron con paciencia a que su cuerpo dejara de saltar y temblar mientras se desangraba. Después se embadurnó las manos de sangre para manchar las caras de algunos pobladores, sin distinciones de sexo ni edades. Muchos de los hombres, mujeres y niños nunca más despertarían de las pesadillas que empezaban a marcarlos de por vida.

La vida de Manuel había dado un vuelco impresionante. Se filtró al periodismo la noticia que había sido encontrado uno de los estudiantes que desaparecieron de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga. Doña Eugenia se convirtió en el centro de atención de las publicaciones urbanas. En pocos días algunas emisoras radiales y televisivas daban cuenta de la existencia de un testigo de una insurgencia incipiente. Las autoridades locales desmentían los hechos o no les daban la importancia debida a las incidencias declaradas. El Gobierno democrático recientemente instaurado no se daba por enterado o no quería hacerlo, y estaba tardando demasiado en esculcar la presencia subversiva.

Para Marcelo, el padre de Ramón, era una luz que no veía en mucho tiempo. ¿Tendría la posibilidad de saber de su hijo? Había viajado en su busca un sinnúmero de veces y haría cuántos viajes fueran necesarios para averiguar su

paradero, o para saber si seguía con vida. Habló con doña Eugenia antes de que la internaran en un manicomio. Es-pulgó toda información disponible. Pero cuando buscó al estudiante del que hablaba la prensa, había desaparecido o jamás había existido.

Ante la duda de sus declaraciones, y en el mayor sigilo, Manuel fue trasladado a Lima, donde sería interrogado por investigadores del Servicio de Inteligencia Nacional. Repetidas veces dijo lo que sabía: mencionó la forma en que los habían secuestrado, dio los nombres de los cabecillas que conocía, indicó los lugares que habían subyugado, detalló las atrocidades que habían cometido, narró cómo había escapado y pormenorizó la terrible muerte de su enamorada. Durante semanas lo interrogaron. Era bien tratado, les parecía un muchacho sincero, pero dudaban de que todo fuera cierto. Creían que mucho de eso lo había inventado por haberse arrepentido de su afiliación a una insurgencia de la que nadie tenía razón y la que nadie había denunciado.

Poco después las autoridades fueron sorprendidas por la incursión subversiva en el poblado de Chuschi. Tarde comprenderían que las declaraciones de Manuel San Miguel no habían sido fruto de su imaginación, y tarde comprobarían los hechos sangrientos y terroríficos que había narrado hasta el cansancio.

El Gobierno tardó mucho tiempo en decidir el destino de Manuel. Lo mantuvieron incomunicado durante varios meses, pero no lo podían considerar un subversivo y menos un delincuente. No había poder en el sistema que lo pudiera enjuiciar, ni poder en las calles que lo mantuviera con vida después de sus declaraciones. Al cabo de infinitas gestiones, a Manuel le cambiaron la identidad, lo trasladaron a un lugar en el que no quería vivir, lo hicieron estudiar una

profesión que no lo satisfacía y lo obligaron a trabajar en un puesto burocrático que detestaba. Hubiera preferido ser un errabundo, pero no se lo permitían. No le quedaba ningún aliciente y le habían cambiado la vida, pero por lo menos seguía con ella.

Durante años los camaradas Osmán y Lisandro siguieron juntos las premisas del pensamiento de su omnisciente presidente. Formaban a los que comandaban las huestes terroristas en diversas regiones del país. Eran inflexibles, valerosos y sanguinarios, y gracias a eso habían cimentado su posición de preeminentes líderes de esa revolución cada vez más alejada de la cordura y el sentido común.

Cuando Ramón se enteró del atentado que sufrió su familia en La Encantada, su ira no hubiera podido ser contenida ni siquiera en el infierno en el que no creía. Los dirigentes de su revolución le aseguraron que sus células no habían estado involucradas y que todos tenían órdenes estrictas de respetar a los miembros de su familia. Ramón estaba decidido a enfrentarse, hasta las últimas consecuencias, contra el grupo envuelto en semejante osadía. Sabía que el movimiento revolucionario que operaba en la costa aún no iniciaba acciones militares contra los civiles, pero él averiguaría si eso no era cierto. Sin embargo, los esfuerzos del poderoso camarada Lisandro no se vieron recompensados. Cuando su primo favorito sufrió los dos atentados que casi le cuestan la vida, tampoco pudo descubrir al causante. Estuvo ofuscado y a la vez intrigado hasta que el jefe de una célula, quien le tenía una lealtad absoluta, se comunicó con él por radio poco antes de que Diego cruzara la frontera a Ecuador. Había recibido una orden para ejecutar a su pariente. Los detalles que le dio lo sorprendieron y decepcionaron, revocando la orden para asesinarlo. Al salvar

la vida de su primo favorito, Ramón Hernando iba a tomar una decisión que también cambiaría la suya.

—Camarada —se dirigió el camarada Lisandro al camarada Osmán, quien estaba terminando de almorzar con un grupo de líderes en el restaurante de uno de los pueblos que avasallaban.

—Dime, camarada —dijo, al terminar de sorber un poco de chicha de jora.

—Por fin descubrí al culpable de los atentados a mi familia —siguió, con una seriedad intimidatoria.

—¡Vaya! —dijo el camarada Osmán—. Eso es algo que todos los que estamos aquí quisiéramos saber —señaló, sin inmutarse.

—Creo que usted lo sabe perfectamente —le dijo el camarada Lisandro, despojándolo del título.

—¿Yo? —se sorprendió—. ¿Por qué tendría que saberlo? —se puso nervioso.

—Porque tú los ordenaste —lo tuteó.

—Debes estar bromeando, camarada —replicó el jefe terrorista.

—¿Lo niegas entonces? —preguntó el camarada Lisandro, tratando de desenmascararlo.

—¿Es verdad, camarada? —preguntó uno de los líderes antes de que pudiera seguir defendiéndose.

—¡No están muertos! —gritó, levantándose bruscamente de la mesa, desafiando al camarada Lisandro con la mirada inyectada.

—¡Casi matas a mi padre! ¡Y acabo de salvar a mi primo, traidor! —vociferó Ramón Hernando, rociando de saliva la cara tiesa del camarada Osmán.

—¡Te estaba haciendo un favor! —confesó—. ¡No necesitas a tu familia en el nuevo Estado! —se desencajó.

Los otros líderes quedaron pasmados ante tales declaraciones. Si bien es cierto que promovían el predominio de las clases y no de los individuos, habían aceptado respetar la vida de los familiares, siempre y cuando no fueran actores directos, como militares, policías o funcionarios.

—¡Has violado un acuerdo de base que te convierte en un perro traidor! —confirmó el camarada Lisandro.

—¡Y tú violaste otro al no aniquilar a un cobarde desertor! —acotó el camarada Osmán.

—No hay mucho que tengas que decir, profesor.

—¡Tomé la decisión correcta! —dirigió la mirada a los otros líderes, quienes habían alejado sus sillas del camarada Osmán.

Cuando volteó para seguir enfrentando al camarada Lisandro, él ya estaba apuntándole la cabeza con su potente pistola.

—No vas a disparar —lo desafió.

—No debería —dijo—. Mereces morir degollado como un perro miserable, o colgado de un árbol como un traidor —lo atravesó con el odio de su mirada.

—No lo harás —lo miró fijamente—. Soy tu superior y seguiré siéndolo.

—Ya no más —disparó el camarada Lisandro con frialdad, sin perdonar la perfidia del excamarada Osmán, salpicándose de sangre cuando salió catapultado hasta quedar tendido en el suelo, pudriéndose en su propio infierno, con las extremidades extendidas clamando su descuartizamiento, tiñéndose de rojo con el líquido sanguinolento que le brotaba a borbotones de su tercer ojo, mientras los otros dos yacían inertes y desorbitados.

—¡Viva el camarada Lisandro! —vitoreó uno de los insurgentes al ponerse de pie.

—¡Viva el camarada Lisandro! —corearon los demás, levantándose de sus asientos y brindando por su nuevo líder.

Después de eso, dos de ellos cogieron al muerto de los pies y lo arrastraron hasta la plaza mayor, dejando una estela rojiza por el camino. Cuando llegaron, otro insurgente alcanzó la soga con la que colgaron al traidor.

Había empezado una nueva y más poderosa era para el camarada Lisandro. Algún tiempo después, Consuelo iría a gobernar un remoto y clandestino lugar de Ayacucho, cuidando orgullosamente la descendencia de su adorado líder y esposo.

Por su parte, Diego Hernando había iniciado una odisea que algún día se animaría a contar, donde detallaría aquel episodio de su propia historia, de sus propios sueños..., los sueños de un ilegal.

XV

DE EL PURGATORIO AL INFIERNO

El intachable historial militar del comandante Atilio le permitió ocupar el importante puesto que deseaba en el Servicio de Inteligencia del Ejército. Mientras estuvo en el frente de batalla, tratando de acabar con el sanguinario enemigo que había sido socavado la estabilidad emocional de los peruanos, se caracterizó por su temeraria forma de defender a sus subordinados y por ser seguido durante los combates, no por seguir. Su valor era tan legendario como el apodo que le habían puesto. Había estado liberando las zonas ocupadas por los subversivos y tratando de capturar a sus líderes. El camarada Lisandro, sin lugar a dudas uno de los más feroces, era su objetivo principal. El haberse salvado mutuamente la vida aquella vez sin duda había abierto entre ellos un sendero que los enfrentaría sin remedio y, posiblemente, había modificado en alguna medida la historia de todo un pueblo.

El repliegue de los subversivos hacia las zonas selváticas era un indicio de que estaban perdiendo la guerra. Su enervamiento era evidente. Los narcotraficantes que operaban en la zona no veían con buena cara el acercamiento de las batallas sobre los terrenos controlados por su imperio maligno, pero no tenían muchas alternativas. Al principio apoyarían a los desesperados guerrilleros para sacar el mayor provecho posible de la situación, pero después verían la forma de aniquilarlos y acabar así con la intromisión de los militares en sus negocios fraudulentos.

Por enésima vez el comandante Atilio analizó informes que aseguraban la ubicación del camarada Lisandro, pero

había sido imposible capturarlo. Ahora todo indicaba que se encontraba en un enclave selvático entre los departamentos de Junín y Cusco. Después de tantear su situación, organizó un operativo relámpago infalible para evitar su cambio de posición.

El operativo “Salto del puma” se llevó a cabo antes del amanecer de un despejado día primaveral. Aviones militares con centenares de paracaidistas despegaron de una cercana base cusqueña.

Armados hasta los dientes y con sus fusiles automáticos listos para responder ante un presunto ataque terrestre, los paracaidistas se lanzaron hacia la lóbrega jungla. Pocos segundos después estaban recibiendo zumbadoras balas que provenían de la oscuridad alterada por destellantes reflejos de las armas de sus atacantes. No sabían si se estaban enfrentando a los guerrilleros que buscaban o a narcotraficantes sorprendidos. Disparando sus armas a discreción desde el aire, los militares pudieron tomar sus posiciones detrás de los agresores, como había estado planeado. A pesar de las decenas de bajas, la encarnizada batalla no cesó hasta que los agresores se batieron en retirada, sin saber que un comando estaría esperándolos del otro lado. Se pudo comprobar que los cadáveres y heridos formaban parte de un numeroso grupo subversivo, quizás comandado por el camarada Lisandro.

Se inició una persecución impetuosa hasta que los subversivos quedaron flanqueados en una lucha desesperada que estaban por perder. Siguiendo con la estrategia militar, los diezmados guerrilleros fueron rodeados hasta su rendición. Entre los heridos por fin descubrieron al escurridizo camarada Lisandro.

Había sido un día glorioso para el comandante Atilio y el día más aciago para su rival. Su captura se convirtió en una de las más importantes desde que empezó su sangrienta y demencial revolución. La era del camarada Lisandro había terminado y su guerra de guerrillas iba directamente a su declive ineludible.

Después de ser humillado ante el mundo y de ser sometido a un chequeo médico completo, Ramón Hernando fue velozmente ajusticiado en un foro militar y sentenciado a cadena perpetua. Su condena la cumpliría en El Purgatorio, un nuevo penal bautizado por el militar con el que había rivalizado y que, finalmente, lo había capturado. Sin embargo, la historia del estudiante acomodado zambullido en guerrillero terrorista no había terminado.

A raíz del amotinamiento y matanza de los penales en junio de 1986, el Estado decidió construir un inexpugnable penal militar, a prueba de revueltas, escapes y rescates, donde se encarcelarían a algunos de los guerrilleros terroristas más importantes y peligrosos. El Purgatorio, ubicado dentro de las formaciones rocosas de la tristemente célebre isla El Frontón y sobre las ruinas del antiguo penal, se consideró también una obra arquitectónica singular, tanto por su dificultad como por sus características. Ramón Hernando se convirtió en su primer huésped. No mucho después lo seguirían otros líderes subversivos, pero nunca su presidente.

La vida en El Purgatorio era digna de su nombre. El aislamiento total de Ramón Hernando fue una medida inicial para doblegar por completo su otrora indomable personalidad. Durante varios meses solamente tuvo la oportunidad de comunicarse consigo mismo y con su abogado que lo visitaba esporádicamente, el único contacto con el mundo

exterior. La soledad, que era su peor castigo, lo llevó hacia un mutismo temporal. Sus movimientos eran monitoreados las 24 horas y nadie se acercaba a él. Le daban vitaminas y alimentos saludables tres veces al día a través de la clásica abertura inferior de la puerta de su celda. Dentro, contaba con una cama de una plaza, un lavatorio con agua potable y un inodoro. Le habían proporcionado todo lo necesario para mantenerse limpio y saludable, incluyendo varias mudas del disfraz de cebra que usaba. Trataba de mantenerse en forma, caminando de un lado a otro, haciendo lagartijas o abdominales. Pero a veces parecía que perdía la razón porque despertaba o se acostaba con una furia incontenible, hasta el grado de mesar frenéticamente su barba o los cabellos que se le estaban encaneciendo rápidamente. No podía ver la luz del sol, pero imaginaba que amanecía cuando prendían las luces y que anochecía cuando las apagaban.

A los tres meses lo fue a ver un médico acompañado de dos fornidos guardias de seguridad. Lo auscultó, le sacó varias muestras de sangre y luego se retiró sin decir ni una sola palabra, sin haber respondido a las interrogantes o los comentarios soeces que el exguerrillero había hecho mientras los fustigaba: «¿Están pensando que me voy a suicidar?». «¿Creen que les voy a dar el gusto de grabar mi muerte?». «¿Acaso sueñan que van a doblegarnos solo porque me han encerrado en esta maldita prisión?». «¡Váyanse a la misma mierda!» —vomitó su hosquedad.

Al sexto mes siguió echando venablos, formulando las mismas preguntas u otras más beligerantes: «Putra madre, ¿no tienes miedo de que te rompa el cuello?». «No sabes que podría coger esa jeringa y reventarte un ojo?». «¿Crees que les tengo miedo a tus ángeles de la guarda?». «¿Para qué sirven esas pastillas de mierda?». «¿Me están matando

de a pocos?». «¿Quieren que me enferme?». «Ya ni siquiera veo bien» «¡Conchasumadres!» eructó su descomedimiento.

Desde que Ramón fue capturado, Marcelo, su padre, trató en vano que aceptaran visitarlo. Le daban mil excusas, pero ninguna esperanza.

Al noveno mes, Ramón Hernando estaba siendo vencido: «Aquí ya no puedo ni hablar conmigo mismo». «Gracias, Doctor». «Ahora sé que no me están matando». «¿Estoy enfermo?». «La comida siempre está caliente». «Me gustaría ver el sol». «¿Podré usar anteojos?». «¿Sabe algo de mi familia?». «Quisiera ver a mi esposa». «Mis hijos deben estar grandes» «¿Seguirán vivos mis padres?». «¿Yo no tengo derechos humanos?» —se tragó el orgullo.

Durante la siguiente visita los guardias de seguridad no acompañaban al médico de costumbre. Cuando el ablandado prisionero levantó su mirada quedó sorprendido al reconocer al visitante uniformado.

—¿Atila?

—Coronel Atilio, Hernando —fueron las primeras palabras que el exguerrillero escuchaba en un año, además de las de su abogado.

—¡Carajo! ¡Ya eres coronel! —dijo, sonriendo.

—Y créeme que no por ti —dijo el coronel Atilio.

—Vamos, Atila, tú y yo sabemos que eso no es cierto. Yo sí debo reconocer que estoy aquí gracias a ti.

—Me imagino que no me lo agradeces.

—Ya no me importa —respondió, con indiferencia.

—No he venido a tomar té contigo, Hernando.

—Me imagino que no.

—Voy a ser lo más claro posible —empezó diciendo el coronel—. De aquí no vas a salir. Eso, todos lo sabemos.

—Estaba a la espera de un indulto —sonrió Hernando.

—No te hagas el gracioso —mantuvo la seriedad el coronel Atilio—. Tu revolución fracasó desde que la iniciaron. Eso, todos lo sabíamos. Zozobró y se fue a pique con todos sus capitanes. Ahora no queda nada de Sendero. Tu presidente ha sido capturado y condenado a cadena perpetua en la Base Naval del Callao; la cuarta espada del comunismo ha sido envainada para siempre. Ahora está acompañado de los que dirigían el movimiento. Han tenido suerte de que las leyes no contemplen la pena de muerte por sus delitos.

—Lo dices para desanimarme —no le creyó Ramón.

—Me importa un bledo si lo crees o no. No se van a poder comunicar.

—Me lo imagino, si es verdad lo que me dices.

—Como tampoco te podrás comunicar con los otros delincuentes de esta prisión.

—Vaya, pensé que era el único en esta ratonera.

—Todas las ánimas de este purgatorio han venido para quedarse.

—Entonces nunca alcanzaremos la gloria —sonrió su ateísmo.

—Contigo empezaremos a hacer algunos cambios y pronto lo irás notando.

—¿Voy a salir de esta ratonera? ¿Me van a poder visitar? —empezó a desesperarse Ramón.

—Eso ya lo verás. Ahora me voy. El médico está afuera esperando para chequearte —dio media vuelta para salir.

—Atila —lo llamó apresurado—, supongo que nos volveremos a ver.

—No lo creo, Hernando. Aunque, quién sabe, tal vez algún día.

Al cabo de algunas semanas, escoltaron a Ramón por unos fríos pasadizos hasta un amplio ascensor, con el que subieron hasta detenerse en el último piso del viaje. Luego continuaron por unas escaleras hasta las puertas que llevaban al paraíso. Súbitamente, Ramón se encontró ante sensaciones que le parecían nuevas o muy lejanas en el tiempo. Tuvo que cerrar los ojos hasta que, poco a poco, se acostumbraron a la luz encandiladora de esa mañana. Sintió su piel siendo recorrida por el suave calor de un luminoso sol matutino y el viento de una brisa marina que lo despeinaba. Muy cerca podía escuchar las olas del mar rompiendo en los farallones y el canto sin igual de cientos de gaviotas que hacían piruetas o flotaban sobre la azulina inmensidad. Estaba en la cima de la isla en cuyos bordes había vallas negras enrejadas. Con sus anteojos nuevos veía las imágenes con una claridad que casi había olvidado. Cuando miró a los guardias que lo vigilaban, pudo entender a través de sus gestos que tenía plena libertad para caminar alrededor. Al dirigirse hacia las vallas, notó a numerosos centinelas bajo grandes torres de piedra que se confundían con la naturaleza que lo rodeaba. Al llegar a las vallas, pudo observar entre ellas a la isla San Lorenzo (la más grande del Perú), por un lado, y a las islas Palomino, cerca de aquella, viendo y escuchando a centenares de lobos marinos dándose chapuzones constantes y a miles de aves guaneras que revoloteaban por doquier. También se regocijaba con las cercanas y espumantes olas del océano Pacífico que ondulaban ante el influjo de sus caprichos infinitos y el poder de la Luna que no se dejaba ver. A lo lejos, pudo notar el suave escarceo marino bajo las nubes que se transformaban sin descanso. Al seguir el único derrotero marcado por las vallas que lo encarcelaban, su vista se topó con

la delgadez de la ciudad de La Punta y la línea costera que definía el departamento de Lima. Había estado solo y enterrado como un topo ciego tanto tiempo, que esas imágenes que lo acompañaban parecían salidas de un cuento de hadas.

Tres veces por semana Ramón Hernando disfrutaba de una hora en el paraíso y tiempo después lo haría diariamente. En pocos días lo trasladaron a una celda más amplia, le dieron libros para leer cuando quisiera y hojas de papel para escribir lo que se le antojara. «¿Estarían haciendo lo mismo con los demás?», se preguntaba. «Es posible», se respondía. «Ya no me siento igual», notó un cambio en él. «¿Me habrán lavado el cerebro?», se cuestionaba.

Otra mañana lo llevaron a un espacioso salón panóptico con gruesos ventanales a prueba de balas y altos techos transparentes que dejaban pasar la luz solar. Ahí solamente había una serie de muebles intercalados dispuestos alrededor de una pequeña torre gobernada por dos guardias armados. Detrás del enorme ventanal se veía una saliente de la isla con un helipuerto con capacidad para dos helicópteros. Pocos minutos después uno aterrizó. Agazapados, debido al viento vortiginoso que producía la hélice, salieron varios militares armados y una mujer con dos niños de unos ocho años. Cuando abrieron los ventanales corredizos para que ingresaran, él los reconoció y ellos a él: eran Consuelo y sus hijos gemelos que por fin conocían a su padre. Los cuatro se fundieron en un abrazo interminable. Consuelo no tenía preguntas, pero los niños las lanzaban con una impiedad inocente, aunque también con benevolencia infantil: «¿De verdad eres el hombre más malo del mundo?». «¿Has matado a muchos soldados?». «¿Hasta cuándo te vas a quedar aquí?». «¿No hay dónde jugar a la

pelota?». «No te preocupes, papá, sabemos que no eres tan malo».

Ramón Hernando sufría con esas palabras que lo atravesaban, pero la compañía de ellos era más fuerte que el sufrimiento. Las horas que pasaba con su familia compensaban en cierto modo los largos días de su encierro solitario. Algunas veces, Consuelo llegaba sola y durante una hora les permitían disfrutar de una intimidad que Ramón siempre había controlado y donde su satisfacción había tenido prioridad sobre la de su compañera —algo que a ella nunca pareció importarle, subyugada por completo a los antojos de su dueño eterno, acostumbrada ciegamente a sus infidelidades y aceptando y manteniendo a su variada colección de concubinas—.

Cuando lo llevaban a ese salón, Ramón sabía que tendría el regalo de una visita, se tratara de su abogado, algún familiar, un amigo, un político, un periodista o un representante de la Cruz Roja, quienes generalmente llegaban en alguna embarcación de la Marina de Guerra. Marcelo pudo encontrarse varias veces con él; intuía que su hijo estaba arrepentido, pero Ramón nunca aceptó haber estado equivocado. Su madre siempre brilló por su ausencia inevitable, aquejada de problemas crónicos de salud, pero mantuvieron una correspondencia constante hasta que falleció de una embolia generada por la obstrucción de las arterias coronarias.

Todos los prisioneros vivían completamente aislados en El Purgatorio. Ramón Hernando estaba convencido de que se quedaría en esa madriguera hasta el término de su condena que fue reducida a 25 años de prisión. Ya había dado su brazo a torcer, su resistencia había sido vencida por la conformidad y la soledad. Ya no lo visitaban los curiosos

periodistas o los representantes que velaban por sus derechos humanos. Mejor para él, ya que solamente le importaban algunos miembros de su familia y no extrañaba a ninguno de sus antiguos amigos y camaradas, porque se había quedado sin ellos.

Al correr el tiempo, la flácida obesidad de Ramón Hernando parecía ser consecuencia de algo más que la falta de ejercicios o los alimentos que ingería. Pero los médicos no encontraban nada peligroso para su salud. Sus niveles de colesterol y triglicéridos no estaban muy lejos de la normalidad y tomaba medicinas para que no se les dispararan. No tenía diabetes y todas las pruebas de laboratorio salían satisfactoriamente. A veces se encontraba tan cansado que prefería quedarse en su celda en vez de ir al paraíso a tomar sol y respirar aire fresco. Los médicos le recetaron pastillas para la depresión, pero eso no alteró ni su estado de ánimo ni su deterioro físico. Había sido un asesino despiadado y estaba pagando sus culpas, pero tampoco iban a dejar que se muriera, aunque lo mereciera.

Mientras el tiempo transcurría también avanzaban los problemas de salud para Ramón Hernando. ¿Estaría siendo envenenando sin que nadie supiera cómo? El general Atilio estaba por retirarse del servicio; sin embargo, ordenó una investigación exhaustiva. Analizaron el agua, los alimentos, las medicinas, los servicios sanitarios, el aire que respiraba, pero todas las pruebas confirmaron que eran inocuos. Aunque padecía de síntomas conocidos, ningún médico podía hacer un diagnóstico que explicara su enfermedad adventicia. No tenía lupus ni algún cáncer conocido. Se aprovechó la completud del mapeo genético para rastrearle genes defectuosos... Nada. Todos los esfuerzos resultaron anodinos. Parecía que una fuerza poderosa, extraña, sibilina

e invisible estuviera tratando de sacarlo de El Purgatorio y llevarlo a una dimensión desconocida.

Una noche se la pasó en vela, primero carraspeando, luego vomitando bilis y después con diarrea y escupiendo sangre. Enviaron especialistas a verlo, llevaron más muestras a laboratorios nacionales y extranjeros, pero nadie encontraba alguna señal que produjera un diagnóstico. Curiosamente, seguía engordando, o mejor dicho hinchándose como un sapo. Ya casi no comía ni bebía y lo mantenían con vida gracias al suero que lo alimentaba. Consuelo había dado el grito en el cielo y la prensa la estaba escuchando. «¡Están asesinando a mi esposo!» «¡Ni siquiera sabemos qué tiene!». La familia de Hernando estaba colmada de aprensiones que transmitían. Los periódicos extremistas o sensacionalistas aprovechaban de eso para vomitar injurias, embustes e infundios a diestra y siniestra. Mientras tanto, Ramón Hernando seguía muriéndose lentamente.

El general Atilio decidió, intempestivamente, ir a indagar sobre lo que estaba sucediendo. Quería asegurarse de que todos estuvieran siguiendo sus órdenes a la perfección. Él era el responsable de ese lugar y, por lo tanto, también de la salud de Ramón Hernando.

Su visita sorprendió a todos, pero no asustó a nadie. Todos estaban cumpliendo las órdenes al pie de la letra. El personal de mayor confianza del general Atilio no había descubierto ningún complot para asesinar al exguerrillero.

Ramón Hernando casi no podía moverse por el abotargamiento cuando su mirada oblicua se topó con la del estricto y pulcro militar que tenía al frente. No tardaron en desarrollar un diálogo lacónico que definiría los días apocalípticos del exguerrillero.

—Parece que Lucifer quiere convertirte en camarada del averno, Hernando —empezó diciendo el general Atilio, al ver al ventrudo, deforme y desgredado prisionero sobre su cama sanguinolenta.

—No lo creo, Atila —lo negó—. Allá tú que crees en el cielo y en el infierno —respondió salivando como un perro rabioso.

—Parece que de esta no sales, carajo. Se te ve peor que a un muerto después de una semana en la morgue —dijo el general, con sarcasmo.

—Cachaciento, como siempre. La verdad es que no me siento bien como para aceptar tus bromas de mal gusto, Atila.

—Tu enfermedad desconocida ha armado un bochinche, Hernando.

—Deberían llevarme a un hospital.

—Muchos creen que te estamos matando.

—Y tal vez sea cierto —musitó.

—No es así, ya lo hubiera sabido.

—Quizás tú seas el asesino.

—Déjate de huevadas, Hernando.

—Me estoy pudriendo en este lugar —afirmó el prisionero, llenando una toalla de manos con la sangre que escupía.

—Ya me di cuenta de eso.

—¿Vas a hacer algo al respecto?

—Estoy por jubilarme, pero veré qué puedo hacer.

—Quiero morir al lado de mi familia... No es mucho pedir.

—Has tenido la suerte de contratar a un buen abogado y de que un decreto legislativo magnánimo permitiera reducir tu pena.

—Tal vez no me sirva de nada —musitó Ramón Hernando—. Me estoy quedando sin futuro en este lugar, carajo —dijo, asustado y fastidiado.

—Tú te jodiste el futuro hace mucho tiempo, Hernando —dijo el general, completamente convencido de sus palabras.

—Tienes cojones para haber venido a verme. Podría contagiarte con esta mierda que nadie descubre.

—No soy cojudo, Hernando. No has contagiado a nadie. Lo que tienes te está mandando al infierno sin compañía.

Pocos días después fue trasladado al Hospital Naval de Bellavista, pero su deterioro era imparable; su organismo estaba enfrascado en destruirse a sí mismo y nadie lo podía evitar.

El general Atilio no tardó mucho en convencer al presidente para que indultara a Ramón Hernando y dejar que su familia se encargara de cuidarlo y enterrarlo. Después de todo, faltaba muy poco tiempo para ser liberado. Y, por último, las dudas de su asesinato se dispararían con rapidez.

Una mañana tibia y despejada, Ramón Hernando fue trasladado a la ciudad de Huamanga, al domicilio que Consuelo tenía oficialmente y que meramente era una pantalla de la cual el Gobierno no se había dado por enterado, donde lo esperaba una selecta comitiva de familiares, amigos, médicos y enfermeras. A los pocos días, Ramón y sus acompañantes se dirigieron a un alejado y desconocido rincón de la serranía ayacuchana.

XVI
DE REGRESO A CASA

Cuando menguaron las hostilidades en el Perú, nada lo detenía a Diego Hernando para regresar a su país. Su vida en los Estados Unidos había dado numerosos vuelcos, pero nada lo ataba a la nación nortea que lo acogió durante aquellos años de barbarie. Y ya no tenía a la mujer por quien había estado dispuesto a seguir más tiempo allá, y con quien habría luchado para alcanzar los sueños que ambos se habían trazado.

Como lo había planeado, al llegar a Lima se quedó en el aeropuerto esperando la salida del primer vuelo matutino que lo llevaría a Arequipa, donde estaba establecida su familia. Quedaba pendiente una futura visita a los entrañables amigos y familiares que en Lima también sabían de su regreso.

Viajar por tierra o por aire a la Ciudad Blanca siempre resultaba un placer. Ese inolvidable día de julio, el avión remontó y atravesó un sinnúmero de gigantescos cúmulos tan blancos como la ciudad que lo esperaba. Antes de aterrizar, tanto él como los demás pasajeros quedaron sobrecogidos por el espléndido paisaje que le ofrecía la serranía de ese departamento sureño. Vieron debajo a la capital departamental del mismo nombre, una ciudad angelical blanqueada por sus construcciones de sillar. Al rodearla pudieron observar maravillados sus bellas campiñas; al Misti, el volcán dormido en cuyas faldas se asienta la ciudad, del cual emanaba una pacífica fumarola que no indicaba ningún peligro cercano ni lejano; y también a los no menos impresionantes volcanes Chachani (considerada

la montaña de más de 6000 metros más fácil de ascender del mundo) y Pichu Pichu (un volcán muy erosionado que está formado por siete cumbres).

En el aeropuerto lo esperaban con ansias sus padres, don Alfonso y doña María Jesús; su hermano, Juan Carlos y su flamante esposa, Roxana; y, por si fuera poco, su tío Marcelo, Rebeca, Ricardo y Pamela.

La algarabía continuó en una picantería de Cayma, donde disfrutaron de ocapa, adobo de chanco, rocoto relleno y otros potajes de la deliciosa cocina arequipeña. Al atardecer llegaron a la casa que tenían en el distrito de Yanahuara, donde fueron recibidos alborozadamente por un nuevo, enérgico y robusto Jasón y una nueva y asustadiza Perlita que quedó refugiada bajo la cama de los Hernando, la cual, siguiendo la tradición, resultó ser una gata angora, plomiza y esterilizada. Luego dieron rienda suelta a conversaciones eternizadas por los recuerdos y las puestas al día.

En la finca habían construido otra casa donde vivían Marcelo y su familia, quienes se mudaron a esa hermosa ciudad cuando vendieron La Encantada. Ambas familias administraban una distribuidora de vinos iqueños — incluyendo los de La Encantada— que no solamente satisfacía el mercado de ese enorme departamento, sino también los de Cusco, Puno, Moquegua, Tacna y Loreto, y ya estaban incursionando en los de Bolivia y Brasil. Juan Carlos no estaba involucrado en el negocio familiar. Desde que se graduó de ingeniero geólogo en la Universidad Nacional de San Agustín, trabajaba para la oficina de investigaciones de una importante empresa minera. En esa compañía conoció a su esposa, una brillante geofísica con quien compartía su amor por la ciencia, por la naturaleza y las actividades al aire libre.

Marcelo visitaba a Ramón algunas veces al año. Aunque las visitas estaban restringidas, Diego haría lo imposible para ir a verlo, estaba intrigado por saber si su movimiento subversivo había estado involucrado en los atentados que casi lo matan. Su primo se negaba a hablar del asunto que había enterrado en sus neuronas.

En cierta ocasión, las autoridades penitenciarias autorizaron que Diego y Marcelo fueran juntos a verlo. Diego no había visto al Ramón transformado en el sanguinario camarada Lisandro que muchos querían ver muerto, pero en su prisión seguía siendo el mismo de siempre. Hablaron de todo un poco, hasta que Ramón Hernando les narró con lujo de detalles cómo se había involucrado con la subversión, por qué había decidido participar en esa guerra cruenta y, a su juicio, necesaria, cómo se había enterado de sus atentados, quién los había ordenado y todo lo que había hecho para que su familia no sucumbiera como muchos lo habían hecho. En su mirada sincera y en la seguridad de sus palabras estaba reflejada la veracidad de lo que había dicho. Diego y Marcelo salieron de El Purgatorio con un peso menos de encima.

Diego se acostumbró rápidamente a su nueva vida en Arequipa. El haberse graduado en Periodismo y Ciencias Políticas en los Estados Unidos le abrieron nuevamente la puerta para seguir escribiendo artículos sobre aspectos sociales y políticos en uno de los periódicos de circulación nacional más importantes del Perú. Se convirtió en un periodista vívido cuyo prestigio creció vertiginosamente, aún más después de la publicación de las crónicas de la odisea que hizo al viajar hacia los Estados Unidos. En esa obra narró con lujo de detalles su encuentro con la geografía y la cultura de las naciones que atravesó; el apoyo que recibió

de muchos, pero también la traición de otros; los incontables peligros que sorteó y que estuvieron cerca de costarle la vida; su experiencia al conocer la fraternidad entre los pueblos latinoamericanos, pero también el odio que todavía prevalece entre algunos de ellos y que lo envolvieron en trifulcas inesperadas. También describió la infame pobreza que parecía una peste que no respetaba fronteras, su cercanía casual con narcotraficantes internacionales, la furia de ataques delincuenciales, el enfrentamiento peligroso con mandrines internacionales y los tentáculos de la descarada corrupción que también lo alcanzaron. Además, relató el desgraciado hecho de perder a un amigo entre los brazos y la gratificante sensación de haber salvado una vida con sus manos; lo que sufrió al cruzar la frontera mexicana-estadounidense como un “mojado” y lo que sucedió cuando se encontraba detenido por ser indocumentado. Y, por último, los amoríos en que estuvo envuelto y que lo convirtieron en el centro de la atención y curiosidad de sus asiduas lectoras.

El espíritu aventurero de Diego lo llevó a aprovechar los momentos que podía en recorrer solo, o en compañía de su hermano y sus amigos, los encantos extraordinarios que ofrecía Arequipa. Estar rodeado de tres grandes volcanes era toda una experiencia, pero descubrir lo que había alrededor de ellos, o mucho más allá, se convertía en una vivencia sobrecogedora y perdurable. Ellos tenían la fortaleza para hacerlo: frecuentaban los gimnasios, trotaban casi siempre, dormían y comían bien, bebían con moderación del buen vino de Ica y nadie fumaba.

Su amor por esa tierra que lo había adoptado se vio recompensado cuando una televisora local le propuso emitir un programa semanal no solamente acerca de las maravillas

arequipeñas, sino también de otras invaluable riqueza naturales y arqueológicas del Perú, programa que se transmitiría inicialmente en ese departamento y posteriormente a nivel nacional e internacional. Para beneplácito de sus seguidores, sus asombrosos documentales describían de una manera singular encandiladoras escenas del litoral peruano, como las misteriosas y sempiternas Líneas de Nazca; inverosímiles y deslumbrantes paisajes agrestes, como el del Valle de los Volcanes; maravillosas y alucinantes imágenes de la riquísima fauna y flora, como las del Parque Nacional del Manu; grandiosos y portentosos vestigios arqueológicos, como la gran ciudadela incaica de Machu Picchu. Su notoriedad, tanto en el ámbito cultural como político, iba creciendo como la espuma a niveles que ni él mismo imaginaba.

No obstante su éxito profesional y los amoríos fugaces que no colmaban sus expectativas, Diego Hernando a veces prefería la soledad que en ocasiones disfrutaba en el Mirador de Yanahuara, prácticamente a la vuelta de la esquina de su casa. Desde ahí podía apreciar una magnífica vista de la Ciudad Blanca, o dejar que sus pensamientos fluyeran al admirar al Misti, tan cercano que parecía estar al alcance de una corta caminata. Había disfrutado de una niñez y juventud que otros ni siquiera vislumbraban, a pesar de haber sido perseguido cruelmente en la patria que lo vio nacer y ser acogido por otro que ni lo conocía. Quería creer que otros se beneficiaban de su fama y de su trabajo. Pero también quería encontrar a la mujer ideal que amaría para siempre y que le diera los hijos que tanto deseaba. Infinidad de veces había pensado en la bella adolescente chinchana que ahora sería una hermosa mujer. «¿Qué habrá sido de Yessenia?», se preguntaba a menudo. Marcelo se mantuvo

en contacto con Gino Mazzotti, inclusive después de que vendieron La Encantada, pero perdieron todo rastro de su familia desde que el italiano falleció por un fulminante cáncer pancreático y pulmonar ocasionado por su afección al tabaco. Aquella desgraciada e inconsciente manera de destruirse la vida, motivó la venta del fundo que tanto esfuerzo le había costado desarrollar. No había muchas pistas por seguir, pero Diego no era de las personas que se dejaban amilanar, hasta que un día, imbuido por la curiosidad o la obsesión, decidió buscarla por sí mismo.

Una mañana de cielo despejado, Diego Hernando salió de Arequipa conduciendo su vehículo todoterreno. El viaje a Chincha lo llevaría entre fértiles valles, vastas mesetas, serpenteantes caminos, zonas desérticas, peligrosos desfiladeros y carreteras costeras de playas extensas y bellos acantilados.

Se acompañaba de buena música y de rato en rato bebía Inca Kola en lata o agua embotellada. Descansar no estaba entre sus planes, pero hacía paradas obligatorias para comer algo, estirar las piernas, orinar y ponerse un poco más de bloqueador solar; además de la imperdible parada en el mirador del kilómetro 419 de la Panamericana Sur, donde disfrutó al ver algunas de las enigmáticas figuras de las misteriosas Líneas de Nazca.

Al llegar al paradisíaco valle de Chincha, que no había perdido su encanto al cabo de todos esos años, Diego olvidó el cansancio para hacer indagaciones, revisando guías telefónicas, haciendo numerosas llamadas, hablando con quien se cruzara en su camino, pero sin resultados positivos. Nadie sabía nada. Terminó exhausto, cenando en el restaurante del reconocido hotel donde se hospedaba. Satisfizo la sed con varios vasos de jugo de maracuyá, y el

hambre con un desbordante plato de bistec a lo pobre —que de pobre no tiene nada, en el cual la carne de res se rodea de un séquito abundante de arroz, huevos, papa y plátanos fritos—.

Después de darse un baño relajante, dejó que su cansado cuerpo se refugiara entre las suaves y blanquísimas sábanas de su cómoda cama de dos plazas, quedándose dormido tan pronto como sus ojos se cerraron, imaginando en sus sueños a la mujer que no veía en tantos años.

A la mañana siguiente se dirigió al Fundo Mazzotti, que no había cambiado de nombre. Estando ahí, los propietarios le indicaron que el fundo había sido vendido en varias oportunidades y que no tenían ningún conocimiento de las transacciones iniciales. Frustrado, fue al centro de la ciudad para averiguar en los registros públicos. Ahí le informaron que fueron destruidos durante un ataque terrorista y que habían tenido que hacer un nuevo empadronamiento con los dueños que ocupaban los fundos. Entonces decidió ir a las haciendas vecinas, incluida La Encantada, que tampoco había cambiado de nombre, aunque estaba completamente transformada. Pasó el día de fundo en fundo sin obtener ninguna información que lo llevara al paradero de Micaela o de Yessenia.

Al tercer día decidió ir a la capital peruana en busca de familiares de Gino Mazzotti. No era un apellido muy común, alguien le podría dar información. Desde que llegó de los Estados Unidos era la primera vez que llegaba a Lima por carretera. Podía ver muchos cambios, pero la pobreza parecía inalterable. Ahora había más gente viviendo en los pueblos jóvenes. Tenían alumbrado público, agua potable y sistemas sanitarios, pero no todos se beneficiaban de ello. Había mucho por hacer tanto para los indigentes como para

todos los demás peruanos. Escribía sobre los problemas y recomendaba soluciones, pero pocas veces era escuchado. Entrar en la política activa podría ser una mejor alternativa. Después de encontrar a Yessenia, o aunque no la ubicara, pensaría mejor en esa posibilidad.

En Lima llamó o visitó a cuanto Mazzotti había. En el consulado de Italia tenían el registro del deceso del italiano, pero ninguno de las personas que estuvieran emparentadas con él. Al anochecer del segundo día la búsqueda resultó infructuosa. Todo indicaba que don Gino había sido un inmigrante solitario que había planeado de antemano viajar al sur para establecerse en el valle de Chincha.

«¿Qué más puedo hacer?», se preguntaba Diego. «¿Por qué no se aleja de mis pensamientos esa niña hecha mujer?», se cuestionaba preocupado. «Debería sacarla de mi mente», se esforzaba en liberarse de ella. «Ha desaparecido», trataba de buscar consuelo o un punto final a esa extraña obsesión.

El camino de regreso a su adoptiva ciudad lo llevaría nuevamente por Chincha. «¿Se me ocurrirá algo más al llegar?», se daba ánimos. Ni la ballena perpetua del litoral, ni las hermosas albuferas con cientos de gaviotas lo sacaron a Diego de su ensimismamiento. Acompañaba sus pensamientos con las canciones de Ricos y Pobres o las de Al Bano y Romina Power, quienes le susurraban al oído en español, aunque eran grupos tan italianos como el antiguo amigo de la familia que no había dejado rastros de su existencia. La música le hacía vibrar el presente y le ayudaba a vislumbrar el futuro. Condujo sin detenerse hasta llegar. Haría un último esfuerzo para encontrarla.

En un instante recordó lo que había pensado aquella lejana tarde cuando conoció a Yessenia: «Su madre era

realmente una reina por su belleza. ¿Alguna vez habría sido coronada Reina del Festival de Verano Negro?», se preguntó. «Tal vez sí», se contestó. Se dirigió a la municipalidad donde seguramente sabrían de ella. El afable moreno que lo recibió le dijo que no recordaba a ninguna Micaela haber sido coronada, pero que con mucho gusto le daría la lista de todas las reinas de los festivales. En cuestión de minutos Diego estaba revisándola con el pulso acelerado y la mirada zigzagueante, con el mismo ímpetu en que un lector apasionado devora con avidez la última novela de su escritor preferido, ajeno completamente a la realidad que lo rodeaba. De súbito, su corazón se paralizó al mismo tiempo que sus pupilas dilatadas enfocaban con ansias las palabras que descubrió: Yessenia Mazzotti Campos. ¡No lo podía creer! ¡Por fin sabía algo de ella! Desbocado por la emoción, no tardó mucho en convencer al afable moreno, quien se apiadó de la angustia de ese hombre de cara conocida, para que le diera la dirección de la reina que había alborotado el Festival de Verano Negro por su belleza fuera de este mundo.

Recorrió con entusiasmo las calles de Chíncha Alta, tratando de encontrar la dirección que apenas se distinguía sobre el blanquecino papel donde el empleado público había dibujado números y letras que parecían desvanecerse al contacto de la mirada. Al cabo de media hora, Diego descubrió un grupo de casas humildes, tras las cuales pastaban vacas y caballos que armonizaban como si se conocieran desde que hubieran nacido. La última de las casas no tenía número, pero la secuencia de las anteriores la señalaban como la que andaba buscando. Después de tocar el timbre y la puerta a intervalos más prolongados de lo que hubiera querido, abrió la puerta una señora mayor de raza negra que

lo miró sorprendida al reconocerlo por los programas de televisión que veía.

—No ha venido a entrevistarme, ¿o sí? —dijo la agradable morena.

—No, señora. Lo siento. Estoy buscando a Yessenia Mazzotti o a su madre, Micaela —dijo, con cierta premura.

—No viven aquí desde hace mucho —estuvo más sorprendida—. ¿Por qué las busca? —preguntó intrigada, bajando ligeramente la cabeza y levantando los hilos de cejas que todavía le quedaban.

—Micaela trabajaba para mis familiares en La Encantada hasta que se casó con Gino Mazzotti. Quería saber qué había sido de ellas. Quería saludarlas.

—Micaela es mi sobrina. Ella se volvió a casar hace un buen tiempo. Ahora vive en Lima con su esposo.

—¿Qué bueno! ¿Sabe dónde vive?

—No tengo su dirección.

—¿Y Yessenia? —le brillaron los ojos.

—Ella también se casó..., tiene dos niños —lo decepcionó—. ¿No desea pasar?

—No, gracias. No deseo molestarla, mejor me voy. Le agradezco de todos modos por la información —la miró, brevemente, al mismo tiempo que daba media vuelta en busca de algún foso profundo que pudiera tragárselo entero.

—Yessenia se divorció —dijo la señora, sonriente, intuuyendo para qué había ido Diego—. Espéreme un momento para darle el teléfono de Micaela —iluminó a su visitante, dejando la puerta entreabierta.

Cuando regresó, la tía de Micaela estiró el brazo con cierta dificultad para entregarle el papel elevado a tesoro más valioso de la Tierra. Diego solamente atinó a abrazar a la señora y darle un cariñoso beso en su mejilla arrugada.

Hablar con Micaela se convirtió en todo un acontecimiento para Diego, y la visita que estaban planeando, en el evento más esperado de su vida. Yessenia y sus hijos vivían con ella desde que se divorció. Diego regresaría al día siguiente a Lima para encontrarse con ellos y ver por fin a la mujer que lo tenía obsesionado.

Con un ramo de rosas rojas y otro de rosas amarillas, Diego tocó el timbre de esa acogedora casa verdina ubicada en la calle Los Geranios, frente al parque Clemente Revilla, muy cerca de la clínica Javier Prado donde había sido internado durante uno de los atentados. Al abrirse la puerta quedó sin habla al ver a la diosa que tenía frente a él.

—¿Diego? —preguntó esa beldad de tez canela que lo derretía, que lo seducía irremediablemente.

—¿Yessenia? —preguntó Diego entre las nubes, sin poder parpadear, saturando sus retinas de una belleza incomparable; devorando su mirada pícara de ojos pardos, su preciosa nariz respingona y unos labios carnosos y perfectos que refulgían y dibujaban una sonrisa divina.

Luego de aterrizar y de ser seducido irremediablemente, Diego no pudo evitar recorrer con la mirada disimulada ese cuerpo escultural heredado de su madre. Estaba cubierta por un delicado vestido áureo que multiplicaba su sensualidad, que descubría sin vergüenza sus piernas deliciosas y bien formadas y sus hombros desnudos que bailaban delante de una larga cabellera castaña oscura. Esa majestuosa tela dorada mostraba, sin disimulo, un trasero firme de curvas monumentales que seguramente embizcaba a hombres y mujeres y, tras el escote, la turgencia de unos pechos sensacionales con la atrevida línea que los dividía. Compartió sonrisas, besos, abrazos y rosas con la mujer de sus sueños y con Micaela, dueña también de una hermosura

subyugante que no cedía al paso de los años. Conoció a Rosaura y Roberto, los pequeños hijos de Yessenia; y a Eduardo, el esposo de Micaela, a quienes les cayó tan bien como si un ángel hubiera caído del cielo, o una respuesta providencial hubiera lanzado al hombre que haría feliz a Yessenia y a sus hijos para siempre.

Disfrutaron de una tarde de ensueño, colmada de zalamerías, cocteles de algarrobina y promesas de repetirla con frecuencia, y de un delicioso y succulento almuerzo con tamales, causa rellena, carapulcra chinchana, el infaltable lomo saltado, pionono, alfajores, chicha morada y piscafé, preparado en ese momento con una sabrosa combinación de pisco iqueño y el delicioso café de Chanchamayo. Nadie quería que terminara la amena reunión que había dado paso a una velada que podía haberse extendido hasta el amanecer, ni siquiera Argos, el engreído, juguetón y cariñoso Labrador de los niños.

Diego se hospedó en un hotel cercano para partir hacia Arequipa al día siguiente, durante uno de los más largos y felices viajes de su existencia. Adaptando la lírica a sus sentimientos, las canciones que escuchaba: *Me enamoro de ti*, *Si me enamoro* y *Siempre, siempre*, empezaban a cobrar sentido. Esa música del recuerdo lo estaba lanzando vertiginosamente al espacio de sus sueños más lejanos.

QUINTA PARTE

XVII EL ÚLTIMO ENCUENTRO

El devastador terremoto ha afectado tanto a las poblaciones ayacuchanas como las de otros departamentos cercanos. La boca del diablo absorbió casi toda la furia del sismo porque el epicentro estuvo ubicado debajo de aquel lugar y a muy poca profundidad.

Mauro y el general Atilio llegan de milagro a la casa grande donde todo está de cabeza. Se han caído varias paredes, incluyendo las de la terraza donde había estado el deteriorado gobernante de ese territorio protegido de los intrusos, mas no de hecatombes naturales. Los arcos de la cancha de fútbol han quedado en pie, pero el terreno de juego está salpicado de grietas peligrosas y hambrientas de pelotas y jugadores. Mauro se encarga del desgraciado Petizo, bajándolo de la camioneta ante la mirada absorta de quienes fueron a recibirlos. Vicente, el guardaespaldas de Hernando, se encarga de llevar al enjuto general ante su jefe —quien ha sobrevivido a un aplastamiento— a través del amasijo de objetos que nadie está interesado en ordenar.

—Carajo, Atila, saliste con vida del averno —dice Hernando desde su lecho de muerte: una cama de hospital rodeada de tanques de oxígeno, que está en un amplísimo dormitorio de paredes peladas y sin espejos para que no se espantara con su propia imagen.

—Por lo que veo, querías acabar conmigo de cualquier manera —responde el general, jadeando, notando la hediondez del ambiente que generaba el moribundo y que parece no afectar a la enfermera ni a dos de sus hijas que lo acompañan.

—La verdad es que esperaba que sobrevivieras, Atila — le dice, jadeando también—. Carajo, ni los perros se chuparían tus huesos como has quedado —lo ausculta, mirando de reojo al enclenque general, perdiendo el aire como de costumbre.

—Creo que merezco algo de comer —el general se tambalea debido a su lasitud.

—Vicente, dile a Consuelo que le traiga algo decente al general —ordena.

—Sí, jefe.

—Me estoy muriendo y todavía respetan y temen a su jefe —reflexiona en voz alta—. Como si fuera a vivir mil años —hace una mueca de disgusto, reconociendo que la muerte lo estaba alcanzando.

—Contigo se acaban las jefaturas, Hernando. Los demás van a quedar pudriéndose tras las rejas —se sienta en el suelo, con la espalda recostada en la pared, pálido como una cera, incapaz de mantener el bronceado solar.

—A menos que enfermen como yo y los liberen por lástima —tose Hernando.

—Eso no va a suceder.

—Hijas, déjennos solos —les pide cuando regresa el guardaespaldas. Luego se dirige a la enfermera—: Tú, retírate también.

—Tu caso fue excepcional porque yo decidí que así fuera —aclara el general.

—Tú has decidido muchas cosas, Atila. Debes tener un dios muy poderoso o unos cojones enormes —dice Hernando, con un conato de risa que el acezo en crecimiento no deja surgir.

—No querrás que te los enseñe ahora, ¿verdad? —dice el general Atilio, sin sonreír.

De improviso, Consuelo aparece, echándole un vistazo al general que está a punto de desaparecer. Le deja un plato de comida humeante y una botella de chicha morada sobre el suelo, después se retira. El general coge el plato y con gusto indescriptible saborea parte de los chicharrones de pollo, el pan serrano y el maíz sancochado. Después bebe, sin detenerse, la mitad de la botella del delicioso y saludable brebaje oscuro.

—Por la puta madre, parece que no hubieras comido en una semana —trata de reír Hernando, sin lograrlo por la sangre que le sale de los pulmones, y expulsando flatos nauseabundos por el esfuerzo.

—Ahora el cachaciento eres tú, carajo —dice el magro sobreviviente, sin dejar de masticar.

—La debes haber pasado bien en La boca del diablo.

—No jodas, Hernando —sigue comiendo, sin importarle el hedor del cuarto que no alivia ni el viento que se cuele por los innumerables resquicios que ha ocasionado el terremoto.

—Por lo menos tuviste tiempo para reflexionar o para rezar.

—Tiempo para desear que de una buena vez te vayas al infierno.

—Eres un religioso de pacotilla. No lo habrías pensado, Atila. Eso es algo que no entiendo.

—Hay muchas cosas que nunca vas a entender.

—No has sido monigote ni eres mojigato, Atila —aspira con dificultad—. Naciste católico y sigues siéndolo, no sé cómo has llegado a general —exhala su halitosis.

—Por mis convicciones, que estuvieron y están por encima de las injusticias vengan de donde vengán —asegura el general.

—Eso no funciona en el Ejército ni en ninguna parte, Atila. No me vengas con cojudeces —lo refuta, llenando una escupidera con sangre.

—Tus pulmones deben estar llenos de sangre. Parece que a nadie le importa.

—¿Y a ti sí, carajo? Tienes tu lado débil, eso te pasa por creer en los santos —vota un coágulo de sangre sobre la cama.

—Oye, tú —el general se dirige al guardaespaldas—, llama a alguien antes de que tu jefe se vaya al diablo sin despedirse de nadie.

Vicente está a un paso de darle un culatazo al general, pero se detiene tras otro escupitajo sanguinolento de Ramón Hernando y sale a buscar ayuda. De inmediato, aparecen Consuelo, sus dos hijas mayores y la enfermera, quienes sientan al enfermo para que no se ahogue con su propia sangre y le ponen la mascarilla que lleva el oxígeno.

—Mejor te quedas solo, Ramón, necesitas descansar —dice Consuelo, enfadada—. Ya es hora de que este tipo se vaya por donde vino.

—Todavía no voy a morir, mujer —afirma después de quitarse la mascarilla—. Además, ya sabes que con Atila me entretengo un poco —dice, respirando mejor.

—Yo me voy de una buena vez. Ya fue suficiente, Hernando —dice el general, tratando de incorporarse, restándole importancia a Vicente y su ametralladora, quien de un salto se puso cerca de él apuntándolo amenazante.

—Tú te vas cuando yo lo diga o cuando me muera, Atila —lo contradice el moribundo—. Yo inicié esta conversación, pero tú no la vas a terminar —sentencia.

—Ahora qué pretendes, Hernando —dice el general, sentándose en el suelo nuevamente.

—Que me respondas algunas preguntas que seguramente no vas a poder responder.

—Estoy cansado, Hernando, muy cansado.

—¿Por qué crees en un dios que no tiene control sobre los hombres, Atila? —pregunta, sin hacerle caso.

—Porque Dios no controla al hombre, nos permite tomar el control — responde, convencido.

—Ya te dije que no soy un cojudo, Atila. Carajo, ¿de qué me estás hablando? —vomita lisuras, como siempre lo ha hecho desde que se volvió guerrillero, sin importarle quién estuviera cerca de él.

—Del libre albedrío —responde el general.

—Por fin nos vamos entendiendo, Atila. Dependemos de nuestras propias decisiones. Entonces para qué sirve tu dios, o el dios de cualquiera.

—Dios te da las pautas.

—¡Pamplinas! —jadea—. Las pautas las crea el hombre, como el hombre creó a Dios.

—No vamos a llegar a ninguna parte, Hernando..., a ninguna parte.

—Pautas, pautas. ¡Más cojudeces! Tú no has seguido las pautas de tu dios. Has asesinado...

—¡Jamás! —lo interrumpe—. Siempre he cumplido con mi deber.

—Has hecho prevalecer tu convicción de matar al enemigo sobre la pauta de tu dios, Atila.

—No lo vas a comprender, Hernando. Ya no te queda mucho tiempo.

—Para mí está claro, Atila. Siempre lo estuvo —se sueña la nariz para respirar mejor.

—Esa claridad te ha vendado los ojos desde que la descubriste, Hernando.

—Te debes haber arrepentido por haberme liberado..., ¿o no?

—Nunca me he arrepentido de nada en mi vida.

—¿Ni de haberme salvado la vida?

—Ni siquiera de eso.

—Tal vez hubieras cambiado el destino de la guerra.

—No, Hernando, hubiera habido otro como tú.

—Pero tú no estarías vivo, Atila.

—Eso no lo sabremos.

—Hemos cambiado el rumbo de la historia, Atila.

—¿A qué te refieres? —pregunta el general, confundido.

—Por las vidas que hemos perdonado o salvado.

—Según me dijiste, tú has perdonado dos y salvado una.

—Así es, Atila. Este país me debe su futuro.

—Eres muy arrogante, Hernando.

—Ahora que estamos viviéndolo, lo sé. No voy a cumplir lo que prometí, voy a contarte sus historias antes de morirme —aspira profundamente, como si ya no pudiera respirar.

Resollando, Hernando las cuenta. Consuelo, sus hijas, la enfermera y el guardaespaldas también escuchan atentos, como si esa conversación estuviera alargando la vida de su líder.

—Caracho, ahora resulta que el próximo presidente del Perú se lo debemos a un subversivo que desangró a su país. ¡No lo puedo aceptar! —niega la premisa el general.

—A menos que tu dios haya tomado control de algunos de mis actos.

—Eso sí lo puedo creer.

—No me jodas, Atila.

—¿A dónde quieres llegar en tu lecho de muerte, Hernando? ¿Quieres convencerte de que sí hay una fuerza

superior a nosotros? ¿Quieres comprender lo que vas a ver o sentir en el último instante de tu vida?

—La gente se aferra a la religión, o a un dios, cuando envejece o está por morir...; yo no —reflexiona Hernando—. La mayoría de creyentes pasa la vida pecando para arrepentirse al final. No me jodan —vota otro coágulo de sangre.

—Parece que no te queda mucho tiempo, Hernando.

—No le temo a la muerte —baja el tono de voz, luego alza la cabeza, buscando el aire que casi no le entra a los pulmones.

—Creo que sí le temes, Hernando.

—Mujer —se dirige el moribundo a Consuelo—, quiero echarme —suplica su semblante lívido como un cadáver.

Ramón Hernando está sintiendo que la muerte lo acecha. Ya no puede ni toser. Por momentos jadea con intensidad, en otros, trata de aspirar el aire o el oxígeno del tanque con las fuerzas que ya no tiene. Está en plena metamorfosis hacia su ocaso inexorable. Consuelo lo tiene cogido de las manos.

—Atila —lo llama con esa voz de ultratumba que se le va apagando.

El general Atilio se acerca, sintiendo cómo la mirada del moribundo se clava en la suya.

—No le temo a la muerte —dice, jadeando, expeliendo su aliento putrefacto—. Te rodea mi gente —dirige su mirada al vacío—. No vienen del cielo que no existe —sigue jadeando—. ¡Hasta el pendejo de Osmán! —trata de exclamar—. Ese no vive en un infierno. Todos están detrás de mis ojos —afirma—. Esa luz no me quema, me abriga, me acaricia, me reconforta, me tranquiliza —dice, casi sin respirar—. No es tu dios —asegura—. Y ese túnel luminoso,

no es el camino hacia él, no va a ese cielo en que crees..., solo está en mi mente —aspira con fuerza—. Me están ayudando a morir... No tengo miedo —le clava la mirada.

—Descansa en paz, si eso es posible, Hernando —dice el general, un instante antes de que el exguerrillero expire con los ojos abiertos fijos en él—. Ya estás muerto, ya me puedo ir —finaliza el general Atilio, con el odio desasido de su mente cansada.

Sin que nadie lo detenga, el lánguido general da media vuelta dispuesto a salir por donde había llegado. Pero, antes de atravesar el umbral de la puerta del pestilente cuarto, se atreve a lanzar una última pregunta:

—¿Cómo pudo amar a ese hombre? —atraviesa el corazón de Consuelo.

Ella tarda un poco, pero le responde:

—Ya lo dijo la camarada Miriam: «De la admiración al amor hay un trecho muy corto». Él era admirable y yo lo admiraba —acompaña su respuesta con un par de lágrimas verdaderas.

Después de esa contestación incomprensible —no por la frase citada, sino por la obsesa manera en que Consuelo había admirado y amado a su esposo—, el general Atilio se encamina otra vez a la vida. Cuando todos ven salir al escuálido general sin vigilancia y con la botella de chicha morada que coge con ambas manos, deducen que el exguerrillero ha sido vencido por esa enfermedad pertinaz.

El general Atilio camina tambaleándose hasta la camioneta roja que Mauro dejó estacionada cerca de la casa. Cuando está abriendo la portezuela siente un rumor que le huela la sangre y la de todos los demás. «Otro maldito terremoto», piensa. Pero su preocupación se disipa cuando varios helicópteros militares aparecen de la nada y rodean

la casa grande, espantando a chanchos, asnos, caballos, llamas, guanacos, alpacas, y aves de corral; generando ladridos furiosos en los perros; y dejando estáticos a hombres, mujeres y niños. Unos instantes después aterrizan. Más de un centenar de soldados, comandados por uno de los hijos del general, toman el lugar y capturan a los secuestrados del exguerrillero sin que nadie oponga resistencia. Los soldados descubren, con perplejidad, al desastrado y macilento general a quien han ido a rescatar, transmutado de hombre saludable a muerto viviente, de rubicundo militar a indigente desnutrido, de ciudadano de alta sociedad a por-diosero zarrapastroso. Por fin puede liberarse de esa pesadilla que casi lo envía, antes de tiempo, al paraíso en el que cree firmemente.

El general Atilio despierta al día siguiente en una cama del centro médico de la base militar. En el brazo izquierdo tiene una sonda que lleva el suero que necesita para recuperarse. Su semblante cetrino delata la debilidad de su maltrecha humanidad. Su visión borrosa tarda un poco en enfocar la cara de un joven militar uniformado que está a su lado.

—¿Cómo se siente, mi general? —pregunta el uniformado, sin recibir respuesta—. Soy el teniente Merino, Ramón Merino —especifica.

El general Atilio lo mira durante algunos segundos, preso de la dubitación, sin estar seguro de haber escuchado aquel nombre que lo ha atosigado gran parte de su vida. Luego cierra los ojos para seguir durmiendo y refugiarse en su inconsciencia algunas horas más.

Al despertar, encuentra a su hijo y a una enfermera afable a su lado. «¿Habré estado soñando?», piensa. Al poco rato, se percata de que el teniente Ramón Merino sí

existe y que el nombre que había escuchado también es real. Pero ya no le importa. El Ramón a quien había perseguido, capturado, liberado y visto morir ya es historia.

Al exguerrillero lo enterraron en una hendidura cerca de la cima de una montaña de la cual se divisaba el valle andino y la colina donde se posaba la casa grande. Su gente había excavado una oquedad en la ladera, donde aseguraban que se transformaría en el apu más poderoso de la región. Ellos estaban convencidos de que su antiguo líder se quedaría ahí eternamente y de que la tierra por fin dejaría de temblar. Después de todo, con su muerte anunciada por fin llegaba la paz a las tierras que Consuelo ya no podría gobernar. Muy pronto, el polvo de su carne descompuesta y sus huesos carcomidos se mezclaría con la tierra que llenó de sangre durante su funesta revolución.

El general Atilio a los pocos días se recupera lo suficiente para viajar a Lima. Su esposa, Raquel, lo está esperando en su hogar, agradecida de que estuviera con vida después de su infame privación de libertad. «Ya estás en casa, Lorenzo. Ya puedes seguir viviendo en paz», dice ella, con lágrimas en los ojos, cuando por fin tiene entre sus brazos al único hombre al que había amado y hecho el amor como Dios manda.

XVIII

LOS CANDIDATOS DE LOS POBRES

Poco antes de que terminara la guerra, el entonces coronel Atilio, cuando trabajaba en el Servicio de Inteligencia del Ejército, desenterró el expediente de Manuel San Miguel. Le llamó la atención el vínculo que lo unía a Ramón Hernando y le pareció injusto que un justo pagara por pecador. Al cabo de otras gestiones infinitas, logró lo que Manuel siempre había soñado: recuperar su identidad.

Sonriendo por primera vez desde su forzada adhesión a las fuerzas subversivas, Manuel San Miguel parecía un niño que había dejado de crecer, aunque también un sujeto insignificante que había perdido la razón, ya que no dejaba pasar oportunidad alguna para presentarse ante quien pudiera: «Mucho gusto, me llamo Manuel San Miguel», repetía constantemente. De vez en cuando, sorprendía con sus efusivos ademanes a un peatón solitario, o a una familia entera, o a un policía de tránsito. Ante el fenecimiento de su clandestinidad involuntaria e inevitable, pasó de ser un ermitaño taciturno al borde de la misantropía a un hombre comunicativo, de ser un sujeto adusto a un hombre feliz, sin trabajo, sin dinero y sin mujer, pero feliz. Por fin se daba el lujo de ser él mismo. Después de muchos años bajo el regazo gubernamental, y de llevar una vida frugal y apática, dejó de temerle a sus invisibles perseguidores. No podía creer que el Gobierno lo había liberado de ese encarcelamiento al aire libre que le tocó vivir desde que sucumbió al anonimato de su existencia.

Podía caminar sin peligro entre las calles de Iquitos, la ciudad bañada por el río Amazonas a la que había sido

trasladado para ocultar su verdadera identidad. Al principio se había sentido profundamente alicaído, tardando una eternidad en acostumbrarse al minúsculo apartamento que las autoridades le asignaron, a la pegajosa humedad, a las abundantes lluvias, a los mortificantes insectos y a las frecuentes tormentas eléctricas, pero, sobre todo, al dolor latente por la pérdida de su Juanita y al martirio persistente de su memoria que evocaba constantemente el salvaje enañamiento con el que había sido asesinada. Después de algunos meses llegó a querer a esa joya en medio de la jungla que le ofreció casi todo lo que necesitaba, incluyendo los anteojos para ver de lejos que usaba y que se agrandaban por una gruesa montura de carey, y los modernos zapatos ortopédicos que mandaba traer desde Brasil y que habían mejorado su cojera significativamente.

Ahí también se dio cuenta de que la inopia no conoce limitaciones. Como empleado del Gobierno que lo protegía, infinidad de veces tuvo que confirmar la insalubridad de los barrios más pobres, e infinidad de veces tuvo que sentir la frustración de tener las manos atadas y la boca amordazada. Al convertirse nuevamente en Manuel San Miguel tuvo que dejar ese puesto burocrático que desempeñaba. Sabía que su destino no se encontraba en la selva. Había llegado la hora de retomar los sueños que la sangrienta subversión le había arrebatado. Había llegado el momento de labrar un nuevo camino que lo dignificara como ser humano y que permitiera a muchos más vivir con dignidad. Él sabía que el éxito comienza cuando se toma una decisión trascendental, pero jamás se manifiesta cuando se tiene temor de tomarla. Se dirigió al aeropuerto donde gastaría parte del poco dinero que tenía para viajar a Lima, a dar los pasos que las circunstancias le habían impedido hasta entonces.

A medida que el avión se acercaba hacia los cúmulos que coronaban la jungla, Manuel se deleitó con el verdor que llenaba el horizonte. En menos de una hora, la vastedad colmada de árboles y meandros dio paso a cumbres nevadas, montañas de formas impresionantes, incontables ríos que buscaban su cauce, cañones deslumbrantes y villorrios desperdigados. Cuando ya estaban llegando a la capital peruana, parecía que la ciudad había desaparecido bajo una densa neblina que la había engullido por completo esa tétrica mañana de mayo. Manuel se preguntó si esa tristeza ambiental sería un mal augurio para los fines que se había trazado, pero su metáfora favorita, que lo había acompañado todos esos años, le respondió tajantemente: «El firmamento se despeja tarde o temprano; los días nublados no son excusa para dejarse rendir»... «Nada me detendrá».

«A Villa El Salvador», le indicó Manuel al campechano chofer del taxi que tomó en el aeropuerto internacional Jorge Chávez, sintiendo un chispazo de felicidad al notar que el azul del cielo ya asomaba mientras se disipaba la neblina con tanta rapidez como había aparecido.

Durante el largo trayecto hacia el multitudinario pueblo joven del cono sur, el taxista no cesaba de arrojar diatribas acerca de la situación general y de los gobernantes que según él la empeoraban cada día. «Esos pendejos se la llevan toda». «¿A quién creen que van a engañar?». «Enriquecen más a los ricos y nos sepultan a los misios». «No lo puedo negar, acabaron con los terrucos, pero por eso no vamos a vender el alma al diablo». «¿Qué mierda se han creído?». «Yo no voté por nadie». «No hay nadie por quien valga la pena votar». «¡Qué tal huevada!». «Disculpa mis palabras, amigo, pero esos políticos sacan de quicio a cualquiera». Por un momento cedió ante su curiosidad,

abrumando a Manuel con un sinfín de preguntas que él eludía o respondía a medias. «¿De dónde vienes?». «¿A qué te dedicas?». «¿Vives en Villa El Salvador?». «¿Estás de visita?». «¿Cuántos hijos tienes?». «¿Se vive bien en Iquitos?». «¿Qué vas a hacer por acá?».

El defraudado sujeto manejaba como un loco en el tráfico endemoniado, caótico, atroz e inconcebible de la capital peruana. «Hay que manejar a la defensiva, carajo», no dudaba en afirmar, tratando de no estrellarse con los carros cuyos conductores no respetaban los semáforos en rojo, ni las señales para parar o los cruceros peatonales. Todos tocaban las bocinas como si estuvieran tratando de romperse los tímpanos mutuamente. Las combis de transporte público, legales o ilegales, contribuían a ese caos desafortunado, con choferes que en vez de licencias para conducir parecían tener licencias para atropellar a cualquiera que se les cruzara en el camino.

—Deberías ponerte el cinturón de seguridad —recomendó Manuel.

—El cinturón es para los que no tienen caña, para los miedosos y para las mujeres —respondió, esbozando una sonrisa desdentada—. Y si me para un toambo lo arreglamos con un billetito para que nos deje ir, aunque lo único malo es que la coima está subiendo porque las multas se están yendo a las nubes —dijo después de que se le esfumara la sonrisa desdentada.

El taxista casi no lo dejaba hablar a Manuel. Mejor para él. Prefería escucharlo mientras observaba atento cómo se desfiguraba la ciudad a medida que avanzaban, esperando superar las probabilidades de tener un accidente en el camino. Cerca del aeropuerto sobresalían distritos pujantes, pero llenos de peatones desempleados en busca de trabajos

temporales que les dieran los medios para conseguir el pan de cada día, aunque también había delincuentes avezados en busca de víctimas potenciales. En lugares estratégicos destacaban algunos autos policiales escasos de policías que trataban de controlarlos, haciendo todo lo posible para proteger a los miles de viajeros que no podían evitar la avenida Elmer Faucett al dirigirse a sus casas o a los hoteles de la ciudad. Por todas partes colgaban letreros multicolores de postes o paredes altas, con anuncios de productos que la mayoría no podía comprar. De la pobreza pasaron brevemente por una zona industrial donde resaltaba una gran empresa molinera de trigo, en la cual también se fabricaban algunas marcas de galletas que llegaban a todos los rincones del país. Frente a ella solamente se veían los muros viejos de una empresa textil conocida. Continuaron por la misma avenida, percatándose de que muchas de las casas de uno de esos distritos de clase media se habían transformado en negocios de todo tipo. Luego se sorprendió por la gran cantidad de casinos que adornaban la avenida La Marina. «Tentáculos del imperialismo», pensaba Manuel. «Allí exprimen a los pobres para enriquecer a unos cuantos», dijo el taxista como si hubiera adivinado los pensamientos de su pasajero. «Por la puta madre, yo también me quedo misio metiendo fichas en esas máquinas que devoran el dinero de la gente», continuó. «Pero uno se divierte, aunque estés ahogándote con tanto humo; te dan cigarros, tragos y comida gratis», aceptando que le gustaba ir. «¡No me jodan! ¡Nada es gratis en esta vida llena de pendejadas!», finalizó.

Al poco rato atravesaron el exclusivo distrito de San Isidro, donde vivía una casta acomodada y donde estaban ubicadas muchas de las embajadas, algunos clubes privados

y boyantes zonas comerciales. El taxista no dejó pasar la ocasión para dilucidar sobre la opulencia que los rodeaba, aunque también para quejarse de su destino y ahuyentar la idea de la resignación. «Toda esa gente ha heredado su riqueza, pero a nosotros nos han legado una miseria de la cual nunca saldremos, carajo». «Ya no sé ni qué chucha digo». «Somos pobres, pero buenos pobres». «¿Sabes por qué?». «Porque el buen pobre se esfuerza por salir de la pobreza sin joder a nadie, el que no lo es se resigna a ella para siempre».

El viaje parecía no tener fin, como tampoco el monólogo de ese chofer que todo lo sabía. A medida que se alejaban de ese distrito floreciente, las calles nuevamente se iban vistiendo de casas humildes y de zonas atiborradas. Luego aparecieron los pueblos jóvenes que habían urbanizado los cerros que rodeaban a Lima y, finalmente, el distrito que creció en el desierto donde Manuel tenía su casa propia (al menos era lo que esperaba).

Si no fuera por el taxista, que conocía al dedillo ese populoso distrito, a Manuel se le hubiera dificultado encontrar la casa que se adjudicó con su madre durante el pamplonazo. Al llegar, notó que con el tiempo había sido modificada y temía haber perdido sus derechos por haber desaparecido durante tanto tiempo. No se atrevió a tocar la puerta de la casa que ahora desconocía. Primero hablaría con la vecina que la había cuidado y modernizado.

Al abrir la puerta de su humilde vivienda, la vecina casi se desmaya al reconocer la mirada y la cojera de Manuel San Miguel en ese huraño personaje que no decía nada. Pero la impresión inicial dio paso a un abrazo cariñoso y a una amable invitación para que entrara a la casa. Ahí se enteró de que el Gobierno municipal había transferido la

propiedad a su nombre, ya que contaba con una expresa declaración firmada por Carmela y por Manuel; además, no existía ningún familiar que la pudiera reclamar. Ahora que Manuel había aparecido estaban seguros de que llegarían a un acuerdo satisfactorio. Ni ella estaba dispuesta a quitarle los derechos que le pertenecían, ni él estaba dispuesto a despojarla de los que había obtenido.

La casa la tenía alquilada por cuartos a una pareja de recién casados y a un par de hermanas mellizas que eran dirigentes de la comunidad. Manuel pasaría esa noche en su casa, prometiéndole hablar con sus inquilinos para que él ocupara el único cuarto que quedaba disponible.

Al atardecer del día siguiente todo estaba dispuesto para que Manuel se estableciera en el dormitorio de la azotea, el cual contaba con una cama de una plaza, un ropero amplio, una diminuta mesa de noche y un baño completo que también se surtía de agua potable desde el tanque de agua que habían instalado detrás del cuarto.

La vecina lo presentó a las cuatro personas con quienes compartiría la siguiente etapa de su vida: a la pareja de jóvenes esposos que administraban un puesto de venta de muebles en el mismo centro comercial donde Manuel había sido lustrador de zapatos, y a las enérgicas mellizas que trabajaban para el centro comunitario de la ciudad.

Curiosamente, las mellizas se llamaban Josefina y Joselina Guerrero. Desde niñas habían aprendido a ser luchadoras y muy unidas, aún más desde que perdieron a sus padres durante una incursión subversiva en la ciudad de Cerro de Pasco, por lo que fueron reubicadas en un orfanato dirigido por unas monjas en el centro de Lima. Ambas se parecían, pero no era difícil diferenciarlas. Sus facciones no eran, precisamente, un canto a la feminidad,

pero la voluptuosidad de sus cuerpos no pasaba desapercibida, menos para Manuel, quien no estaba acostumbrado a estar tan cerca de las mujeres. A sus treinta y seis años no habían conquistado a ningún hombre, y al parecer no habían intentado hacerlo. Nunca se pintaban ni usaban faldas. Aunque eran respetadas por la mayoría, algunos mal pensados hacían bromas asegurando que no eran hermanas, sino amantes, y que muy pronto se descubriría quién llevaba los calzoncillos.

Al poco tiempo, Manuel empezó a trabajar en la tienda de muebles de los jóvenes esposos, a frecuentar las reuniones de la comunidad con las mellizas y a prepararse para continuar sus estudios universitarios. Con el apoyo de sus nuevos amigos estaba formando los cimientos que lo llevarían a tocar las estrellas de su propio cielo.

Algunos de los dirigentes que se habían perpetuado en sus puestos con la venia del pueblo, reconocieron casi de inmediato al aguerrido e inteligente joven que cojeaba durante el pamplonazo. Las puertas de un liderazgo que siempre había deseado se le habían abierto de par en par. Él estaba decidido a consolidarse en la comunidad; sin embargo, sus planes eran mucho más ambiciosos.

Después de algunos meses de trámites engorrosos, por fin pudo convalidar sus estudios hechos en Ayacucho para tratar de concluir su carrera universitaria en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Para entonces había llegado a un acuerdo con su vecina. Después de que ella recuperara su inversión, las ganancias de las rentas o de la venta de la casa las repartirían en partes iguales, y el título de la propiedad reflejaría que ambos eran los propietarios.

Algo más estaba sucediendo con Manuel. De tanto compartir veladas dilatadas e interesantes con Josefina y del

acercamiento constante durante sus reuniones comunitarias, poco a poco se percató de la feminidad que escondía tras su enérgico carácter. A diferencia de su hermana, que andaba prendida del televisor o de un libro de misterio, ella mostraba un interés creciente en su inteligente y ambicioso amigo. Mientras conversaban durante horas los sábados por la noche, él se daba cuenta de que los ojos negros de Josefina bailaban y brillaban al son de sus tupidas pestañas, y de que sus labios sin colorete se humedecían de tanto en tanto al contacto de una lengua que buscaba cierta tregua a las palabras. Y cuando las conversaciones serias se rezagaban ante un comentario gracioso, era una sonrisa dulce y blanquecina la que destacaba en esa faz que se transformaba gratamente.

Para Josefina la situación era interesante y novedosa, pero a la vez extraña y complicada. Su corazón ya sentía algo por Manuel, pero la razón todavía la impulsaba a rechazarlo como hombre. No sabía si culpar de ello al orfanato gobernado por mujeres donde había vivido al crecer, al modo terrible en que perdió a sus padres, a sus propias ambiciones personales, al machismo recalcitrante que tanto detestaba, o al temor que le producía enfrentar un beso o el acto sexual que la despojara de su virginidad.

El tiempo y la cercanía entre ellos los iban ablandando, los estaban preparando para enfrentarlos a un nivel más alto, más sublime, pero también más humano, más intenso.

Una calurosa y pegajosa noche de verano se quedaron a solas en casa. Ambos sabían el paso que querían dar, pero ninguno de los dos se atrevió a darlo. Con cierto nerviosismo y enfado a la vez, se despidieron y desaparecieron tras las puertas de sus dormitorios. Manuel seguía ocupando el cuarto de la azotea y Josefina mantenía el suyo en

el segundo piso. Simultáneamente, ambos ahuyentaron la idea de un desliz, se levantaron de sus camas al mismo tiempo, decididos a buscarse, convencidos de que sus cuerpos tenían que enfrentarse. Se encontraron en las escaleras, dejándose seducir por el lenguaje corporal que ahogó las palabras que nunca salieron a flote. Aunque estaban más cerca del cuarto de ella, Manuel la tomó de las manos y la llevó a su dormitorio, el cual estaba eternamente difuminado por las gruesas cortinas que cubrían la única ventana, tornada en un espejo que reflejaba todo haz de luz hacia el exterior. Entre las tinieblas de una oscuridad cavernaria, se desnudaron vehementemente, estimulados por sus cuerpos convertidos en volcanes humanos que estaban en erupción, ayudándose mutuamente para colocar la reliquia de condón que Manuel escondía como un objeto precioso ansioso de ser expuesto, sin saber que no tenían ninguna enfermedad de qué preocuparse, desconociendo la irreversible esterilidad de Josefina. Se besaron descontroladamente, sin sentir los mordiscones ni el roce de sus dientes, sin saborear la sangre que emanaba de sus labios. La coraza de esa pasión desenfrenada impedía que sufrieran con los mutuos arañones que estaban desgarrando su piel, que tatuaban de rojo sus espaldas, sus piernas y sus glúteos. Manuel se enfrascó vorazmente en una lucha sin cuartel tratando de liberar a Josefina de su crónica erotofobia y de su virginidad, tan fuerte como ella misma. Cuando finalmente lo logró, rompiendo el preservativo que se había puesto, ambos erupcionaron gloriosamente al mismo tiempo: ella, sin dolor; él, completamente extenuado.

Después de aquella noche ferviente, Manuel y Josefina consolidaron su amor, su amistad, su compañerismo y los objetivos que también los unían.

A pasos agigantados Manuel San Miguel fue convirtiéndose en el líder indiscutible de la comunidad y de la universidad. Su experiencia comunitaria, su participación estudiantil y la ayuda de Josefina hicieron de él un orador que descollaba por doquier.

Tan pronto se graduó, uno de los partidos socialistas más importantes del país lo invitó a afiliarse. Aceptó de buen grado y al mismo tiempo lo hicieron las mellizas y los demás dirigentes.

Su gran poder de convocatoria se hizo evidente cuando aceptó hacer un recorrido por las provincias más pobres del Perú. Durante meses alzó su voz en lugares nuevos para él, pero también en donde había sido testigo de la barbarie que había teñido la tierra de sangre. Al pueblo que lo respetaba no le importaba ni su baja estatura ni su cojera. Y su origen humilde lo fortalecía mucho más. Al cabo de una breve temporada se convirtió en una figura venerada. Pero no estaba solo en ese sitio que no reconocía. Josefina y Joselina también eran escuchadas. Su enérgica participación en la vida política no pasaba desapercibida ni para propios ni extraños.

Muchos no habían imaginado a ese trío llegar tan lejos, y algunos cuantos no comulgaban con su participación tan activa y tan bien recibida. Dentro de su propio partido había dirigentes que veían peligrar su jerarquía y posible candidatura presidencial. La desmedida ambición de aquellos sujetos, tan temerosos como peligrosos, fue suficiente para que organizaran un complot en su contra.

Una tibia y despejada tarde de primavera se llevó a cabo una marcha pacífica por la ciudad de Huamanga que Manuel conocía tan bien. La marcha, que el partido había organizado, tenía como objetivo presionar a las autoridades

para otorgar justas indemnizaciones a los familiares de los miles de muertos y desaparecidos durante el conflicto interno generado por la subversión armada.

Cuando los marchantes, encabezados por el influyente trío de amigos, atravesaban la plaza de armas, frente a la municipalidad, fueron dramáticamente disueltos por un coche bomba que estalló estruendosamente, formando un hongo en las alturas como si se tratara de una bomba atómica minúscula, desperdigando miles de fragmentos que volaron en todas direcciones, cercenando extremidades, decapitando a hombres y mujeres, chamuscando a niños indefensos, atravesando o hiriendo ferozmente a manifestantes despreocupados o a civiles curiosos, barriendo a policías que supuestamente controlaban la situación, muchos de ellos falleciendo sin saberlo, y ensangrentando y vistiendo de despojos el monumento al Mariscal Antonio José de Sucre. El alboroto y el desconcierto se apoderaron de esa ciudad andina que había vuelto a la calma después de aquellos aciagos y turbios años de incertidumbre. Los ilesos corrían despavoridos sin saber a dónde, mientras que decenas yacían sobre las pistas y aceras cubiertas de añicos, desmayados, heridos o casi evaporados. Los menos aturridos imaginaban que presuntos terroristas serían los culpables, la verdad pronto saldría a relucir. ¿Qué había sucedido con los dirigentes que habían sido blancos de sus propios correligionarios? La falta de recursos de esa empobrecida región dificultaba las cosas. La municipalidad y la catedral se convirtieron en improvisados hospitales, y las autoridades políticas y los sacerdotes católicos, en enfermeros voluntarios. A Manuel y a Josefina los encontraron sobre un gran charco de sangre que no era la de ellos. Habían perdido el conocimiento y tenían moretones por

todas partes, pero no heridas de gravedad. Joselina, quien acompañaba a la turba que se encontraba más cerca del auto cargado de dinamita y nitroglicerina, no había sido acompañada ni por la suerte ni por los ángeles de la guarda en los que no creía. Ella, o mejor dicho lo que quedaba de ella, colgaba de un palo verde desnudo y ennegrecido por la explosión. Su cabeza había desaparecido.

El poderoso general Atilio, que parecía que todo lo controlaba, tomó cartas en el asunto inmediatamente después de que se enteró del atentado. Movié cielo y tierra para confirmar que la subversión no estaba renaciendo, pero también descubrió a los actores materiales e intelectuales de la masacre. El Perú entero se sorprendió cuando los resultados de las investigaciones salieron a la luz. Los causantes de semejante atrocidad les habían ocasionado una desgarradora tristeza a Manuel y a Josefina, pero también los catapultaron a la jerarquía preeminente de un partido que estaba llegando a los corazones de muchos peruanos pobres y marginados.

La pérdida atroz de Joselina endureció muchísimo el carácter de la pareja de líderes y eso los llevó a ser más estrictos y menos tolerantes de lo que hubieran querido. Eso lo sabían todos y todos no dudaban en seguir apoyándolos.

Cuando un conglomerado de partidos socialistas se unió para tratar de alcanzar el poder en las elecciones generales que se avecinaban, nadie dudó en elegir a Manuel San Miguel y a Josefina Guerrero como sus candidatos a la presidencia y a la primera vicepresidencia respectivamente. Los candidatos de los pobres habían iniciado su campaña, y Manuel San Miguel continuaba su escalada hacia la cumbre de sus sueños.

XIX
EL GRINGO HERNANDO

Con el tiempo continuaron las alborozadas llamadas telefónicas, los esperados viajes de Diego a Lima, las encantadoras visitas de Yessenia y su familia a Arequipa. Todo un renacimiento de la amistad entre aquellas familias que no volvería a perderse.

Diego y Yessenia estaban perdidamente enamorados, eso lo sabían ellos y todos los demás. «Mamá, ¿cuándo te casas con Diego?». «Hijo, ya es hora de que tenga nietos». «Se te cae la baba, hermano». «Diego, me estoy haciendo viejo». «Hija, Diego es un buen hombre». «Quiero una hermanita, mamá». «Jasón y Argos se llevan bien». Hasta que una tarde quedaron solos bajo una de las bellas y lucientes arquerías albas del Mirador de Yanahuara. Sin decirse una palabra, se miraron como siempre lo hacían, con ese amor ilimitado que acercó sus labios para besarse por primera vez. Diego cogió sus mejillas con delicadeza hasta terminar entrelazados por sus brazos enamorados. No se dieron cuenta del tiempo y quedaron perdidos en el espacio. El pasado y el presente por fin daban paso a un idilio que duraría más tiempo de lo que su imaginación podría vislumbrar.

Cuando regresaron a casa, agarrados de las manos, con sonrisas permanentes en sus rostros y brillando como si hubieran caído del cielo, todos se dieron cuenta de que habían dado el paso que tanto esperaban. «Entonces, ¿cuándo es la boda?». «¿Estás embarazada, mamá?». «Nunca te había visto así, hermano». «Van a ser muy felices, hija». «Hacen una bonita pareja».

Durante una de sus cortas visitas a Lima, Diego invitó a Yessenia a recorrer El Circuito Mágico del Agua, donde el líquido elemento se transforma en bellísimas pantallas que también reflejan imágenes peruanas espectaculares al ritmo de melodías andinas, como la de El cóndor pasa, o de cantautores eternizados, como Chabuca Granda, o de selecta música clásica y moderna que trasciende fronteras y culturas. Mientras eran acariciados por el rocío refrescante e invisible, Diego le pidió que lo acompañara al Cañón del Colca donde filmarían un especial sobre el cóndor andino, el cual vuela a sus anchas en esa geografía espectacular. «Siempre y cuando veamos juntos el amanecer», dijo sonriente, dejando caer su larga y oscura cabellera, inclinando su cabeza ligeramente con esa coquetería que a Diego lo embelesaba. «Nuestras vidas van a estar llenas de amanececes, preciosa», respondió él, con una sonrisa pícaro, para luego endulzarla con un tierno beso convertido en una intensa caricia al corazón. Abrazados, continuaron disfrutando de esos efectos acuáticos y acústicos sin parangón, de un colorido mundo de ensueño inimaginable, de una majestuosidad sobrecogedora que era coronada por un letrero que anunciaba que *Juntos podemos lo imposible*. «Y juntos disfrutaremos del futuro, amor mío», volvió a besarla.

Los hijos de Yessenia quedarían bajo el cuidado de los nuevos abuelos, quienes parecían tan entusiasmados como la feliz pareja que iba a disfrutar una luna de miel adelantada, más que de un viaje de trabajo.

Un viernes, muy temprano, dos camionetas bien preparadas estaban en camino al segundo cañón más hondo del Perú, desplazado del trono después del descubrimiento del Cañón de Cotahuasi que también se ubica en Arequipa, los que ocupan el tercer y cuarto lugar en la lista mundial. En

la primera camioneta iban Diego y Yessenia. Siguiéndolos muy cerca avanzaban dos camarógrafos y una reportera del canal de televisión. Era la primera vez que Yessenia iba al encuentro de esa naturaleza fantástica, mientras que Diego había recorrido esos paisajes fabulosos en muchísimas ocasiones. Sin embargo, ambos estaban anonadados por lo que veían. No importaba cuántas veces uno recorriera esos caminos, siempre sorprendían la belleza natural que se exponía, los centenares de volcanes, los profundos valles y las comunidades que parecían haberse detenido en el tiempo.

Luego de varias horas de camino, se hospedaron en un hotel de apariencia rústica, pero colmado de comodidades, que les serviría de centro de operaciones. Esa tarde, después de darse un baño reparador y almorzar un delicioso cuy chactado deshuesado, los miembros del equipo planearon las actividades que realizarían al día siguiente, cuando se encaminarían a la Cruz del Cóndor a observar y a grabar el vuelo del ave voladora más grande del mundo.

Diego y Yessenia compartirían una habitación por primera vez y ambos estaban dispuestos a convertir en realidad lo que sus pensamientos habían imaginado. Cuando el sexo desata al amor, ambos corren el riesgo de desvanecerse; pero cuando el amor desata al sexo, lo más probable es que perduren para siempre. En ellos estaban destinados a perdurar.

Después de una cena ligera acompañada de varias copas de vino, caminaron tomados de las manos hacia su inevitable encuentro con el amor, relamiéndose los labios de tanto en tanto, recorriendo sin prisa ese trayecto colmado de un agradable aroma floral.

Cuando estuvieron bajo el umbral de la puerta de su dormitorio, Diego levantó a Yessenia con suavidad, llevándola

entre sus brazos hacia la cama matrimonial que los esperaba como si acabaran de contraer las nupcias que el futuro les había reservado. La habitación había sufrido una transformación celestial desde la ducha reparadora que cada uno se dio por separado al llegar al hotel. Diego lo había pre-dispuesto todo con anterioridad, dejándola sin habla por la romántica luminosidad de las velas que había por doquier, por una bañera para hidromasaje rebosante de agua caliente y espuma que no usarían esa noche, por los pétalos de rosas rojas que bailaban suavemente sobre las sábanas blancas de abrigadora franela, y por escogidas canciones en español de sus intérpretes favoritos que le daban el marco musical a esa velada inolvidable. Después de posarla sobre la cama le dio un beso apasionado, iniciando el ritual que expondría la bella desnudez de Yessenia con la que había soñado dormido y despierto. La fue despojando de la ropa, lentamente, mientras ella gemía con suavidad, dejando que su absorta mirada recorriera ese delicioso cuerpo trigueño que estaba desnudando. Primero descubrió sus senos turgentes y bien formados, coronados por unos pezones erguidos rodeados de acaneladas areolas delicadas y sensibles que invitaban sin reparos a su lengua oscilante. Al alcanzar la cintura de su amada, penetró su ombligo con esa lengua juguetona y experimentada, motivando nuevos gemidos susurrantes de Yessenia mientras su excitación crecía sin vacilación. Al ir descendiendo, ella le sujetó la cabeza con ambas manos, como si estuviera dirigiéndolo a donde ambos querían llegar. Mientras continuaba desnudándola, Diego recorrió ese pubis exuberante cuyo aroma exquisito lo hipnotizaba. Al ir despojándola del calzoncito de encaje amarillo que parecía haber cobrado vida para acelerar su salida, él recorrió sus muslos, sus pantorrillas y sus pies primorosos. Cuando ella

quedó completamente desnuda, portando únicamente una sortija de plata que no se quitaba nunca, se sentó en la cama para desnudar al hombre que le había arrebatado todos sus sentidos. Al quitarle el apretado calzoncillo de un rojo intenso, que estaba a punto de desgarrarse por la erección, descubrió encantada un miembro erecto bien formado y de dimensiones perfectas que le produjo mayor excitación. En ese primer encuentro solamente se atrevió a contemplarlo. Pero Diego sí se atrevió a regresar sus labios a los labios íntimos de su amada, besándolos, saboreándolos y oliéndolos con un gozo indescriptible mientras acariciaba suavemente ese bello sexo excitado, hasta que sus estremecimientos femeninos se contuvieron brevemente al sentir un orgasmo incomparable cuyo eco entusiasmado llenó cada rincón de la habitación. Un momento después ya estaban entrelazados, quemándose la piel con ese fuego intenso, amándose con una pasión que estaba llevando a la ebullición el sudor que estrujaban de sus cuerpos y que compartían alborozados. Diego penetró fácilmente las húmedas profundidades que lo esperaban ansiosas. Y Yessenia se dejó penetrar, sin nada que se interpusiera entre aquella desnudez que se había vuelto una sola; asumiendo que su dispositivo intrauterino evitaría un embarazo prematuro; confiando instintivamente en la salud que ambos tenían; sin cerrar sus sensuales labios de la boca que buscaban con desesperación los besos del hombre que amaba; sin retirar la mirada que había capturado la de Diego y que también la penetraba. Sus cuerpos habían encajado perfectamente al ritmo de sus movimientos sincronizados. De pronto, como si ambos hubieran pensando lo mismo, cambiaron de posición sin separarse. Ahora, ella era la que gobernaba; y él, el súbdito que obedecía a su reina. Yessenia continuó sin descanso con sus

contorsiones pélvicas, con la fuerza de esos glúteos hermosos que no cesaban de aplaudir a su amante, hasta el estallido simultáneo de sus orgasmos espectaculares. Yessenia quedó tendida sobre Diego, extasiada de haber sentido por primera vez dos orgasmos en una sola sesión amorosa, dejando que sus lágrimas cargadas de placer se confundieran con el sudor que bañaba la cálida piel de ambos. Diego quedó bajo ella, besándole las mejillas y el cuello después de abrirse paso entre los cabellos de su amada que también le fascinaban.

La mayor parte de la noche, durmieron acurrucados entre sus mentes y cuerpos que quedaron plenamente satisfechos. Durante la madrugada, Diego despertó con otra sorpresa que tenía planeada para Yessenia. Sigilosamente, le quitó la sortija que ella siempre llevaba en el dedo anular de su mano derecha. Luego le colocó muy suavemente una sortija de platino sobre la cual estaba engastado un precioso diamante de un quilate de un exclusivo diseño de ochenta y dos facetas. Poco antes del amanecer, ella despertó con un festín de besos que le provocaron sonrisas hasta que abrió sus rasgados ojos de felicidad. Desnudos y tibios, bebiendo una humeante taza de buen café, los amantes se acercaron a la ventana a esperar a que el Sol asomara para bañar con su luz el valle que había sido testigo de esa noche de amor. Cuando el astro rey iluminó las montañas y cada rincón de la habitación durante su ascenso, Yessenia se fijó en el extraño fulgor que brotaba de su mano. Al notar de dónde provenía esa brillante emisión de rayos diminutos, volvió a sonreír mientras su mirada saltaba del anillo a los ojos de Diego y viceversa. Cogiéndola de las manos, Diego se arrodilló para acariciarla con su voz. «¿Quieres ser mi esposa?», preguntó extasiado. «Para siempre», respondió su

diosa. Su amor se estaba convirtiendo en un poema de versos infinitos.

Una tibia y soleada tarde de septiembre, y ante una multitud de familiares, amigos, periodistas y curiosos, los novios dieron el sí definitivo ante el alcalde de Yanahuara y bajo el arco de sillar donde se besaron por primera vez. Yessenia llevaba un vestido perla de suaves encajes que hacía resaltar aún más su trigueña belleza y que no ocultaba el vientre, de cuatro meses de embarazo, que cobijaba al pequeño ser que había sido concebido aquella primera noche de amor, sin que el dispositivo intrauterino lo pudiera evitar. Diego se vistió con un elegante traje oscuro que hacía de la corbata un artículo innecesario y, por ende, inexistente. La ceremonia fue seguida de una íntima recepción colmada de bocaditos deliciosos, *pisco sour* y exquisitos cocteles de lúcuma, chirimoya y algarrobina. Horas después disfrutaron de una intensa noche de bodas en el acogedor hotel La Posada del Puente, desde donde podían ver el Misti en todo su esplendor mientras eran bañados por la tenue luz de una esplendorosa Luna llena andina; ella, gozando de sus orgasmos múltiples; y él, dichoso de ser capaz de prolongar sus encuentros sexuales hasta la completa satisfacción de ambos. Aunque podían haber escogido un destino exótico, lejano y novedoso para la luna de miel, ambos eligieron pasar aquellos días en el mismo lugar donde sus cuerpos iniciaron su viaje apasionado y donde sus mentes se estrecharon para no separarse jamás.

Al año siguiente nació Romina, la hermosísima primogénita fruto de ese amor intenso, a la que bautizaron con el nombre de la linda y talentosa cantante que admiraban; y en pocos años su gran dicha la completarían con la llegada de

Renzo, Gianfranco y Vanessa. Sin pensarlo, Diego había dado un paso para mejorar, en sus descendientes, la delicadeza de su piel blanca. La tez canela de sus hijos los haría menos vulnerables a la incesante y peligrosa radiación ultravioleta en su país.

Diego por fin decidió incursionar en la política activa. Yessenia se opuso durante meses a esa decisión, pero llegó a convencerse de que la honestidad y las ideas de su marido le harían un bien al país sin causarles daño alguno ni a su familia ni a su relación.

No se afilió a ningún partido. Participaba en muchas reuniones como activista independiente, manteniendo su independencia con firmeza, sin considerar las insinuaciones o los pedidos que le hacían algunos partidos importantes u otros que proliferaban en pos de una tajada del mismo botín. Todos querían aprovechar su fama y su influencia en la gente que lo veía o lo leía con frecuencia. Si llegaba a gobernar el Perú sería a través de una pluralidad incuestionable.

Ante el evidente avance del conglomerado de partidos de izquierda que lideraba Manuel San Miguel, algunos partidos se aglutinaron para formar una poderosa alianza que podría salir triunfante en las próximas elecciones generales. El problema entre ellos radicaba en que todos querían de candidatos a sus propios líderes, y los líderes, sin excepciones, estaban empeñados en ser reacios a ceder sus posibles candidaturas presidenciales y en afianzar sus ambiciones personales. Pero sabían que una fragmentación los haría fracasar..., o cedían o perdían la oportunidad de llegar al poder. Tras largas y tediosas discusiones que no producían ningún consenso, decidieron buscar un candidato independiente para la presidencia... Diego Hernando no negó

la oportunidad que se le presentaba y, además, dejarían a su criterio la elección de los candidatos a las vicepresidencias.

Al cabo de pocas semanas, Diego contaba con el apoyo indiscutible de un gran sector de la población. A muchos les había caído bien el candidato blanquito que hablaba quechua, que recorría el país incansablemente, que se bañaba en protector solar, que usaba sombreros de ala ancha, y que refulgía sinceridad, confianza, liderazgo y seguridad. No pasaría mucho tiempo para que fuera conocido como el Gringo Hernando —por su mestizaje invisible y por haber pasado algunos años en “Gringolandia”—, apodo con el que sus contrincantes pretendían tiznar al nuevo candidato; sin embargo, lejos de opacarlo o quitarle votos, a sus oponentes les saldría el tiro por la culata.

ΕΠÍΛΟΓΟ

XX

LOS SOBREVIVIENTES

Es un absurdo político y todos coinciden con ello, incluyendo algunos candidatos a la presidencia. Una veintena de ciudadanos se disputan el sillón presidencial y solamente dos tienen posibilidades de lograrlo; los demás, con pocas excepciones, al parecer quieren salir de una duda existencial para saber si realmente forman parte de ese mundanal ruido en el que viven. ¿Será para ellos más importante figurar que perdurar? ¿Abrigan acaso la esperanza de otro milagro electoral que pueda estremecer el razonamiento de los votantes?

Esa soleada y esperanzadora mañana, el reluciente y elegante Centro de Convenciones del Hotel Westin Lima bulle con la presencia de los candidatos, sus esposas y los incontables periodistas e invitados a ese desayuno-almuerzo de confraternidad. Pocos se opusieron a ese evento organizado por el influyente Diario El Comercio y menos se atrevieron a cuestionarlo.

Cuando ingresa Lorenzo Atilio, el conspicuo, enigmático, impoluto y aún poderoso general en retiro, inmortalizado con el sobrenombre de Atila, los presentes lo aplauden como si se tratara de una celebridad en la cima del triunfo. Raquel, su esposa, tiene el rostro transformado: su semblante orondo y lozano, que antes solo reflejaba una paz religiosa inmutable, luce el orgullo por aquel hombre que merece más que eso. El general católico ha ocupado los más importantes cargos a los que un militar de carrera puede aspirar. La presidencia de su país nunca fue un objetivo para él; sin embargo, varios partidos políticos ya le habían

ofrecido la candidatura presidencial. La mesa que ocupan está reservada para ellos, los organizadores del evento y los dos candidatos que aglomeran el 75% de las preferencias a nivel nacional.

Sin tanto aspaviento, pocos minutos después ingresan “los candidatos de los pobres”, como la mayoría llama a esa sencilla pareja que forma una fórmula presidencial, y cuyo matrimonio se llevará a cabo en la municipalidad de Lima unos días antes de las elecciones. Es una estrategia con la que seguramente esperan ganar más simpatizantes, especialmente del sector de electores indecisos. Ambos son ateos confesos por lo que una ceremonia religiosa ha quedado descartada. La baja estatura y la cara de ángel de la guarda de Manuel San Miguel no son precisamente sus mejores aliados para sus aspiraciones políticas, pero hasta ahora ha tenido resultados extraordinarios. Las encuestas más fidedignas le dan a su candidatura el 38% de las intenciones de voto. Sus decisiones y férreas actitudes lo han llevado hasta donde se encuentra. Su compañera, Josefina Guerrero, es aún más enérgica que el candidato a la presidencia a quien ama y respeta por encima de todas las cosas. Sus conocidos, seguidores y quienes quieren congraciarse con él le dicen Manuelito, mientras que sus adversarios más insignificantes y los que no comulgan con sus pensamientos lo apodan sin misericordia el Cojo Manuel, sin escatimar en bombardearlo con escarnios que a él siempre le han resbalado, y no faltó alguno que hasta puso de moda el chiste del espermatozoide cojo con tal de fregarlo. Su sufrimiento inimaginable lo acorazó para lograr los objetivos que se ha trazado. Aunque viajó a diversos países para asistir a los numerosos congresos a los que fue invitado, en el Perú encontró los parajes, las montañas y la

flora y fauna que había soñado de niño. Llegar a la presidencia es el último paso que debe dar para transformar de una buena vez a su nación colmada de indigentes. Cree, sin lugar a dudas, que el sillón de Pizarro le dará el poder para lograrlo. A tiempo encontró a la mujer que lo acompaña en su lucha, cuya carencia de belleza nunca fue determinante para él, compensada con creces por las virtudes que Manuel conoce a la perfección.

El ambiente se llena de murmullos poco disimulados cuando ingresa Diego Hernando, el candidato que conglomeró, curiosamente, tanto a partidos conservadores y tradicionales, como a un importante grupo de partidos socialistas y reformistas. En ese instante, lo que más llama la atención de los selectos invitados es la espectacular presencia de Yessenia, la bella esposa del candidato, cuya hermosura no ha cedido ni a los embarazos ni a la madurez, gracias al amor que ha recibido y prodigado —lo que sigue sucediendo— y al estilo de vida que mantiene. La sensual abertura de su vestido de seda fucsia cae perfectamente desde el muslo de su pierna izquierda. Hombres y mujeres intercalan sus miradas a sus piernas desnudas de color canela, a su escote pronunciado o a su sonrisa contagiosa. El envidiado candidato, que cuenta con el 37% de las preferencias electorales, confía en superar al candidato izquierdista el día de las elecciones. Los adversarios del Gringo Hernando proclamaban su agnosticismo, mas eso no lo había afectado. De algún modo, él casi siempre estuvo involucrado en la política y con el tiempo la política lo involucró hasta que no pudo desvincularse de ella. Su esposa lo apoya sin reparos, aunque hubiera preferido que sus vidas tomaran un rumbo diferente. Sus constantes viajes al Perú olvidado le han dado una fuerza inusual a su candidatura,

aunque también representa a aquellos todopoderosos que controlan la economía y los recursos —de potencial incalculable— del empobrecido país. Solamente él y Manuel San Miguel han considerado al quechua uno de sus mejores aliados de campaña. Pero no solo conoce los rincones del Perú; por su trabajo y el cautivador placer por viajar, se ha dado el lujo de conocer numerosos países del orbe y escudriñar las posibilidades de aplicar lo positivo que ha encontrado en ellos.

Manuel San Miguel deja que sus pensamientos fluyan, como si tratara de escapar de ese lugar rebosante de circunspección forzada que lo incomodaba: «Heme aquí, flanqueado por el general que me devolvió la identidad sin pedírselo y por un blanquito a quien me parece haber visto antes de conocerlo en esta campaña llena de ineptos, corruptos y aprovechados. De buena gana me largaría para no tener que comer rodeado de tanta huachafería y alcahuetaría, de tantos acomplejados, sabiondos, hipócritas y mentirosos. La mayoría de esos infaustos candidatos no va a llegar a ninguna parte. Sonríen porque no conocen a su pueblo, vienen a llenarse el buche sin haber sentido lo que es padecer de hambruna. Pretenden un momento de gloria, unas cuantas fotografías que les recuerden que fueron alguien en la vida. ¡Qué manera más estúpida de pretender pasar a la historia! A la historia de su familia, no la de su patria. No solamente están muy lejos de eso, nunca van a lograrlo. Y qué puedo pensar de este general que debe estar disfrutando de su éxito, de su apodo, de su rango, de sus logros. ¿Habría aceptado venir para seguir vanagloriándose? Tal vez pretenda codearse con su futuro presidente. Quizás quiera seguir formando parte de la cúpula gubernamental o que lo entierren con rango de ministro. Aunque lo más

probable es que sienta curiosidad por saber lo que no puede, ansioso de descubrir lo que estamos pensando, desesperado por adivinar qué hay detrás de nuestras miradas. Felizmente no es candidato, nos hubiera quitado puntos. No puedo creer que un militar católico que ha combatido a los subversivos, que ha matado a decenas o a cientos, que ha visto las atrocidades de las que yo he sido testigo, siga creyendo en un dios que permite tantas barbaridades. Por eso soy ateo, carajo. No me imagino tanta maldad en un universo gobernado por una divinidad omnipotente y llena de bondad. Yo no le he quitado la vida a nadie, creo en la verdad, en la moral, en la honestidad, en el amor, hasta en la misericordia y no tengo a ninguna deidad en mi cerebro, a ningún ángel que me cuida, a ningún santo a quien pedirle algo. Aunque debo reconocer que todo eso tiene cierto sentido para los creyentes. Si Dios existiera no sería tan ambiguo como muchos gobernantes religiosos, quienes gobiernan a pueblos ecuanímenes por un lado o equivocados por el otro. Él no tendría que hacerse la vista gorda, y seguramente echaría por tierra todas las ideas recalcitrantes que nos tienen estancados en muchos aspectos. En este mundo terrenal, hasta el mismo Papa tiene que enfrentar la gangrena que existe en su propia iglesia sin chistar demasiado. Y si Dios no existe tampoco el diablo. Es más simple de lo que parece. Pero la gente prefiere reventarse las neuronas pensando en lo que no comprende. Y este gringo que habla quechua y que no usa lentes ni para leer es un intelectual con pinta de *playboy* que ha sabido convertirse en mi adversario político. Alucina que el campesino andino le dará su voto por hablar su idioma, y que la mujer peruana le dará el suyo por su linda sonrisa. O es un pendejo de mierda que ha medido sus

pasos con astucia para engañar al pueblo, o es un buen tipo a quien realmente le interesa el bienestar y el desarrollo de los más necesitados, no solo la de esos sujetos y empresas que todo lo controlan. Si fuera verdad todo lo que dice sería mi mejor aliado; si triunfa tal vez me convierta en el suyo. Lo que sí sé es que esa mujer que tiene por esposa es capaz de moverle el piso hasta al Cardenal».

Diego Hernando también reflexiona introspectivamente, alimentando sus argumentos mentales con el gran bagaje de motivaciones que le encendían la chispa: «Te dije que era un vestido muy escotado. Mira cómo te miran esos pendejos que tenemos de candidatos. Y sus mujeres, enajenadas por la envidia, deben odiarte con toda el alma. ¡Realmente estás muy rica! Por lo menos Manuelito es más solapado. Si su sargento, digo su mujer, lo ampaya, le mete una pata de debajo de la mesa; es curioso, se llama Josefina, me recuerda a la linda guerrillera que conocí en Nicaragua... ¿Serán tan guerreras todas las Josefinas? Y de Atila, no me quejo, él es todo un caballero, digno de los encomios que siempre recibe. Mejor te pongo un guardaespaldas, y si es maricón o eunuco mejor todavía. Bueno, a fin de cuentas, hemos venido a relajarnos un poco, a descansar de la campaña. Pero también para reunirnos con esos pelagatos que quieren llenarse los bolsillos. Me refiero a algunos candidatos y los que andan tras un puesto, tampoco a todos, de ninguna manera a Manuelito, y menos al general Atilio, ni les interesa ni lo necesitan. En cambio, algunos de esos pendejos seguramente todavía creen que se piensa con el estómago, yo no los recomendaría ni de mensajeros. Hay que ser muy valiente o demasiado estúpido para hacer el ridículo. ¿A quiénes les habrán hecho caso? Sin lugar a duda no a sus conciencias. Y todavía tienen la concha de

declarar mi agnosticismo y lo más probable es que ni saben qué significa. Y, por último, ni siquiera soy agnóstico. Pero no voy a darles clases de religión ni de filosofía; mejor les regalo un diccionario, por lo menos para que se distraigan. Ojalá ganemos, el Perú merece un cambio positivo. Si supieran que es verdad lo que digo, tendríamos el poder político y económico para lograrlo. Sé que Manuelito nos apoyará cuando sepa que no mentíamos. Este hotel es de primera; el vino está delicioso; el ceviche estuvo espectacular; los demás platos, exquisitos; ya siento el aroma de ese buen café. ¡Estás encantadora, ricura! Estás conmigo ahora. Triunfe o pierda, siempre estarás a mi lado, mujer mía».

El general Atilio ha pasado gran parte de su vida peleando y reflexionando y aquel día no deja de hacerlo: «¡Putra madre! Encima hay que sonreírles a tantos ayayeros. De buena gana los sacaría a puntapiés en el trasero; mejor dicho, a patadas en el culo. Si no fuera por Manuelito, el Gringo Hernando y algunos otros candidatos que contaría con los dedos de una mano, creo que sería capaz de organizar un golpe militar. ¡¿Qué tendrán en la cabeza estos pelotudos?! ¡Hasta me dan ganas de mandarlos al carajo! Los partidos no escarmientan, deberían escoger mejor a sus candidatos. Pero ¿de qué partidos estamos hablando? Algunos están plagados de afiliados acostumbrados a las maromas, o que no diferencian la disciplina partidista de la sumisión incondicional. Deberíamos ser más estrictos para que no aparezcan tantos oportunistas que lo único que hacen es confundir a la gente. En fin, hay que aceptar a la democracia con sus virtudes y sus debilidades. Felizmente que aquí no se puede fumar, a estas alturas ya no estoy para aguantar el humo de algunos candidatos que más parecen

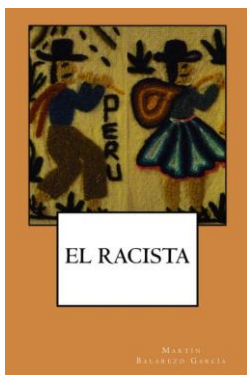
chimeneas ambulantes con ganas de fregar, como si al fumar obtuvieran la distinción que no tienen ni tendrán..., ¡qué adicción para más cojuda! Este sistema electoral está jodido, anticuado; hay que ser ciegos para no ver sus defectos. Muchos de los que siguen a esos candidatos sin opciones solo quieren tener un puesto asegurado, un camino para hacer negocios fraudulentos. Pero hay que ser realistas, la corrupción no tiene limitaciones ni fronteras. No todos los que siguen a los candidatos más decentes son patriotas honestos, con convicciones o principios. Ojalá las cosas cambien cuando tengamos a un buen presidente. Tal vez me anime a ser candidato para las próximas elecciones. Pondría a muchos de esos en los calabozos. Puta madre, hasta sería capaz de convertirme en dictador para enderezar a mi país. Hay delincuentes que ejercen de políticos o religiosos y que tienen licencia para mentir y robar; lo peor de todo es que creemos en ellos. Por lo menos yo creo en Dios. Tendría eso a mi favor. No entiendo muy bien cómo estos candidatos que no son creyentes tienen la preferencia de un pueblo mayoritariamente católico. Para haber llegado tan lejos, al igual que yo, deben haber escuchado esa voz interior que es capaz de silenciar el estruendo que proviene del exterior. En fin, ya veremos qué nos depara el futuro. ¿De dónde habrá sacado el Gringo Hernando a esa mamacita? Que me perdone mi mujer, pero esa trigueñita está buenaza. Pero ¡si tiene un culo hermoso! ¡Dios mío, qué tal cuerpazo! ¡Es un hembrón de la cabeza a los pies! Si en este país hubiera un chivo de dictador, al Gringo Hernando ya le habrían sacado cuernos a la fuerza. Si yo fuera dictador y no fuera religioso me olvidaría de algunos mandamientos, pero no es así ni lo será; mis ojos bailarían absortos sobre los cuerpazos, pero no desearé a la mujer de

mi prójimo. En cuanto a la mujer de Manuelito, si hubiera sido hombre ya sería Comandante en Jefe o Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas. Mejor no hablo mucho, quién sabe, algún día tal vez lo sea; Jefe Supremo, claro, no creo que Manuelito la deje cambiarse de sexo, eso sí le dolería. Mejor no sigo con las bromas, hay que respetarlos, la verdad es que se lo merecen. ¿Qué estará pensando Ramón Hernando desde el infierno? Se debe estar regocijando de tener a sus tres salvados de morir sentados en la misma mesa. Si el mundo supiera la historia... ¡Putá, nadie lo creería! Dios debe haber librado una gran batalla contra el demonio para que los tres estemos con vida ahora. Si yo no lo hubiera vivido tampoco lo creería. Y todavía hay quienes dicen que Dios no existe. Hernando murió pensando que somos obra de sus propias decisiones. ¡Váyase a la mierda! Preferiría pensar en las coincidencias. No se supo qué lo mató. La gente puede pensar lo que le dé la gana, pero ningún ser humano hubiera sido capaz de causarle esa muerte misteriosa. Satanás lo tenía pedido y Dios no lo impidió, solamente eso lo puede explicar. Hay cosas que no entiendo y nunca entenderé. De lo que sí estoy seguro es que el Gringo Hernando y Manuelito no llegaron hasta aquí por las huevas. Todos vamos a salir ganando. El próximo presidente va a ser el mejor gobernante que hayamos tenido. ¡Viva el Perú, carajo!».

“La justicia debe prevalecer sobre la insania, y para eso la barbarie debe ser sometida por la justicia”.

Martín Balarezo García

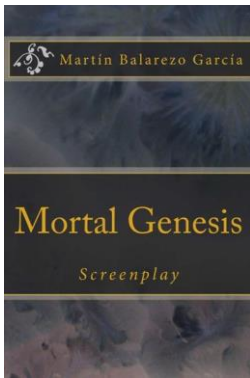
OTROS LIBROS DEL AUTOR



En esta novela corta, entretenida de principio a fin, el autor narra la historia de un niño racista que va madurando no solo al ir creciendo, sino también por sus enriquecedoras y dilemáticas vivencias.

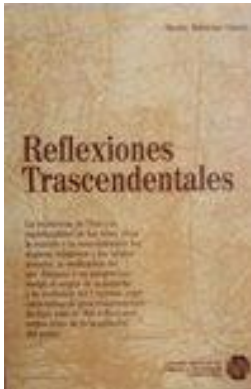


Este manual del caballero moderno, romántico y enamorado incluye 144 consejos sobre cómo ser el mejor caballero posible, sobre cómo conquistar y ser conquistado, sobre cómo mantener encendida la chispa del romanticismo y la pasión.



Génesis mortal

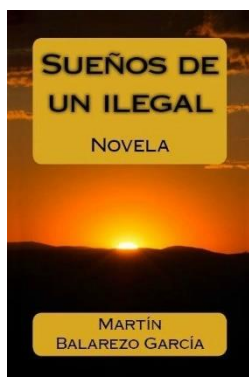
Dos agentes del FBI y un agente de la CIA se unen para detener a una organización neonazi internacional que pretende apoderarse del mundo a través de un virus que matará a miles de millones de personas.



Esta es una obra de fondo filosófico y social donde el autor expresa ideas personales sobre temas de interés universal. Sus ideas han evolucionado y siguen evolucionando, por lo que ya no está de acuerdo con algunas de las que expuso.



Este libro incluye cien relatos, de 350 palabras cada uno, sobre temas variados del acontecer mundial donde hay mensajes positivos tras una lectura entretenida e interesante.



Cuando Diego Hernando decidió emigrar a los Estados Unidos de América, acosado por los guerrilleros terroristas en su país, y deseoso de hacer realidad sus sueños, no imaginó protagonizar una odisea espectacular.